

DAD AU  
CIÓN GE

WSTELAN  
POLITICA  
EUROPEA

2

D397  
.C3  
1876  
c.1

44)

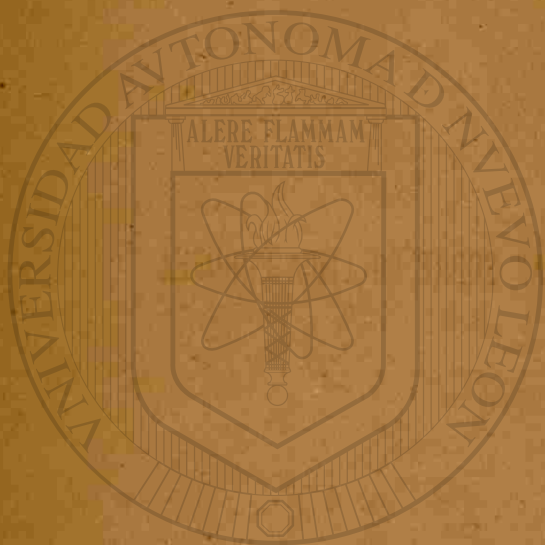




1080097318



*Enrique Salazar*



CARTAS SOBRE POLÍTICA EUROPEA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



0095-10360

# CARTAS

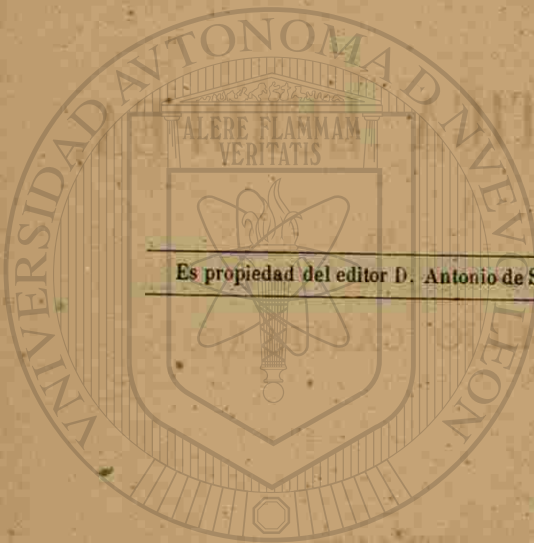
SOBRE

## POLITICA EUROPEA,

POR

EMILIO CASTELAR.

SEGUNDA SERIE



Es propiedad del editor D. Antonio de San Martín.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID

LIBRERIAS DE A. DE SAN MARTIN

EDITOR

Puerta del Sol, 6; y Carretas, 39.

El Libro de Oro

1876

Imprenta á cargo de Julian Peña, Regueros, 9. — Madrid.

20341



## CARTAS

SOBRE

### POLÍTICA EUROPEA.

#### CAPITULO I.

##### MANIOBRAS IMPERIALES.

Agosto, 1872.

¡El Sacro Imperio Germánico! No hay frente alguna que no se incline ante este nombre de todo en todo prestigioso. El Sacro Imperio Germánico es el fuerte, el valerosísimo, el deslumbrador, el divino, el omnipotente, el Paraiso de todos aquellos que sólo bajan la cabeza al poder y sólo admiran los triunfos y los prodigios de la fuerza. El Sacro Imperio Germánico no tiene para muchos sombra alguna desde que registra tantas y tan ruidosas victorias. Sin embargo, los males de la centralización imperial bro-



tan ya por todas partes en Prusia. La pensadora Alemania corre peligro de perder aquella nativa originalidad, secreto resorte de su gloria, por haber perdido esa variedad, resorte verdadero de su fuerza. Una ciudad central nace, crece, se organiza, con ejércitos de funcionarios asalariados, con millones de políticos oscuros, con aristocracias burocráticas y parásitas, con pretendientes voraces, con agiotistas impúdicos, verdadera Babilonia indispensable á los semi-dioses que se llaman Emperadores y Césares. La improvisación de esta ciudad imperial ha traído necesariamente males sin número á los habitantes de Berlin. Los especuladores han caído sobre las casas, que pasan rápidamente de tres á cuatro manos en ágios escandalosos. Los industriales se ven asaltados de propietarios que los explotan y los estrujan, aumentando el precio de los alquileres. En Prusia es verdadero pária el pobre inquilino. Páganse precios fabulosos por bohardillas inhabitables, por tabucos, en realidad siniestras madrigueras. Esta situación económica y ha traído un verdadero conflicto. Las quejas de atribuladoísimo inquilino han sublevado los ánimos. Los agentes de la autoridad

han pretendido intervenir, y sobre ellos ha descargado la cólera popular. El motin tomaba siniestro aspecto de revolucion, y fué necesario apelar á la fuerza armada para conseguir la pacificación del exaltado pueblo. De esta suerte se forman y se condensan en la atmósfera las revoluciones sociales.

Mientras así rabian los regidos, apercíbense á divertirse los reyes, hasta que llega el momento de volver á exigir para futuras guerras, nuevos torrentes de sangre. El emperador de Austria, el emperador de Rusia, el emperador de Alemania, se encontrarán y departirán allí en Berlin, capital improvisada de las regiones del Norte. Decíase que el príncipe heredero, eslavo de corazón, puesto á la cabeza del partido ruso, contrario á la política alemana de su padre, amigo de todos los enemigos de Prusia, constante en sus simpatías por Francia, conspirador perpétuo contra Bismarek, no acudiría á la entrevista, dejando pendiente sobre la cabeza de los tres emperadores esa tempestuosa amenaza del porvenir. Mas el emperador Alejandro, que ha cortado los debates en la prensa rusa, resucitando sobre las advertencias administrativas la antigua censura ru-



sa, no quiere tampoco debates ni contradicciones en su palacio, junto á su trono, y lleva consigo al príncipe heredero para adscribirlo, de grado ó fuerza, á su política. El talento es prestigioso, y Bismarck ejerce verdadero influjo magnético sobre los potentados del Norte. Pero las cuestiones que dividen serán siempre cuestiones insolubles para los Imperios, para los emperadores, atentos, más bien que á las afinidades de raza y á la justicia absoluta, á los intereses dinásticos y al privilegio de sus cuasi-divinas familias. ¿Cómo armonizar las pretensiones del Imperio alemán sobre las provincias germánicas del Báltico y la posesión tranquila del Imperio ruso sobre esas provincias? ¿Cómo las tendencias del Imperio austriaco á conservar su predominio sobre las tierras hereditarias se compaginarán con las tendencias del Imperio alemán á ver esas mismas tierras bajo la sombra de su extenso pabellón? ¿Cómo podrán entenderse jamás Austria y Rusia sobre la herencia del gran moribundo, del Imperio turco? ¿Cómo podrán avenirse sobre la cuestión de las cuestiones, sobre la cuestión de los Principados Danubianos? La Hungría odia de co-

razón á Rusia; la Rusia devuelve ese odio á Hungría. Los ruthenos, que detestan y maldicen á los magyares, muévense en sus maldiciones y en su odio á impulsos de una maquinación rusa. El magyar sabe que en las pretensiones ruthenas hay mucho de interés ruso. El Austria sabe que en las cuestiones de Praga, en el movimiento de Bohemia, en la evocación continua á los mártires nacionales sacrificados por un Concilio católico y un emperador alemán, hay mucho del espectro ruso, que acaricia constantemente la suprema jefatura, la dirección suprema de un imperio eslavo. Todas estas dificultades no se arreglarán jamás con entrevistas. Entre las frentes coronadas que se inclinan, las manos que se aprietan, los brazos que se entrelazan, vibrará perpétuamente el rayo de la guerra.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO II.

### ALMA MATER.

Tarasp, Setiembre de 1874.

Cuentan los críticos y los historiadores, que Schiller jamás visitó á Suiza. Y esto no obsta para que describiese con todos sus colores las altas montañas cuyos picos se elevan sobre las regiones de las nubes; los celestes lagos cuyas aguas se duermen tranquilamente en el fondo de los valles; las triangulares casitas á cuyas puertas se congregan los ganados; los tapices de frescos prados, donde se juntan el pastor que acaba de encerrar sus vacas, el batelero que acaba de amarrar su barca, el montañés que descende de los desfiladeros, el agricultor que cultiva los valles á distraerse en juegos ino-

centes, departir sobre asuntos públicos, y consagrar alguna ofrenda de obra ó de palabra á la religion de este pueblo, á esa religion cuya visible trinidad se compone de estas tres ideas, resumen de todo lo existente y todo lo posible: la naturaleza, la libertad y Dios.

Un poeta como Schiller, encerrado en si mismo, y evocando por los conjuros de sus ideas la pastoril Suiza, puede pintarla felizmente si á sus propias inspiraciones, á la luz de su genio, al color de su paleta, reúne los consejos de Goethe, que recorrió los Alpes por sus dos vertientes, y les consagró esos cánticos inspirados por su amor panteista al universo. Pero nosotros, que no recibimos del Creador tantos dones, ¡ah! necesitamos verla, ver esta Suiza, madre fecunda de la libertad, y virgen inmaculada, como el tierno símbolo del amor cristiano, para sentirla en toda su hermosura real, y admirarla con todo nuestro religioso culto. Cuántas veces, en la oscura noche, cuando ningun asomo del nuevo dia brilla por el horizonte, las sensibles cúspides de eternos cristales, ligeramente matizadas de rosa por los dedos de la aurora apenas despierta, esas cúspides

confundidas con los cielos, nos han dado en su indescriptible alborada una imagen divina de la consoladora esperanza.

Imposible describir la variedad de espectáculos que guardan las montañas. Recuerdo el anochecer de una de las primeras tardes del mes de Setiembre en el canton de los Grisones. El cielo tenia una serenidad y una transparencia, parecidas á la serenidad y á la transparencia de las tardes hermosas en las regiones meridionales. Saliamos por un arco tosco pero airoso de feudal castillo alzado en pintoresca eminencia, y nos apoyamos sobre el muro á contemplar aquel cuadro en cuyo primer término campeaban las torres señoriales, donde se recogian á la sazón en las góticas agujas las inquietas golondrinas próximas á partirse, y saltaban para anunciar la noche los siniestros murciélagos. A nuestros piés una aldea, varios apriscos, la torre de humilde Iglesia, las paredes de sombrío claustro en cuyo jardin cababan los monjes, y el hormigueo de los trabajadores que se recogian, guiando sus carretas cargadas de oloroso heno y conduciendo sus ganados al redil entre las cadencias de campestres canciones y el sonido de



alegrisimas esquilas. Sobre nuestras cabezas, á pesar de hallarnos muy elevados, se elevaban á grande altura los Alpes inflamados por los últimos reflejos del dia, rotondas gigantescas de lápiz-lázuli, aéreas, transparentes, como si estuvieran iluminadas interiormente por arte de incomparable magia. La arquitectura de las montañas es uniforme y vária. El cono truncado, la pirámide perfecta, la ogiva mística, la linterna del renacimiento, el intercolumnio griego, todo se puede descubrir en las altas cimas, semejantes á las figuras fantásticas fingidas por las nubes que suelen amontonarse, al caer la tarde, sobre los horizontes del ocaso. Y esta arquitectura tan vária se halla realizada por colores y esmaltes deslumbrantes. Un prado que les da el color de la esmeralda, un terreno mineral que les da el color de la amatista, un torrente espumoso que tiene la sedosa blancura de las alas del cisne, unas aristas fuertemente acusadas como titánicas estriás que combinan la luz y las sombras en admirables gradaciones, los diamantes de las nieves eternas con sus resplandores dignos de competir en claridad con las estrellas, hacen de las montañas verdaderos mi-

lagros de color, verdaderas cordilleras de rica pedrería en las horas solemnes, sobre todo, en las horas poéticas y misteriosas, en las horas en que nace y muere el dia. Entre todos aquellos objetos tan hermosos, habia uno, que apenas advirtiéramos y que nos deslumbró con sus hechizos, un laguillo, encerrado entre praderas esmaltadas de flores. ¡Cómo repetia la luz de la tarde! ¡Cómo dibujaba cual un cristal veneciano las montañas! ¡Qué sensibilidad al menor cambio de matiz en la atmósfera! ¡Qué transiciones de color á color tan várias y tan bellas! Dormido, indiferente, sin que un soplo rozase su clara superficie, sin que un pez ni un insectillo formara ni siquiera un círculo en sus aguas, como si hubiera recogido cual solemos nosotros el aliento para escuchar las armonías de la tarde, como si se hubiera quedado extático é inmóvil ante la belleza del anochecer, como si le poseyera un sueño magnético, pasaba del color verde al color rosa, del color rosa al color perla, del color perla al color celeste, del color celeste al ópalo, cual si fuera una paleta en que estuvieran las hadas ensayando todos los matices de la eterna luz para esmaltar la corona ó de la poe-



sia ó del amor. No olvidaré nunca los juegos de la luz en aquel mágico lago.

Pero yo, en verdad, no admiro las praderas cubiertas de flores y de mariposas como si los meses del caluroso estío fueran todos ellos un Abril perpétuo; no admiro las triangulares casitas habitadas por pastores que crían en la tranquilidad más completa sus gordas y pácificas vacas, cuyas esquilas llenan los aires de melodías; no admiro los vergeles dignos de ser cantados por Garcilaso, abundantes en árboles, que se alzan cargados de frutos sobre el suelo cubierto de hortalizas y de legumbres; no admiro los graciosos bosques donde la oscura encina se entrelaza al claro roble, y sobre las anchas hojas y el pintoresco erizo de los castaños se mece al viento el olmo de Lombardía; no admiro las selvas con sus pinos que resisten los nevascos, ni los ríos de agua virgen que acaba casi de derretirse, ni los lagos celestes, ni las mansas cascadas que cantan, ni las bravas cataratas que truenan, ni los choques del alud, ni la nieve eterna, más dura que el mármol y más clara que el cristal en cuyas gigantescas facetas juega la luz con todos sus matices; lo admirable es que estas

montañas no solo hayan servido para alimentar con las linfas nacidas de sus urnas de plata las campiñas del centro de Europa, sino para sostener en la libertad una raza de campesinos, de cazadores, cuyos cantos, sin tener la fiebre de La Marsellesa, cánticos sencillos en que resuena el cuerno de caza y el balar y el mugir de ganado, son el cántico verdadero de la libertad.

Comparadlos con los montañeses vascos, que han tenido la gloria de engendrar á Ignacio de Loyola en lo pasado, y que tienen hoy la satisfacción de verter desde sus rícos mares de sangre y mares de tinieblas, guiados por el demonio de la intolerancia religiosa para apagar la luz de la conciencia y el fuego de la vida en la infeliz España, su madre y nuestra madre.

Pero dejadme, en verdad, que admire á Dios en sus obras. Desde Interlaken á Zurich vais de maravilla en maravilla sin fatigaros nunca. El lago de Brienz tiene sus riberas tan pendientes, y sus montañas tan altas, que apenas pueden poner los piés en aquellos bordes algunas casitas y algunas aldehuelas. Imaginaos el contraste que formará con el lago azul y riente el monte os-





curo y ceñudo, remedo de la vida humana atravesada casi á un mismo tiempo en su breve curso por el dolor y la alegría. De una altura inconmensurable, abundante rio se precipita en diez y seis ó diez y siete cascadas, á cual más impetuosa, y todas igualmente bellas. A la orilla del lago ois el fragor, pero no veis el agua, sino en la serpiente gigantesca de rocío y de vapor que forma entre la selva la quebrada carrera de la ferviente catarata. Luego os aproximais y la desproporcion inmensa de vuestra debilidad con la fuerza del torrente, de vuestra fugaz vida con aquel eterno curso, á cuyo lado son como gotas de agua los años, involuntariamente os dan el escalofrio que produce siempre el pensamiento interior ó la contemplacion exterior de lo sublime. Por bordes oscuros, en los cuales crecen desde los árboles gigantes hasta la humilde parietaria; en lecho fragoso compuesto de pedriscos, de peñascos, de rocas enteras arrojadas allí por la fuerza misma de las aguas; desde la inmensa distancia que hay de la cima de perpendicular montaña á la orilla sureste del lago, baja en remolinos, en trombas de líquidos cristales, tronando como tempes-

tuosas nubes, irguiéndose en férvidas olas como tormentoso Océano, la impetuosa catarata de Giesbach, compuesta de varias serpenteantes cascadas, que todas levantan á los aires nubes de fresco vapor y llevan sobre sus blancas espaldas el deslumbrador arco iris.

No acabaria nunca si hubiera de describiros menudamente las maravillas que he visto en Suiza. Despues de largos años de lucha con las pasiones de los hombres, no os cansais de contemplar los espectáculos de la naturaleza. En su seno os bañais y os volveis más fuertes. En sus libros inmensos, con hojas de cielo, que son los horizontes, con letras de oro, que son las estrellas, leeis y releeis los problemas de la vida mejor que en las artificiosas páginas de los filósofos. Ella, la madre de la naturaleza, no conoce los partidos, ni las guerras religiosas, ni la variedad de Estados, ni nuestros odios, ni ninguno de los males con que hemos pretendido mancharlos, llamándonos á boca llena sus reyes, cuando apenas si merecemos ser sus esclavos. La naturaleza no conoce la muerte. Lanzadle por el capricho de un César que quiere arraigar su dinastía y esmal-



tar su corona; lanzadle un millon de cadáveres podridos, descompuestos, mal olientes; ella los recogerá en sus amorosas entrañas y los transformará por su virtud creadora en la fibra del árbol, en la sávia de la flor, en el átomo de fósforo que sube á calentar el cerebro, en el glóbulo de hierro que corre á fortalecer el corazon. La idea quema mucho, agobia mucho, consume mucho. El hombre más robusto lleva en su rostro los surcos que deja el pensar. Necesitamos bañarnos en la vida universal como la esponja en el mar. ¡Qué hermoso Interlaken! Estais en el corazon de los Alpes. Las águilas gritan en vuestros oidos y pasan rozándoos el hombro como si os reconvinieran por haber osado penetrar en sus altísimas regiones. Los lagos de Thun y de Brienz, que en tiempos remotos debieron formar un solo lago, limitan esta lengua de tierra al Oriente y al Occidente. A vuestras espaldas, al Norte, abrupta peña casi inaccesible, la mitad sembrada de los oscuros tristes pinos piramidales, propios de estas regiones, pinos que parecen fatigados de soportar el peso de la nieve, la otra mitad sembrada de todos los árboles y de todos los arbustos que en los Alpes cre-

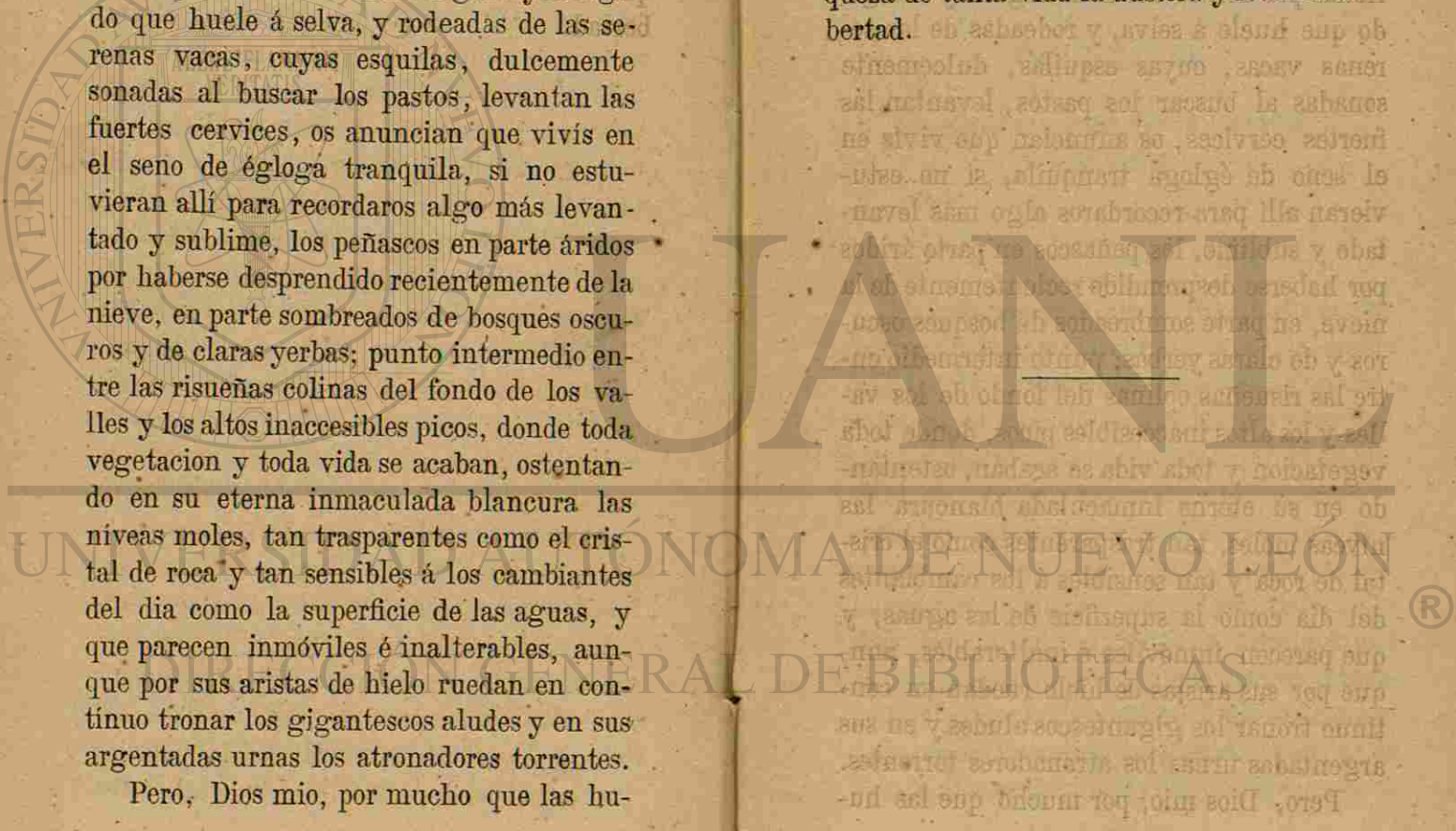
cen, presta en la oposicion de sus bosques al paisaje rica variedad de tonos, con su fondo de zafiro, sus vetas áureas y rojas formadas por el curso de los torrentes hoy en seco, sus ramas, ya de un verde oscuro que tira á negro, ya de un verde claro que tira á celeste, sus cimas ceñidas de plantas que han azotado el viento, los ventisqueros, la tempestad y sus bases arrancando de praderas que todo género de gayas flores bordan y esmaltan. En el fondo, trasparente rio de esas aguas alpestres, claras como vidrio, frias como nieve, del color de un cielo meridional, atravesado por fajas de verde-mar y orlas de diamantinas espumas, en las cuales juega hermosamente la luz y se refresca el aire. Limitan el rio, cuando salen del lago de Brienz, caprichosas colinas sembradas de verjeles, y cuando entra en el lago de Thun, sombríos y multiformes prados. Cortan todo el suelo multitud de huertos y jardines, fuentes y surtidores. Nogales seculares, altísimos, de corpulentos troncos, de innumerables ramas de pomposo follaje, cargados de frutos contrastan con las humildes aldeas, y los soberbios hoteles con los palacios que la aristocracia ha levantado allí para



consumir sus ocios en la estéril contemplación de la naturaleza, y las casitas suizas, templos del trabajo, triangulares como una ogiva, oscuras como un edificio secular, llenas por dentro del heno segado y recogido que huele á selva, y rodeadas de las serenas vacas, cuyas esquilas, dulcemente sonadas al buscar los pastos, levantan las fuertes cervices, os anuncian que vivís en el seno de égloga tranquila, si no estuvieran allí para recordaros algo más levantado y sublime, los peñascos en parte áridos por haberse desprendido recientemente de la nieve, en parte sombreados de bosques oscuros y de claras yerbas; punto intermedio entre las risueñas colinas del fondo de los valles y los altos inaccesibles picos, donde toda vegetación y toda vida se acaban, ostentando en su eterna inmaculada blancura las niveas moles, tan transparentes como el cristal de roca y tan sensibles á los cambiantes del día como la superficie de las aguas, y que parecen inmóviles é inalterables, aunque por sus aristas de hielo ruedan en continuo tronar los gigantescos aludes y en sus argentadas urnas los atronadores torrentes.

Pero, Dios mio, por mucho que las hu-

manas injusticias nos desalienten y nos entristezcan, jamás dudamos de que el espíritu es superior á la naturaleza, y de que aquí, en Suiza, es más admirable aún que la riqueza de tanta vida la austera y fecunda libertad.





### CAPITULO III.

#### CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA É INGLATERRA.

Castellamare, Mayo de 1875.

La lentitud con que la República se organiza en Francia, tiene una ventaja, la seguridad de su duracion; pero tiene una desventaja, el cúmulo de dificultades opuestas por los partidos monárquicos á que la República sea una verdadera República. Despues de haber convenido en el principio esencial, se asustan de sus legítimas consecuencias. La organizacion de los poderes debe para toda República regularse en términos que el poder legislativo no quede nunca á merced del poder gubernativo. Pues los conservadores de Versalles quisieran proceder de suerte que la República fuese una especie de



monarquía constitucional con rey por siete años. No lo consentirá la Cámara, y la República, sin identificarse por completo con nuestro ideal, se apartará mucho de la presente realidad. La cuestión más grave es la relativa á las leyes electorales. La elección por distritos y la elección por provincias se dan aquí, en este problema capitalísimo, una batalla campal. Los conservadores y los monárquicos quieren la elección por distritos; los republicanos de todos matices quieren la elección por departamentos ó provincias. El gobierno de la República, decidido á seguir en todo á los enemigos de la República, piensa en hacer de la preferencia por los distritos una cuestión de Gabinete. Pero hay optimistas empeñados en anunciar que tal cuestión de Gabinete no se planteará y que el ministerio irá donde lo lleven. Desde luego es síntoma favorable á estos anuncios el haber cedido á que la discusión de la ley sobre relaciones entre los poderes públicos se empeñara antes que la discusión de la ley sobre sistema electoral. Y aun hay quien cree más, aun hay quien cree que el mariscal Mac-Mahon, en su resolución de observar literalmente el programa, que consiste

en cumplir todos los acuerdos parlamentarios, tiene reservado al presidente de la Cámara el íntegro duque de Audriffet-Pasquier, para el caso de que el presidente del Gobierno, Mr. Buffet, se anulase por su tenacidad en sostener la preferencia á los distritos, sólo favorable para los borbónicos y los bonapartistas. Yo me alegraría de la continuación del ministerio, sin ser amigo, ni mucho menos, de su actual presidente. Y me alegraría porque temo á la vulgar impresionabilidad de los nerviosos campesinos franceses, que forman la mayoría de la nación, y que aterrados en la anterior República por los fuegos artificiales de las escuelas socialistas, nos trajeran la calamidad del Imperio. En pueblo tan mercantil, industrial, económico y trabajador como el pueblo francés, los cambios frecuentes de Gobierno quebrantan los intereses, y el quebranto de los intereses enjendra reacciones destinadas á fundar la estabilidad. No nos equivoquemos. El sofisma «post hoc, ergo propter hoc;» este sofisma, que relaciona los efectos de causas lejanas á los hechos inmediatos, se halla arraigadísimo en los pueblos. Como ahora ha venido la disminución



política y material de Francia, la paz desastrosa, la pérdida de Alsacia y Lorena, el pago de los veinte mil millones de rescate, la agravación de los tributos, el malestar consiguiente á tal cúmulo de desgracias, los pueblos no atribuyen todo esto á su verdadero origen, al Imperio; lo atribuyen á lo que tienen más cerca, á la República. Id á decirle al ignorante que la tierra se mueve y que gira en torno del sol; id á decirle que la luna es de los astros más pequeños y que el punto casi imperceptible de luz perdido en la inmensidad, la estrella lejana es ó un lumínar tan ardiente como el astro del día, ó un planeta tan grande por lo menos como nuestro planeta. Hay muchos que sienten la Naturaleza y no la conocen: hay muchos que sienten y no conocen la política. Y por una fatalidad frequentísima en la historia, los males mismos sembrados ayer por el Imperio, dañan hoy á la República, pues no pueden los gobiernos tomar la herencia de sus antecesores á beneficio de inventario. Me asustan esas manifestaciones bonapartistas frequentes que se desahogan por un símbolo tan baladí como violeta, recordando los amargos frutos entre nosotros dados por un

símbolo no menos ligero, por otra flor, por la flor de lis. En Europa las cosas pasan al revés de América. Allí todo conspira por la República, y todo conspira aquí por la Monarquía. Las Repúblicas allí pueden atravesar toda suerte de enfermedades sin ver atacada su robusta constitucion fundamental; y las Repúblicas aquí no pueden pasar por un leve resfriado sin exponerse á la muerte. Por eso los corazones de los verdaderos republicanos se conmueven aquí al menor viento que deba pasar por las Repúblicas nacientes, como las entrañas de una madre pródiga por el menor cambio que pueda experimentar el aire en torno de la cuna de su hijo recién-nacido. Y hace pocos dias ha pasado en París extraña escena que aterra. Los jesuitas han promovido una manifestacion. El arzobispo la ha presidido. Era una asamblea de católicos ultramontanos. En ella se han condenado nuestros progresos, nuestros derechos, nuestra ciencia, nuestra civilizacion, y se han sostenido las ochentas proposiciones del *Syllabus*, encaminadas á hundirnos en el infierno de la Edad media. ¿Sabéis quién formaba el núcleo de la reunion, quién llevaba la voz cantante, quién decia



Las proposiciones más exageradas, quién pronun-  
ciaba los discursos más ardientes? El  
ejército, los jefes de la guarnicion de París.  
Así no extrañareis que la prensa se extravíe  
en país donde hay tantos extraviados. ¡Y que  
un diario monárquico diga estas terribles  
palabras respecto á la guerra! Por la corrien-  
te primavera nos hemos salvado en una ta-  
bla, gracias á la intervencion del empera-  
dor Alejandro de Rusia, fiado en nuestra  
futura prudencia. Si imitando el ejemplo de  
España restablecemos la Monarquía, habrá  
paz. Pero si continuamos en República, los  
tres emperadores del Norte se lanzarán so-  
bre nosotros y borrarán á Francia del mapa  
de Europa. ¿Qué os parece de ese patriotis-  
mo? ¿Dónde estais aquí, Wassingthon, Bo-  
livar, Juarez, que sabiais desafiar á todos  
los poderes del cielo y de la tierra por salvar  
la democracia, la libertad y la República?

Es mal gravísimo para la causa republi-  
cana en Europa que nacion tan parlamenta-  
ria y tan libre como Inglaterra uniera sus  
libertades y su Parlamento á la institucion  
monárquica y á otras instituciones feuda-  
les. Como quiera que suceda en las ciencias  
políticas algo de lo que sucede en las cien-

cias naturales, á saber, la superioridad del  
criterio experimental sobre los demás órga-  
nos del conocimiento, los ecléticos euro-  
peos se han aferrado al ejemplo de Inglaterra,  
sino para demostrar la compatibilidad en-  
tre la democracia y la monarquía para de-  
mostrar la compatibilidad entre la Monar-  
quía y la libertad. Pero realmente la super-  
vivencia de la Monarquía inglesa está unida  
fuertemente á un carácter que los ingleses  
aman sobre todos sus caracteres, á la origi-  
nalidad.

La República les procuró inolvidables  
dias de gloria; Cronwell fundó verdadera-  
mente la prepotencia inglesa; su figura  
austerísima, como todas las grandes figuras  
históricas, va creciendo á medida que va so-  
bre ella pasando el tiempo. Pero los ingle-  
ses tienen formal empeño de conservar su  
individualidad original hasta en la historia;  
y no sacrificarán la vieja Monarquía ni á la  
lógica inflexible, ni á la universalidad de  
ideas á que prestamos culto nosotros los la-  
tinos, raza de filósofos, raza de poetas, raza  
de artistas. Y para más conservar su origi-  
nalidad los políticos ingleses que pertene-  
cen á ciertas escuelas allí verdaderamen-



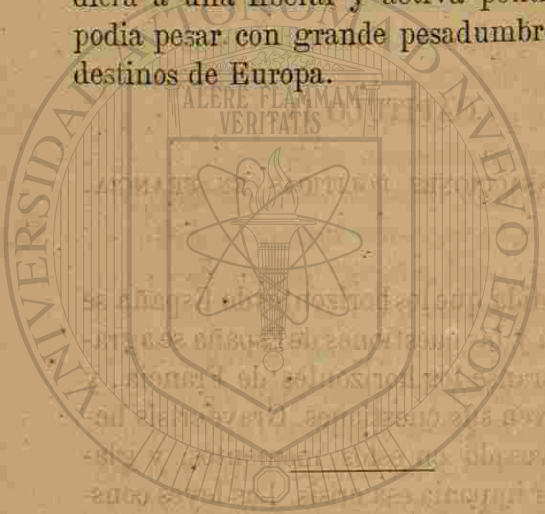
te nacionales, han predicado la más completa abstención respecto á todos los asuntos continentales que no se relacionen estrechamente con la libertad de su marina ó la libertad de su comercio. Así han dejado últimamente que Austria y Prusia sacrificáran á Dinamarca; y luego que Prusia se volviera contra Austria para lanzarla de la Confederación germánica y contra Francia para destituirla de su antigua hegemonía europea. Contra esta política van levantándose un poco, gracias á recientes desengaños. En esta primavera, cuando los rumores de guerra comenzaban, el Gobierno inglés se conmovió profundamente y notificó á Berlín que estaba resuelto á proponer sus buenos oficios para conservar la paz. Por cierto que mientras los órganos del Imperio germánico negaban á una y en coro que Prusia hubiera mostrado inquietud por los armamentos de Francia, Lord Derby declaraba en la Cámara alta que el embajador alemán había tenido encargo expreso de participarle estos recelos, y de decirle que la nueva organización del ejército francés amenazaba á la tranquilidad europea. Esta aseveración del ministro inglés ha causado tan profundas y tan

contrarias sensaciones así en los ánimos como en los mercados, que Prusia ha debido rectificarse á sí misma, y aseverar la existencia de su recelos, pero negando que llegáran en importancia hasta provocar un caso de guerra. En estas, el *Times*, el órgano tradicional de la ciudad, declara que desde hoy los asuntos de Francia le interesan al pueblo inglés tanto como los asuntos de Inglaterra. Al oírlo se vuelve furioso el órgano de Bismarck y dice que es una manera bien cándida de consolarse por la pérdida irremediable de una antigua influencia europea. A estas palabras despreciativas han respondido los ingleses diciendo, que son hoy el pueblo más rico de Europa y que podrían ser mañana el pueblo más poderoso. También á esto han opuesto amarga ironía los órganos de Prusia. Pero un sesudo periódico inglés ha mediado en la contienda y ha dicho que Inglaterra no podría poner en pie de guerra esos millares de hombres reunidos hoy, disciplinados hoy por los grandes pueblos. Pero su alianza podría ser decisiva ofreciendo como ofrecería á la nación amiga cien mil hombres de tropas cuyos huecos llenaría con grande facilidad, y el nervio de la



guerra, el oro que deberían procurarle sus inmensas riquezas.

Indudablemente. Si Inglaterra se decidiera á una liberal y activa política, aún podía pezar con grande pesadumbre en los destinos de Europa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

#### CAPITULO IV.

##### LAS TRANSACCIONES POLITICAS EN FRANCIA.

A medida que los horizontes de España se oscurecen y las cuestiones de España se agravan, acláranse los horizontes de Francia, y se resuelven sus cuestiones. Grave crisis hemos atravesado en estos momentos; y glacial terror imponía esa crisis. Las leyes constitucionales, que consagraban definitivamente la República, habian sido votadas, cuando aparece de súbito dificultad gravísima; la organizacion de la segunda Cámara. Siempre fué asunto de gran litigio en la política francesa el asunto de las dos Cámaras. Los monárquicos, apasionados hasta el delirio de semejantes divisiones en el poder legislativo, organizaron su segunda Cámara, la alta, de tal suerte, que dieron oca-

sion á innumerables burlas en pueblo tentado de la risa y amigo de herir á sus enemigos con el arma cortante de su finísima ironía. Los republicanos á su vez, harto apasionados de las tradiciones revolucionarias, recordando que los derechos del hombre habian sido proclamados por Cámara única, y por Cámara única fundadas las instituciones republicanas, han elevado la unidad del poder legislativo á dogma capital de su política. Mucho trabajo costó á la extrema izquierda separarse de principio mantenido durante largos años; y algunos de los menos transigentes y más apasionados declaran su resolución de no abandonarlo jamás. Pero, al cabo, acariciaban propósito firmísimo, el propósito de salvar la República á costa de los mayores sacrificios, aquellos republicanos imbuidos de la necesidad de una transacción y aleccionados por larga y dolorosísima experiencia. Así es que las leyes constitucionales pasaron, y pasaron abiertamente por el voto de la izquierda, á pesar de sostener en sus artículos el principio de la consagración de dos Cámaras.

Mas nada se habia conseguido, absolutamente nada con estas declaraciones; falta-

ba lo esencialísimo, faltaba la organización que debia darse á la segunda Cámara. Aquí la dificultad y aquí el peligro. Los monárquicos, irritadísimos, padeciendo del achaque comun á todas las escuelas vencidas, del pesimismo, decidieron proceder de suerte en la cuestión del Senado que cayeran por su propio peso las leyes constitucionales y se derrumbara con ella la institución que las corona y las remata, la República. La izquierda decide tambien mantener como principio esencial á su sistema el principio republicano de elección de todas las magistraturas, y el principio democrático del sufragio universal. A este fin propuso una enmienda, en la cual, si bien se exigian ciertas condiciones de edad y de posición para ser senador, se entregaba su nombramiento al mismo cuerpo electoral que nombra los representantes de la Cámara popular. Con seguridad la izquierda defendia este principio más por salvar su propia consecuencia que por establecerlo en las leyes. Y sin embargo, merced al pesimismo de los monárquicos, merced á las maniobras de los imperialistas, eternos perturbadores de toda República, merced á otras concausas; la en-



mienda de la izquierda ganó una inmensa mayoría; victoria cara á los mismos vencedores.

En cuanto se publicó el resultado, soltaron los monárquicos el torrente de sus iras. Declarada la República, dijeron á una, la consecuencia es inevitable; el triunfo de los radicales inmediato, los gobiernos conservadores imposibles. Ahí lo teneis, decian principalmente al mariscal Mac-Mahon, ahí lo teneis claro como la luz del mediodía. Un Senado elegido por las muchedumbres será un Senado de demagogos. En vez de escurdarnos contra la revolucion atraerá sobre vuestra cabeza inmediatamente sus rayos. No hay dogma bastante fuerte contra la ola ascendente. No hay poder bastante prestigioso para conjurar el peligro. De la República conservadora caeremos en la República radical; de la República radical caeremos en la República roja. Y vendrá en la tempestad á recoger el pingüe patrimonio de esta herencia de errores la comunidad revolucionaria de Paris con sus expoliaciones y sus incendios.

Así hablaban todos los monárquicos para apagar el ideal salvador de los republica-

nos. Afortunadamente en estas graves cuestiones parlamentarias hay dos hombres que representan papeles opuestos y que llegan á los mismos resultados. Es el uno de la derecha y el otro de la izquierda. Es el uno monárquico de tradicion y el otro republicano de convencimiento. Es el uno Wallon y el otro Gambetta. Ambos á dos sienten ardoroso patriotismo, y ambos á dos conocen la realidad y sus imperfecciones. Wallon hace todo lo posible por llevar sus amigos los conservadores á una solucion republicana, y Gambetta hace todo lo posible por llevar á sus amigos los radicales á que rodeen la solucion republicana, su ideal y su victoria, de firmes contrafuertes conservadores. Wallon pertenece á la enseñanza y ha brillado en la Sorbona. Su libro sobre la *Historia de la esclavitud en la antigüedad* es uno de los más perfectos libros de nuestra época y merecerá bien pronto, cuando el tiempo le haya prestado su color, el título de libro clásico. No hay nada que despierte el ideal en la mente como los estudios y las enseñanzas históricas. Gambetta, á pesar de sus extraordinarios talentos, no ha podido consagrarse ni á la literatura ni á la histo-



ria. El inmenso trabajo político á que está consagrado, demanda todo su tiempo y todas sus facultades. Pero, amando como pocos hombres el ideal, conoce y mide con exquisito sentido la realidad y sus insuperables dificultades. Wallon ha ido pues, desde el partido radical á conceder á la República todo cuanto exige hoy el estado de la democracia francesa, y Gambetta ha ido tambien por su camino á conceder al Gobierno conservador cuanto exigen las necesidades universalmente sentidas de orden y de estabilidad. Estos dos hombres han salvado la República y salvando la República, han salvado tambien á su patria, amenazada por la restauracion monárquica de grandes tiranías y del amargo fruto que la tiranía produce, de cruentísimas guerras.

El pacto se ha escrito, la transaccion se ha consumado; como se escribió un pacto y se consumó una transaccion allá en el terreno de las leyes constitucionales y en la definitiva proclamacion de una República conservadora. Los senadores no serán elegidos por el mismo cuerpo electoral que elige á los diputados. Pero serán elegidos por el sufragio universal. Este sufragio universal

será, sin embargo, directo, será de dos grados; porque elegirán á los senadores los elegidos del sufragio, los Ayuntamientos, las Diputaciones provinciales y ciertos compromisarios. Esta manera de elegir el Senado se copia á la letra de la Constitucion española de 1868, Constitucion que, despojada de sus artículos monárquicos, queda como un código perfectamente democrático. Una diferencia habia sin embargo, entre unos y otros diputados conciliadores. La diferencia consistia en que la derecha reclamaba el nombramiento de ochenta senadores por la autoridad del Presidente. Tal condicion lo desconcertaba todo. La izquierda de la Cámara podrá llegar á todos los sacrificios menos al sacrificio de su conciencia. Y hasta tal extremidad se facilitó una transaccion. Los moderados de la derecha presididos por el sábio y patriota Wallon corrieron á ver al Presidente, y le arrancaron la renuncia á la designacion de los ochenta senadores, traspasando tal facultad á la Cámara. El ministro del Interior lo comunicó á la Comision de leyes constitucionales, y se aceptó por consiguiente esta modificacion.

Faltaba el llevar al pacto los diputados



de la extrema izquierda. Gambetta se encargó de esta obra meritoria. Para decidir á los indecisos no hay cosa como decidirse uno mismo. Así Gambetta se levantó, y sin ambages, dió cuenta de su idea, pedir algunas modificaciones al proyecto de la alta Cámara presentado por Wallon; pero si no las obtenia votarlo resueltamente, y votarlo con la persuasión de que prestaba inmenso servicio á su patria, y por lo mismo, satisfacía á su conciencia. Parece imposible; pero fué el más reacío en este momento supremo un diputado respetable por su espíritu conciliador y por su política templada, el diputado Grevy. Cuando sostubo á Thiers, cuando presidió la Asamblea de Versalles, cuando fué coarticipante de aquella sangrienta represión, llevada á cabo sin piedad en París despues de la terrible rota de los comuneros; no estaba en mi sentir autorizado Grevy para inclinarse en este trance á los extremos y formar al lado de los intransigentes. La calorosa elocuencia, la comunicativa persuasión, los esfuerzos perseverantes de Gambetta lo arrastraron todo, conmovieren á todos, y la izquierda votará el Senado, y votando el Senado salvará á su patria de una

crisis tremenda y afianzará con verdadero vigor la República.

¡Oh! La política sensata es la única política saludable. Leyendo á Maquiavelo observé hace pocos dias este apotegma propio de un inmenso talento político, y del profundo estudio hecho en las sociedades humanas. «¡Cosas difíciles tiene el mundo; pero ninguna tanto como fundar la República en pueblos habituados secularmente á las instituciones monárquicas.» La experiencia ha sido hecha; y está perfecta. Por el camino de las revoluciones; de la intransigencia, de la utopia solo se llega á irreparables catástrofes, mientras que por el camino de las transacciones se llegó al afianzamiento de la República y al triunfo de la democracia. Permitidme que vuelva los ojos al sangriento espectro de los recuerdos y de las enseñanzas que há dejado la Comunidad de París.



## CAPITULO V.

### LA FUNDACION LEGAL DE LA REPÚBLICA EN FRANCIA.

Hace ya cinco años que seguimos con creciente anhelo el desarrollo de la política democrática en la nación francesa. Aunque otros títulos no tuviera, su vecindad á España, su parentesco de raza y de sangre con nosotros, su influjo decisivo en nuestros destinos desde comienzos del siglo xviii, cierto instinto de propia conservación al fin, impulsáronnos á ver y estudiar los sucesos políticos de Francia con patriótico interés y con profundísima emoción. Salida de su cesarismo odioso, que despues de haberla envilecido, la entregó desarmada al extranjero, gobiérase desde entonces por una Asamblea, que en circunstancias críticas y angus-



tiosas nombró el sufragio universal para dar término á desastrosa guerra. Esta particularidad, muy digna de tenerse en cuenta; las desgracias inevitables del primer Gobierno que tuvo la revolucion triunfante; las derrotas generales de los ejércitos franceses; las duras condiciones de la paz; los sacrificios necesarios del territorio y del Erario nacional; las locuras de la Comunidad de París que nació entre motines y murió entre incendios; el encono de los partidos, la inexperiencia de los republicanos, el fanatismo de los legitimistas suscitaron obstáculos, y obstáculos insuperables al Gobierno de un pueblo móvil, nervioso, impresionable por una Asamblea de setecientas cabezas, rota en innumerables fracciones y próxima á convertirse muchas veces en confusa Babilonia.

Pero habia allí dos principios, ó mejor dicho, dos reglas de conducta esencialmente saludables. Partiendo de la soberanía indisputable ya de la nacion, y proclamando como órgano de esa soberanía el sufragio universal, Francia quitaba los dos escollos en que se han estrellado los ensayos de sus gobiernos democráticos, el escollo de la revolucion y el escollo de los golpes de estado.

Y, en efecto, este escrupuloso respeto á la legalidad, lo ha salvado todo, lo ha resuelto todo, dando á su Gobierno esos dos caracteres de conservacion y de progreso, que los gobiernos han menester para durar en nuestro siglo.

¡Cuántas veces tentaban los avanzados al partido republicano á que entrase en el camino proceloso de las revoluciones! ¡Cuántas veces solian decirle que teniendo muchos chedumbres dispuestas al combate en Lyon, Burdeos, Marsella, debian lanzarse en la pelea y reivindicar su derecho por la fuerza! Pero el partido republicano, aleccionado en larga experiencia, devoraba todos sus dolores y se mantenía en el círculo de sus exactos derechos. Y lo que sucedia con el partido republicano, sucedia con los dos respetables jefes del Estado que Francia ha tenido dichosamente á su cabeza. Cuando no se entendian los partidos en la Asamblea, cuando sus discusiones degeneraban tristemente en pugilatos, cuando toda solucion se alejaba y parecia venir el caos, muchos conservadores levantaban los brazos suplicantes á los dos ilustres magistrados y les pedian que disolvieran á viva fuerza la Asamblea y ape-



laran de ella en la seguridad de purificadora absolucion al juicio infalible de la pública conciencia y al fallo indeleble de la más remota posteridad. Pero los dos presidentes, lo mismo el estadista que el militar, dignos ambos de su alto encargo, prefieren pasar por todas las angustias de la incertidumbre, por todos los peligros de una autoridad provisional, á desconocer y desacatar la base verdadera de las sociedades libres, la base de la legalidad. Y hoy tranquilos, satisfechos, con la conciencia serena y la vida sin mancha, pueden asegurar que han llegado al puerto, y que han establecido un gobierno regular, tan alejado de las reacciones como de las revoluciones, en su noble patria.

Si, la solución última ha sido, como todas las soluciones durables, de transacción. La Asamblea se ha encontrado con ciudades ardientemente liberales, con regiones del territorio nacional democráticas de abolengo, con la juventud de las universidades enamorada de ese ideal, con un partido antiguo que tres veces en el presente siglo ha implantado esa forma de gobierno; y ha sabido dar á todas esas aspiraciones, á todos

esos intereses una satisfacción, dándoles ya en definitiva la República. Pero al mismo tiempo se ha encontrado con que una parte considerable de la nación detesta los cambios bruscos, las utopías descabelladas, las innovaciones peligrosas, la revolución, sobre todo, y á esa parte le ha dado, como contrapeso de la República, la alta autoridad del Presidente con derecho de disolución cuando se desavenga del Congreso, el plazo de siete años á esa presidencia, la reelección, las dos Cámaras, todas las garantías que pueden hacer á una magistratura dura y estable.

Ahora bien, la Asamblea de Versalles ha procedido con verdadero patriotismo y con elevación verdadera. Monárquica en su mayoría, ha visto que las competencias entre las tres familias rivales imposibilitaban por completo la Monarquía en Francia. Y ha visto más, ha visto que la proclamación de una de las tres dinastías, el excluir á las otras, quizá sembraba la guerra civil en lo futuro. Y con una abnegación, que nunca ensalzará bastante la historia, ha concluido por aceptar la forma de gobierno que más cuadrará á las democracias; y ha proclamado



definitivamente la República. Pero el partido republicano á su vez ha hecho grandes sacrificios. Su tradicion jacobina, su intransigencia histórica, su Cámara única, su presidente ilusorio, sus más caras creencias, todo lo ha sacrificado á una honrosa transaccion que pudiera salvar las dos condiciones esenciales de un poder democrático, la amovilidad y la responsabilidad efectiva.

Hoy la Asamblea francesa, que despues de tantas vacilaciones y tantas dudas, ha llegado á una solucion satisfactoria, sabrá con energia mantenerla y completarla. Mucho, muchísimo ha tardado en dar una solucion definitiva; pero esta gran tardanza ha prestado á su obra una solidez que no podrán alcanzar jamás las improvisaciones revolucionarias. A su vez el mariscal Mac-Mahon es prenda segura de estabilidad. Su honradez y su lealtad la preservan de toda tentacion ambiciosa. Su fidelidad al juramento prestado le aseguran el aprecio universal del mundo civilizado y el lauro imperecedero del renombre histórico. Militar, sabe que la milicia ha de subordinarse á las leyes, y ha de ser el brazo más firme, pero de ninguna manera la cabeza del Estado.

Asi puede estar segura Francia de que no será el general Mac-Mahon quien la arrastre á las dictaduras sustituyendo la voluntad caprichosa de un hombre, ni las proclamaciones tumultuarias de un ejército á la expresa y manifiesta soberanía de la nacion. El firmísimo tacto político mostrado por la Asamblea francesa y la fidelidad inquebrantable á sus juramentos mostrada por el general Mac-Mahon dan desde hoy mismo á Francia áncoras fortísimas de estabilidad y de paz.

Pero veamos cómo se verifica este cambio é historiemos las últimas sesiones. Era el jueves 28 de Enero el dia destinado á votarse la enmienda de Laboulaye, concebida en estos términos: «El Gobierno de la República francesa se compone de un Presidente y de dos Cámaras.» Desde los primeros momentos de la sesion los diputados estaban reunidos en el edificio; pero no estaban en el salon. Mantenia, como si recitara una salmodia, su antigua receta de República radical y avanzada, el diputado Naquet, sin que nadie le prestara oidos, porque las Asambleas deliberantes no son cátedras de derecho político, sino centros de grandes con-



tiendas políticas. Y la contienda política no estaba empeñada entonces entre la República radical y la República conservadora, sino entre la República conservadora y la Monarquía: que no otra cosa sino la Monarquía ó su regencia es el puro septenado, sostenido por la derecha de la Cámara.

Al fin, á eso de las cuatro de la tarde, subió Mr. de Laboulaye, ardientemente esperado, á la tribuna de Versalles. La atención se concentra toda entera en su persona y en su discurso. No se oía materialmente respirar en la Cámara. No es el célebre maestro del Colegio de Francia lo que puede llamarse un grande orador; pero es indudablemente uno de los más disertos y más agradables conversadores de la Cámara. Su discurso tenía un objeto concreto, y este objeto lo alcanzó admirablemente. Propúsose persuadir al centro derecho á votar por la República, no como la forma más justa de gobierno, sino como la forma más necesaria y más conservadora. Dado este propósito, no puede encontrarse una arenga más oportuna y más hábil. Francia es inmenso taller. Este taller, donde todo el mundo trabaja, necesita seguridad. Esta seguridad no puede

nacer de un Gobierno provisional, nace necesariamente de un Gobierno definido. El único Gobierno que puede definirse y fundarse es el Gobierno republicano. La Monarquía de Chambord se ha desvanecido por sí misma. El ilustre príncipe no quiso trocar su autoridad heredada por los colores de la revolución que habia perseguido y destronado á su familia. La otra Monarquía que pudiera reemplazar á esta es el Imperio; Monarquía dictatorial dentro, que habrá de confiscar todas las libertades para vivir; Monarquía conquistadora fuera, que habrá de encender la guerra en el mundo para vengar la catástrofe y lavar la afrenta de Sedan. Hoy no existe, pues, otra forma de gobierno que la formá republicana en Francia. Muchas imputaciones se le han dirigido. Muchas calumnias se le han lanzado. Revuélvense todavía los archivos históricos para encontrar pruebas y argumentos contra la República francesa. Pero la historia no se repite. Las reapariciones históricas son, á la verdad, tan extrañas y fantásticas como las reapariciones de los muertos. Llevamos muy cerca de cinco años de República en Francia. ¿Y qué principios fundamentales de la



¿La sociedad ha atacado esta República? ¿Por  
¿la ventura la propiedad? Todos los rentistas  
¿se cobran sus rentas, todos los trabajadores  
¿guardan y acumulan, si les place, los frutos  
¿de su trabajo. ¿Por ventura la familia? No  
¿se ha presentado ninguna proposición que  
¿pida el divorcio con todas sus consecuencias  
¿y que ataque la indisolubilidad del matri-  
¿monio. ¿Por ventura la religión? Los perse-  
¿guidos en otras naciones van á buscar un  
¿asilo y un refugio en el regazo de Francia.  
Siendo esto así no hay pretexto alguno para  
pedir y para desear que caiga una República  
áncora de todos los derechos, seguro de to-  
dos los intereses legítimos. Mas hay muchos,  
muchísimos motivos para pedir que salga la  
nación de lo provisional y entre en la lega-  
lidad. Para esto no hay más remedio que  
proclamar la República. Tened, gritó Mr. de  
Laboulaye con verdadera angustia, tened  
piedad de Francia.

El efecto de este discurso fué inmenso.  
El estado de la Cámara era admirable. La  
izquierda estaba unida como un solo hom-  
bre; la derecha desconcertada é indecisa.  
Pidieron los republicanos que se procediera  
á votar, y protestaron los monárquicos. Se

no votó la petición de los republicanos y obtu-  
vo mayoría. Esta mayoría era una señal de  
que iba á ganarse la batalla, cuando se le  
ocurre á Luis Blanc en mal hora pedir la pa-  
labra. Será el antiguo socialista un gran  
escritor, un gran orador, no disputemos; pero  
es un pésimo político. Su desdichada inter-  
vención en la República de Febrero, sus es-  
túpidas maniobras del Luxemburgo, sus va-  
ninas utopías sociales, sus locas manifestacio-  
nes de trabajadores, su declaración de guer-  
ra á la Asamblea por no haber fundado la  
quisicosa que se llamaba ministerio del pro-  
greso, su triste papel en la irrupción del  
mes de Mayo, que dispersó á los diputados  
é hirió en el corazón á la democracia, la  
complicidad moral de sus descabelladas ideas  
con los horrores de la guerra civil desatada  
en Junio, hacen de Luis Blanc un personaje  
funesto á la libertad de su patria, y por con-  
secuencia á toda la libertad europea. Parece  
que veinte años de destierro, largos cursos  
de política práctica en la sensata Inglaterra,  
las pavorosas catástrofes de los últimos tiem-  
pos, el mucho camino desandado en los días  
de exaltación y de fiebre, el mucho camino  
andado en los días de mesura y de pruden-



cia, debían haberle abierto los ojos y haberle desengañado de los dogmatismos estériles y de las intransigencias dementes y suicidas. Pero nó, sería un gran sacerdote de cualquier secta oriental, y es un triste diputado de nuestros tiempos de transacción, en que se debe contar para todo con la realidad viviente y con el dato de lo posible. Por no alcanzar la República de sus ensueños es incapaz de sacrificar la República real, la República victoriosa. Hace de su consecuencia un Dios, de su idea un ídolo, de sus juicios las suras del Koran. Para un hombre así la patria no significa nada, la libertad nada, la democracia nada; lo que importa es el propio sistema con todas sus proporciones y todos sus dibujos. Cuando se nace con una vocación exclusiva de profeta, se va uno á fundar cualquier religion, cualquier secta, aunque sea de espiritistas, y no se viene á ninguna política, ni se inscribe en ningún partido. Para estar absorto en la contemplación de sí mismo, de la conciencia propia, de las propias ideas, ahí están los yhoguis de la India, que dejan á las aves anidar en sus espaldas, mientras se miran atónitos y absortos el ombligo; mas para luchar en po-

lítica se necesita formar parte de la legion sagrada de los partidos, é ir con ella aceptando todo género de sacrificios, ó ir con ella al combate. Y en virtud de esta ley no debe el estadista proceder como un filósofo, que sólo mira á la conciencia, sino como un político, que debe mirar también á la realidad y á la historia. Y no hay cargo alguno que sea tan complejo, tan múltiple, tan colectivo, como el cargo de diputado. En primer lugar, no se representa sólo á sí mismo, no representa su conciencia individual, representa un gran número de electores, que son á su vez elementos considerables de un partido. En segundo lugar, pocas veces vota un diputado aquello que quiere, sino aquello que está más cerca de lo que quiere. Y si por no realizar todo el ideal en toda su pureza no se vota, vale más dejarse las Asambleas por inútiles, é irse á las academias. Lo cierto es, que por una República sin Cámara alta y sin presidente, República imposible, Luis Blanc mató en la Asamblea la República con dos Cámaras y con presidente, que habia ya triunfado. Su intervención importuna en el debate agrió los ánimos, borró el influjo de la arenga de Laboulaye,



desconcertó á la izquierda, rehizo á la derecha, dió armas contra la República á sus adversarios, y logró que un triunfo indisputable se trocara en una indisputable derrota. Puesta segunda vez á votacion la demanda de si debia darse el punto por suficientemente discutido, resultó aplazada la votacion para el dia siguiente, y con el aplazamiento resultó vencida la proposicion de Laboulaye. ¿Y para qué? Para que al dia siguiente estos mismos diputados de la pura intransigencia tuvieran que ceder á las instancias de sus amigos y tuvieran que votar en la urna la proposicion rechazada en la tribuna. Pero con este socorro veintitres votos faltaron para vencer á los republicanos. Por fin, una enmienda de Wallon, declarando que el presidente de la República seria elegido por las dos Cámaras y reelegible al término de la presidencia, enmienda que contenia virtualmente la República, se ganó por un solo voto, y mediante este voto ha entrado Francia en condiciones de legalidad y ha fundado un gobierno duradero y estable. ¡Que Dios la bendiga y que le conserve la libertad!

## CAPITULO VI.

### RESOLUCION DE UNA CRISIS.

Francia ha resuelto, y ha resuelto admirablemente todas sus cuestiones. Despues de tantas perplejidades, de dudas tan terribles, una mayoría se ha formado, y esta mayoría ha convenido en que las dos bases de la nueva situacion serian una política francamente republicana como ideal, y otra política francamente conservadora como norma y regla de conducta. Mucho les ha costado á los corifeos del centro derecho un sacrificio de esta clase, el sacrificio de su antiguo ideal monárquico; mucho les ha costado otro sacrificio análogo á los corifeos de la izquierda, el sacrificio de su Cámara única, de sus principios radicales, de su tradicion jacobina; pero ante las exigencias de la situacion



y ante la salud de la patria, se han pospuesto las convicciones personales, y aun de partido, al bien y á la seguridad personal. La República es ya el hecho y el derecho; es la legalidad actual de Francia y la legalidad definitiva, continuando en su obra de emancipar á las democracias y oponer fuerte antemural á los embates de las revoluciones.

Mucho ha costado este pacto; pero mucho valia. Para concluirlo han sido necesarias circunstancias bien extrañas y hechos bien graves y trascendentales. Cuando aparemiaba la solución aparecieron las maniobras bonapartistas en toda su desnudez y con todos sus peligros. Una elección reciente reveló su fuerza indomable. Y esta revelación trajo el terror consiguiente á una caída material y moral que pudiera ser la definitiva destrucción de Francia. Imposible describir las organizaciones formidables de que se han valido y los grandes medios para extender el bonapartismo por todas partes: empréstitos en el extranjero; conversión de las sociedades de crédito en sociedades de propaganda; impresos repartidos con una profusión digna de la fecundidad que tiene la naturaleza; fotografías del príncipe imperial á

millares; recuerdos de la leyenda napoleónica; promesas dadas á todas las clases, lo mismo al jornalero del taller, que al jornalero de los campos, lo mismo al sacerdote que al demagogo; leyendas convirtiendo al fugitivo de aquel Sedan ignominioso, en verdadero Cristo vendido y crucificado. La idea bonapartista subia como la espuma, y llegaba á amenazar la República. Ningun medio, ninguno se perdonaba para alentarla. Varios antiguos socialistas resucitaban el apocalipsis de redención social uniéndolo al mesianismo de los Bonapartes. Otros decían estas maquiavélicas palabras en circulares difundidas por todas partes: «No sabemos qué piensa el general Mac-Mahon de la restauración de nuestro príncipe. El gran papel que ha representado en el Imperio debía empeñarle en procurarla. Pero piense como quiera, conviene difundir entre las muchedumbres la especie de que su política se encamina á la restauración.» Dadas todas estas maniobras, todos estos peligros, no cabe duda alguna de que la incertidumbre sólo servia á fortalecer el Imperio. La resolución de los partidos superando las diferencias y conviniendo en programa comun, ha sal-



vado la República de una grande asechanza y la nacion de una gran deshonra. ¡Llor al patriotismo de todos!

Es verdad que todavia se presentan dificultades gravisimas. La mayoría es demasiado confusa, el centro derecho demasiado enemigo del centro izquierdo para que pueda resultar un ministerio duradero y viable. M. Buffet, á quien todas las fracciones republicanas han designado como Presidente y á quien la opinion designa como jefe del Gabinete, tiene escrúpulos invencibles para formar un Gobierno viendo los elementos contrarios y hasta enemigos, forzosamente incluidos dentro de su seno. Una gran desgracia de familia ha servido para agravar esta triste situacion de su ánimo y para arraigarle en la idea de no aceptar el ministerio. Pero no habiendo quien represente con tan'os títulos como él esta mayoría, exigida por necesidades incontrastables de la política, se ha resignado y forma el ministerio. Es verdad que en su formacion ha tropezado con las dificultades previstas. La presidencia se inclina mucho á la fraccion Broglie, y la fraccion Broglie no puede entrar sin descomponer el ministerio. Los mode-

rados del centro derecho demandan grande participacion, participacion mayor en el botin de la que han tenido en la victoria. Y á sus demandas opone invencible repugnancia la izquierda. Lo más parlamentario es lo menos acepto al presidente; un Gobierno compuesto solamente de los vencedores. Y lo que no podria aceptarse á la verdad, seria que tratándose de aplicar leyes constitucionales votadas por la abnegacion de todos, se eligiese alguno de los ministros entre las filas de la minoría. La fortuna con que se han vencido las dificultades presentes, promete igual felicidad en las dificultades futuras. Esperémoslo en bien de la Francia republicana y en bien de la cultura moderna.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO VII.

### FORMACION DE UN GOBIERNO CONSTITUCIONAL EN FRANCIA.

Continúa Francia superando sus dificultades y estableciendo las bases firmísimas de un verdadero gobierno. Despues de haber durado cuatro años la crisis constitucional, por la ceguera de los partidos monárquicos empeñados en resucitar el organismo de una sociedad muerta, ha durado ahora quince dias la crisis ministerial. Las gentes la imaginaban ya insoluble y preveían ruidoso golpe de Estado que diera al traste con las nuevas instituciones y su perfecto coronamiento, la nueva robustísima República.

Yo que hubiera sentido tanto un golpe de Estado en Francia, como los sentí y los deploré en nuestra España, yo estaba com-



pletamente sereno y tranquilo. Fiábame en el buen tacto y sentido político que de día en día va adquiriendo la nación francesa. Veia con claridad extraordinaria su terror á restauraciones preñadas de nuevas desgracias y ocasionadas solo á nuevos retrocesos. Constábame el vigor del partido republicano que les consiente todo género de transacciones patrióticas sin peligro ni de disminucion ni de muerte. Sabia que, sin ser republicano, el general Mac-Mahon estima en mucho su honra y tiene á gala dejar á la posteridad un nombre immaculado y un testimonio de que ha sabido defender hasta el fin la soberanía y las leyes de su patria.

Luego, dos enseñanzas muy aprovechables han disgustado á la nación vecina de las aventuras y la han compelido á la sensatez y la prudencia. Es la primera, el espectáculo de esta nuestra España arrastrada por sus bruscos cambios de temperatura política, por sus revoluciones y sus reacciones, desde la cima de los principios democráticos á la restauración reaccionaria y á la guerra civil permanente. Es la segunda, esa fuerte organización que tomaba el partido imperialista, organización amenazadora, no solo á sus

instituciones, sino tambien á su dignidad y á su honra, á la dignidad y á la honra de todo un pueblo y de todas sus generaciones. Salvar la República ó caer en el Imperio ha sido el dilema planteado por la fatalidad: pero que ha traído al cabo la paz y el concierto entre los ánimos enconados, el establecimiento definitivo de una conservadora República.

Mucho le ha costado al partido republicano ceder en la malhadada cuestión de las dos Cámaras; pero le ha costado más al partido conservador el resignarse á una verdadera República. Este nombre asustaba á los conservadores como á los diablos los sortilegios. Parecía que en poniéndolo al frente de la Constitución habían puesto tambien con él esas cimas vertiginosas donde se agarran eternamente las tempestades. Yo gusto siempre de ver las relaciones existentes entre los partidos reaccionarios y los partidos demagógicos. Unos y otros tienen la misma superstición de los nombres. Creen los partidos reaccionarios que la palabra República lo descompone todo, y creen los partidos demagógicos que lo compone todo la palabra Comunidad revolucionaria ó Junta de salva-



cion pública. Durante la última revolución de París ¡qué supersticioso culto á estas palabras vacías ya de sentido! ¡Qué empeño en resucitar, sobre todo, el anónimo gobierno de la salvación pública. No le regateemos en manera alguna; no disputemos, como he dicho ya en otra parte, su colosal grandeza á la antigua Junta de Salvación pública fundada por los convencionales en los días de crisis más graves y de mayores desgracias que registra la historia. No se recuerda un poder semejante, ni el Imperio romano. Venció á los orleanistas, venció á los girondinos, venció á los dantonianos, venció á los hebertistas, venció á Robespierre, produciendo y devorando con la misma fecundidad con que la naturaleza produce la vida, y con la misma indiferencia con que la naturaleza causa la muerte. Su apogeo estuvo en su fase jacobina. Entonces consumió las inteligencias más luminosas, mató los hombres más ilustres, y realizó por una compensación verdadera, las más heroicas acciones, y las más increíbles empresas. Por Saint-Just acusó la Junta de Salvación pública á todos los partidos con la perseverancia de un esbirro y con la frialdad de

un verdugo agravadas por la elocuencia de un retórico; y con Couthon redactó en fórmulas tan sencillas como engañosas las proposiciones más revolucionarias, más excepcionales, más audaces; y con Collot de Herbois extendió su estrecha malla administrativa y su terror excesivo sobre todos los departamentos; y con Carnot aplicó las matemáticas á la guerra é hizo del arte de matar y vencer un sistema, una ciencia; y con Cambon sacó recursos del fondo de la miseria para sostener los colosales proyectos; y con Barrere tuvo á su servicio todos los argumentos del foro además de todos los sofismas de la escuela; porque la Convención era su instrumento, el misterio su atmósfera, la dictadura su medio, el terror su ministro, la guillotina su pedestal, la muerte su mensajera, encerrando en su seno con los delegados todos los elementos, con la ley de sospechosos todos los derechos, con el tribunal revolucionario, terrible como las Parcas, los hilos de todas las vidas, con las requisas toda la propiedad, como con el maximum todo el trabajo, con los clubs todos los demagogos, con Robespierre toda la Francia aterrada por la victoria y toda la Europa venci-



da, con las fiestas al Ser Supremo desde las profundidades oscuras de la conciencia hasta los claros abismos del cielo. No le regateemos, nó, sus victorias, pero tampoco le disculpemos sus errores. La Vendée en armas, los aristócratas y los realistas en conjuraciones permanentes, cómplices los girondinos de una desmembración peligrosa, los reyes de Europa coligados y sus huestes en la frontera, Francia sin recursos y sin soldados, la República sin vida y sin esperanza; en momentos tan críticos y supremos, con ruinas universales sobre sus espaldas, la muerte sobre sus cabezas, la deshonra sobre sus nombres, los convencionales fundan la Comisión de Salvación pública, que toma en sus manos la autoridad revolucionaria, la dictadura gigantesca; y con ocho mil seiscientos decretos fortifica y surte ciento veinte plazas de guerra; improvisa y organiza once ejércitos; ahuyenta á los alemanes, ingleses, holandeses; vence á los facciosos, arma al pueblo entero; pero también siega las primeras cabezas de Francia, guillotina aquellos girondinos que resucitaban á Grecia en sus ideas y en sus discursos; descabeza la revolución descabezando á los danto-

nianos; establece la igualdad en la muerte; esclaviza por el terror los ánimos, y cuando lo ha segado todo, y lo ha consumido todo, deja su patria á merced de la fortuna y de la guerra, con anhelo solo de vida y de paz aunque fuera bajo las espuelas de un general y en el yugo de la servidumbre; pues el terror llevó al más increíble de los suicidios, al suicidio moral de un pueblo, que por conservar algunas horas de tranquilo sueño en el reposo, á cambio de la vida, aniquiló su derecho y su alma. Entonces fué cuando el girondino Lassoource pudo decir á sus verdugos: «Muero porque el pueblo ha perdido la razón; el día que la recobre os matará á vosotros.» Entonces Danfon, fatigado ya con el peso de su conciencia y de su vida, exclamó: «Quiero más ser guillotinado que guillotinado.» Entonces Camilo Desmoulins escribió: «Todos los días el delator sagrado é inviolable entra en el palacio de la muerte.» Entonces Roederer dijo: «Los jacobinos después de haber traído por acusaciones feroces los juicios sin garantías, van al cadalso sin pleno juicio.» Entonces sucedió que una Junta condenó al verdugo de Lyon por haber cumplido fielmente la justicia revolu-



cionaria y vino á matarlo su propio hermano, antiguo auxiliar suyo, verdugo de la circunscripción del Fiere, verdadera y terrible imagen del terror.

Parece imposible que se creyera fácil restaurar en nuestro humano tiempo tanta crueldad y tanta barbarie. Pero si era demente el empeño de los comuneros en restaurarlas, era ridículo el temor en los conservadores de que se restaurasen. Aquellos días y aquellas pasiones han pasado para no volver jamás. La República es hoy una institución modestísima que se ajusta en su maravillosa flexibilidad á todas las exigencias y á todas las necesidades de nuestro tiempo. Y para fundarse con verdadera solidez en pueblos acostumbrados de antiguo á la Monarquía necesita revestir un carácter conservador, y fundar primeramente el principio social por excelencia, el principio de autoridad. Mucho cuesta el persuadir á los conservadores de esta verdad inconcusa; pero aprendida ya y confirmada por el sólido criterio de la experiencia, no tardará en ser fundamento sólido de una nueva vida política tanto en Francia como en el resto de Europa.

Y sin embargo, ¡cuántas dificultades para formar el ministerio francés! Debía nacer de la estrecha inteligencia entre los dos centros; y los dos centros conservaban opuestas preocupaciones, y aún sendos ódios del uno contra el otro. El centro izquierdo, cuya política ha predominado en esta crisis, reclamaba la participación correspondiente á su victoria. El centro derecho, apoyado en esto fuertemente por el general Mac-Mahon, sostenía que salir de la política conservadora era tanto como entrar en la política revolucionaria. El centro izquierdo reclamaba la cartera de Gobernación. El centro derecho se negaba á esta exigencia. Pedía aquel que no formara parte del gobierno ninguno de los que han votado contra las leyes constitucionales y reclamaba éste la presencia de algunos. Quería el centro izquierdo la disolución de la Cámara dentro de ocho meses y se negaba el centro derecho. A estas dificultades políticas se unían también dificultades personales. El hombre más autorizado para presidir la nueva situación era el presidente de la Cámara, elevado á tan alto puesto por la confianza de sus compañeros y que desde tan alto puesto debía pasar á la



presidencia del Gobierno. Pero Mr. Buffet se encontraba en la alta dignidad muy bien y no quería cambiarla por una incómoda cartera. Agregábase á esto un profundo disgusto doméstico, causado por la muerte de una persona idolatrada de su corazón, encanto de su familia. Así es, que muchas veces se ha desesperado de su aceptación, y por consecuencia del nombramiento de un nuevo ministerio. Y los que solo sueñan con tragedias y aventuras han presentado un nuevo golpe de estado urdido desde la presidencia y un nuevo fin trágico. Así como se convinieron los diputados de la nueva mayoría al cabo en las leyes constitucionales se han convenido también ahora en la formación del Gobierno. El ministerio se halla compuesto de la siguiente manera. Cuatro de los últimos ministros quedan; los señores Decazes, Cissey, Montaspsac, Casilaux; de los nuevos dos pertenecen al centro izquierdo, los señores Dufaure y Leon Say; uno al centro derecho, Buffet; otro á la derecha, Meaux; y otro es el autor de las nuevas leyes constitucionales, el Sr. Wallon.

De este último ya creo haberos hablado en cartas anteriores. Buffet, Dufaure y Say

son los más importantes y los que más caracterizan la política actual entre los ministros nuevamente nombrados. Buffet, es un hombre de cincuenta y ocho años. Liberal moderado, entró por vez primera como representante del pueblo en las Asambleas de la segunda República francesa, donde se distinguió por su ardor en conservar el orden con la democracia y por su enemiga implacable al socialismo. Un error gravísimo cometió en aquella su campaña política, el error de asociarse á la ley de Mayo que disminua el sufragio universal y daba por consiguiente formidables armas al presidente contra la Asamblea, al presidente que se declaraba ardientísimo defensor de ese principio y aparentaba, por consecuencia, más devoción y más cariño al pueblo que la mayoría de sus representantes. Dos veces ministro de Napoleon mientras tuvo el cargo de presidente de la República, se apartó de él en cuanto diera el golpe de estado, encerrándose en absoluto retraimiento. Sin embargo, la política de Emilio Ollivier le tentó y trabajó ardientemente en aliar las libertades modernas á la dinastía imperial. Malogrado este ensayo, perdida esta doctrina por el



error de la guerra, en cuanto la nueva República se fundó, perteneció á los menos monárquicos de los conservadores, y á los más conservadores de los republicanos. En esta política se encuentra hoy el secreto de su poder y de su fuerza.

Dufaure es un hombre tambien de excepcional importancia. Tiene hoy setenta y siete años, y una vida pública llena de honra y una hoja política llena de servicios. Su carácter es un tanto altanero, su palabra seca, su estilo duro, su lógica implacable. Perteneció siempre dentro de la Monarquía á los partidos más liberales; dentro de la República á los partidos más conservadores. Aunque enemigo acérrimo de Guizot y su política, se opuso con vigor á que la agitación reformista de 1848 degenerara tristemente en agitación revolucionaria. Los banquetes electorales dábanle horror porque preveía su término, una revolución. Pero cumplido esto, y triunfante la República, perteneció en cuerpo y alma al partido republicano. Su genio altanero tuvo la suficiente flexibilidad para armonizar en una síntesis perfecta los derechos de la libertad con la fuerza y el prestigio de los gobiernos. Autor

de la Constitución republicana del 48 la guardó fidelidad inquebrantable. Su alto sentido político y su larga experiencia le llevaron junto al general Cavaignac, cuyo ministro fué, y por cuya elevación á la presidencia, que hubiera salvado la República, trabajó, sin poder contrastar el influjo letal de la prestigiosa leyenda de los Napoleones. Ya presidente el príncipe Luis Bonaparte, admitió una cartera, cometiendo irreparable error, que oscurece en gran parte el brillo de su nombre, la intervencion funesta en Italia para destruir la República romana y restaurar el poder temporal de los Papas. A pesar de este sacrificio, de este holocausto á las ideas reaccionarias, el presidente le quita un día el poder para sustituirlo con gobierno hecho á su imagen y semejanza, preparatorio del aleve golpe de estado que asesinó la República. Desde entonces Dufaure combatió á Napoleon, y en cuanto vino la siniestra noche del 2 de Diciembre, se encerró como tantos otros en una completa abstencion. Hubiera salido de ella y entrado en el Parlamento del Imperio á no haberlo impedido la intransigencia de los republicanos que se negaron darle sus votos por el triste



recuerdo de la expedición á Roma. Ministro de Justicia durante la presidencia de Thiers, supo unir á la firmeza y energía del estadista la fé del republicano, fundando las instituciones democráticas en ese prestigio de la autoridad que las preserva de precipitarse por la pendiente revolucionaria á cuyo término hay siempre una reacción. Este hombre continuará hoy en el Gobierno su enérgica antigua política y contribuirá poderosamente á la consolidación y á la perennidad de esta naciente y ya arraigada República.

El ministro de Hacienda es M. Say, que lleva un ilustro nombre, que pertenece á una familia de economistas, que ha regido varias sociedades de ferro-carriles y de crédito, que ha escrito en periódicos tan importantes como el *Diario de los Debates*, que ha desempeñado la prefectura de Paris y que sabrá dar al Gobierno todo, y á la administración de su departamento con especialidad, el esplendor de su ciencia y el vigor de sus arraigadas convicciones profundamente liberales y republicanas, tan penetradas de la necesidad así de un orden regular como de un continuo progreso.

Tal es el nuevo ministerio que corresponde por completo á las exigencias de la situación y que obedece á una política determinada y franca. La nación vecina ha abandonado el equívoco, y abandonando el equívoco ha robustecido la paz pública al par de la libertad. La amenaza de una restauración legitimista, las conspiraciones de la casa de Orleans, el vuelo que han tomado últimamente los bonapartistas, las pasiones demagógicas, todo se estrellará contra el firme propósito de fundar en el consentimiento de la nación una verdadera y sensatisima República.





## CAPITULO VIII.

### LA RUPTURA ENTRE ARNIM Y BISMARCK.

Ruidoso incidente diplomático. Un embajador de la importancia de Arnim ha roto definitivamente con un ministro de la importancia de Bismarck. La causa de este rompimiento ha provenido de que Arnim pretende haber adivinado antes que Bismarck cómo el Concilio Vaticano debía encender la guerra civil en casi todos los Estados de Europa. La declaración de la Infalibilidad era para Arnim cosa resuelta é indudable; y esta declaración cambiaba de arriba abajo las antiguas relaciones entre la Iglesia y el Estado, erigiendo un absolutismo religioso en el corazón y en la conciencia de los pueblos modernos regidos por instituciones liberales en contradicción abierta con seme-



jante monstruosa autoridad. En la prevision de estos conflictos, para disiparlos si era posible, para prevenirlos en todo caso; el embajador conjuraba al ministro y le instaba fuertemente á que influyera en el ánimo de los obispos alemanes; á que tratara con los Gobiernos de Italia, Francia, España, Austria, todos interesados en los problemas conciliares, á fin de evitar la declaracion de la Infalibilidad, y con ella las inmensas dificultades de lo porvenir, que ponian sombras en las inteligencias más serenas y más claras, miedo en los corazones más varoniles y más resueltos. Bismarck se reia de estos temores y de estas aprensiones de su embajador; daba poca importancia á los debates conciliares; desoia por completo las sabias previsiones, tomándolas por vanos augurios; y juzgaba la reaccion religiosa poco más ó menos como Leon X en su tiempo habia juzgado la reforma, alzando los hombros, y diciendo chistes sobre las gerundiadas y macarroneras de los teólogos. ¡Qué fuerte no habrá sido su furia, su cólera, cuando, en medio de las dificultades religiosas más graves, en medio de las consecuencias más trascendentales del Concilio, con los obispos rebeldes,

con las iglesias perseguidas, con el Vaticano airado, con los pueblos del Mediodía perturbadísimos, con las propias provincias en grave desacuerdo, con las señoras principales tomando parte en la agitacion y poniéndolo al nivel de Diocleciano, con tantos procesos como traian gravísimos atentados al orden, con tantas leyes como suscitaban nuevos obstáculos nunca superados, el canceller se encuentra un dia de manos á boca con la extraña increíble noticia de que documentos diplomáticos reservadísimos se publicaban y difundian, á fin de demostrar que todos estos peligros le habian sido con oportunidad señalados, y que él, ni los habia creído, ni los habia previsto. Francamente, era una herida muy honda en su altísima reputacion y un atentado muy grave á su nombre para que perdonara al autor de semejantes revelaciones.

Y la publicacion tenia tanto más de trascendental cuanto que era una sañudísima venganza. Y la venganza tanto más de ruin cuanto que habia sido engendrada por móviles puramente personales. El conde Arnim fué enviado desde Roma á Paris, la embajada más difícil y más importante que hoy tiene



Prusia en el mundo. Dos encargos capitales. Llevaba el embajador, capitalisimos. Era uno protestar contra las maniobras ultramontanas del Gobierno francés; era otro impedir la restauracion monárquica y sostener las soluciones democráticas y liberales dentro del círculo de sus facultades y del legítimo alcance de su influencia. El conde Arnim, que en Roma se mostró tan liberal y tan contrario á los ultramontanos, mostróse en París reaccionario y á los ultramontanos favorable. Mientras el canciller, con más prevision y con mucho mejor consejo, veia en la restauracion hervir nuevas guerras y en la República abrirse puerto seguro á la paz universal, su embajador, ciego y soberbio, favorecia las inteligencias de orleanistas con legitimistas y conspiraba descaradamente contra la autoridad y contra el Gobierno de Mr. Thiers. Llega el 24 de Mayo: se entienden reaccionarios de todas procedencias y monárquicos de todos matices; se dan el ósculo de fraternidad los partidarios de las ramas del tronco Borbon y los partidarios de las ramas del tronco Bonaparte; se ponen de acuerdo para derribar el Gobierno republicano del orador Thiers y sustituirlo con el

Gobierno innominado del general Mac-Mahon; y en todas estas intrigas, en todos estos arreglos, en todas estas conjuraciones de pasillo de Congreso y de salon de conferencias, interviene activamente el embajador de Alemania contra las terminantes instrucciones de sus naturales jefes y superiores, cuyas personas y cuya política representaba en aquel eminentísimo puesto. Es más: llega la gran comedia, van los Orleans á besar la mano de los Borbones que han herido y deshonrado, y destronado y guillotinado; merced á esta reconciliacion se cree el restablecimiento de la legitimidad, la vuelta de los Capetos, la estupidez de la bandera blanca, la reedificacion del trono y del altar, el reinado de los jesuitas; y el embajador de Alemania toma parte en todas estas intrigas tan contrarias á las ideas de su Gobierno y en todas estas maniobras tan contrarias á los intereses de su patria.

Ya no podia tolerarse esa extraña conducta. Arnim es llamado á la corte y amenazado por el canciller con una destitucion absoluta. Pero el Rey le estima, le tiene en mucho por pertenecer á la aristocracia de Alemania y acaso por participar de sus ideas



feudales, y logra desarmar la cólera de su primer ministro, arrancándole como término medio, en lugar de la cesantia absoluta, la traslacion inmediata desde París á Constantinopla. Arnim, resentido por los agravios que le ha inferido el canciller, y alentado por la proteccion que le ha dispensado el Emperador, se cree ya jefe de partido, futuro primer ministro, capaz de reemplazar con su política propia la política revolucionaria; y lanza al viento sus indiscretas revelaciones sobre su conducta en la córte de Roma y sobre sus anuncios acerca del Concilio vaticano. Ante esta nueva imprudencia, ante este nuevo desacato no tiene el Rey objecion que oponer á las observaciones de su ministro, ni excusa con que paliar los errores de su protegido; y Arnim es declarado cesante de su cargo en Constantinopla, aunque puesto, como un último atenuante, á disposicion del ministerio de Negocios extranjeros para obtener nuevos cargos y empleos. Llegadas las cosas á este extremo, la cólera del destituido no tiene rebozo, ni su oposicion calmante, ni su imprudencia freno; y declara guerra á muerte al canciller y á su política; reúne todos los elementos de

combate; ajusta un periódico donde emplear los tesoros de sus arcas y la hiél de sus higados; dirígese á los electores para que lo nombren miembro del Parlamento alemán con objeto de pronunciar furiosos discursos; abre sus oidos á todos los cuentos ultramontanos y sus salones á todas las intrigas reaccionarias; convoca á los pietistas, á los feudales, á los infalibilistas, á todos los condenados y malcontentos; redacta con los diputados de la extrema derecha más negra, y entrega á las prensas de Ginebra un folleto titulado *La Revolucion de arriba*, en el cual trata al principe del Imperio de Alemania como un demagogo de la Comunidad de París, apoyándose en documentos, cuya posesion debe á un abuso de confianza en el ejercicio de augustas y reservadas funciones del mayor secreto y de la más alta importancia. Formidable enemigo se ha echado encima el conde de Arnim y todo hace prever que será completamente vencido en esta desproporcionada contienda. ®





## CAPITULO IX.

### LOS ESLAVOS Y AUSTRIA.

Grandes clamores elevan todos los días á las alturas los eslavos de Bohemia. Como quiera que dentro de Hungría existen razas eslavas, también apasionadas de su independencia, el conde Andrassy quiere enfrenar á los eslavos independientes que hay dentro del Austria. Pero si estos eslavos son blanco de los odios húngaros, aún hay algun elemento en el Norte de los húngaros más aborrecido, y es la potencia que mantiene la agitacion panslavista; la potencia que clavó su espada en el corazon de los magyares cuando los magyares creian haber tocado en la meta de su libertad; la potencia que sublevará siempre á los eslavos del Imperio austriaco, de igual suerte que



los godos de allende el Dauubio y los germanos de allende el Rhin azuzaban contra Roma y contra Constantinopla á los bárbaros acampados ya en los dominios de la antigua civilizacion. Despues de todo, si esos pueblos eslavos que al Oriente y al Mediodía del Imperio austriaco se levantan, no pueden ser autónomos, no pueden tener cultura propia, y han de optar por necesidad fatal entre la tutela del Austria y la tutela de Rusia, preferible es que sufran la tutela del Austria.

El Austria lleva en su seno, si no todos, algunos de los grandes gérmenes de libertad que encierra en sus ideas la raza germánica, mientras que Rusia hasta ahora sólo representa, sólo significa el Mesianismo armado y conquistador de un fuerte Imperio, que sueña con tener á sus piés en Occidente dormidas tantas razas y sujetas tantas naciones como tiene en Oriente. Cuando un pueblo de civilizacion superior ejerce imperio sobre un pueblo de civilizacion inferior, siempre su tutela está templada por la cultura, siempre su ministerio es ministerio de educacion, siempre infunde alguna idea y con la idea alguna vida. Pero cuando im-

perios de civilizacion inferior se imponen á pueblos cultos, sólo se imponen ó para conquistarlos, ó para conducirlos á la conquista. Por eso el panslavismo seria la señal de una grande irrupcion, y esta irrupcion, si no consiguiese vencer á Occidente, conseguiria perturbarlo y tenerlo en las angustiosas zozobras de eternas amenazas.

Conviene á la civilizacion universal que Austria sea justa y satisfaga en todo cuanto de justas tengan las pretensiones de los eslavos de Bohemia. Si es cierto que en ódio á Rusia proclamára Andrassy la autonomia de Galitzia para que sirva de incentivo y ejemplo á Polonia, negando al par toda esperanza á Bohemia, tal politica podria traer gravisimos conflictos, como siempre que se comete una injusticia. En el organismo del Imperio, en la diferencia de sus razas, en el origen diverso de sus nacionalidades, no hay más remedio que aceptar francamente una federacion amplisima. Si esta federacion es difeicil bajo la forma monárquica, que siempre dará predominio á una raza sobre las demás razas y á una ciudad sobre las demás ciudades, ahí está la forma republicana que parece imponerse á los pueblos con



la virtud que tiene para evitar todos los conflictos y para resolver todos los problemas.

Las tenaces aspiraciones de los eslavos de Bohemia son varias. No quieren asistir á la Asamblea de Viena mientras no se reconozca la autonomía de su reino y el carácter legislativo de su Asamblea ó Dieta. No quieren que se les imponga la lengua alemana, sino que se permita el natural desarrollo al idioma nativo, que es la encarnación de su pensamiento, la revelación de su espíritu. La verdad es que el Austria no debe negarse á ninguna pretensión justa. La naturaleza no ha querido que haya entre las naciones murallas impenetrables. Muchos pueblos entran en el territorio de los pueblos vecinos para ser como mediadores entre sus fuerzas, como mútuos conductores de sus ideas. Saboya, medio italiana, medio francesa, está ahí entre ambas potencias como sirviendo de lazo á su civilización respectiva. Suiza comunica tres pueblos que tienen tanta grandeza como tres continentes, el pueblo francés, el pueblo alemán y el pueblo italiano. La Alsacia y la Lorena, arrancadas á Francia, desempeñaban más inmedia-

tamente este mismo destino entre dos razas hoy por nuestra desgracia enemigas. Pues bien; Austria está ahí, rodeada de pueblos eslavos, para llevar al seno de esos pueblos, por la infiltración de la cultura germánica, toda la cultura europea.

Mas cumple á su elevado ministerio que todo este influjo natural no tenga aire ninguno de imposición. El pueblo de Bohemia es un pueblo culto, como es un pueblo culto el pueblo de Hungría. Si en alguno de los puentes de la hermosísima Praga hay apoteosis de los jesuitas, se conservan como recuerdo arqueológico, mientras el hogar de Juan Hus, el mártir de la libertad del pensamiento humano, se conserva en virtud de culto entrañable, como un poema viviente. La cultura de Bohemia crece. Tiene admirable universidad. Cuatro mil escuelas municipales para una población de cinco millones de almas. De los seiscientos cincuenta mil niños que pueden frecuentarlas, sólo treinta mil quedan hoy sin ninguna instrucción, mal á que se trata de llevar remedio. Si es verdad que la intolerancia religiosa, allí como aquí, ha causado estragos horribles, también es verdad que algunos monjes



se gloriaban de haber quemado sesenta mil obras á las puertas de sus bibliotecas; pero hoy cuenta escritores distinguidísimos como Pakell y Erber y otros. Cuando un pueblo ha conservado con esta constancia su autonomía, no es lícito ni oprimirlo ni degradarlo bajo el férreo yugo de un Imperio que por tantos siglos ha sido enemigo implacable de los humanos progresos. Si Austria quiere vivir en paz con los pueblos que la rodean, es necesario que dé á esos pueblos aquellas libertades sin las cuales no tiene precio alguno la vida.

## CAPITULO X.

Á LOS DEMÓCRATAS ESPAÑOLES.

Amigos míos: Cuando en matemáticas se plantea bien un problema, es inmediata y llana su resolución. En política, cuando se tiene un programa concreto y una línea de conducta fija, se superan muchos obstáculos y se allanan los caminos que conducen á la consecución de un buen fin. Nuestros partidos, por regla general, no se forman ni se aligan por medio de ideas puras, se forman y se aligan por medio de intereses transitorios. La mayor parte de ellos no cree que, mediante un partido se puede servir á la nación, sino que mediante la nación se debe servir á un partido. Por eso, el propósito de oponer á la política de las personalidades egoístas la política de los principios fijos, y



se gloriaban de haber quemado sesenta mil obras á las puertas de sus bibliotecas; pero hoy cuenta escritores distinguidísimos como Pakell y Erber y otros. Cuando un pueblo ha conservado con esta constancia su autonomía, no es lícito ni oprimirlo ni degradarlo bajo el férreo yugo de un Imperio que por tantos siglos ha sido enemigo implacable de los humanos progresos. Si Austria quiere vivir en paz con los pueblos que la rodean, es necesario que dé á esos pueblos aquellas libertades sin las cuales no tiene precio alguno la vida.

## CAPITULO X.

Á LOS DEMÓCRATAS ESPAÑOLES.

Amigos míos: Cuando en matemáticas se plantea bien un problema, es inmediata y llana su resolución. En política, cuando se tiene un programa concreto y una línea de conducta fija, se superan muchos obstáculos y se allanan los caminos que conducen á la consecución de un buen fin. Nuestros partidos, por regla general, no se forman ni se aligan por medio de ideas puras, se forman y se aligan por medio de intereses transitorios. La mayor parte de ellos no cree que, mediante un partido se puede servir á la nación, sino que mediante la nación se debe servir á un partido. Por eso, el propósito de oponer á la política de las personalidades egoístas la política de los principios fijos, y



á los provechos y medros de una fraccion el exclusivo interés de la patria puede ser base de una conducta á la par honrada en sus móviles y en sus resultados provechosa y útil.

Nosotros tenemos trazados nuestros compromisos por nuestra historia, y en esta historia encarnada, digámoslo así, nuestra conciencia. Nosotros somos liberales y hemos sostenido en teoría la libertad más lata y hemos en la práctica realizado cuanta libertad permitia, y mucha más acaso, el estado de revolucion y de guerra permanentes en que por nuestra desgracia nos tocó la terrible responsabilidad del poder. Nosotros somos demócratas y lo hemos sido siempre. Por esto sustentamos los dos principios que han traído á la vida moderna Francia y Alemania, el derecho del sufragio universal y el deber del servicio obligatorio. Nosotros somos republicanos, primero, porque creemos que las sociedades modernas solamente obedecen á gobiernos nacidos de su voluntad, periódicamente mudables, y ante su juicio supremo y su criterio superior responsables; y despues, porque las Monarquías representan las antiguas castas y han perdido en

nuestro suelo toda su autoridad y todo su prestigio.

El conjunto de principios por nosotros mantenido se encuentra en un conjunto de leyes, todas ellas escritas y muchas de ellas practicadas, se encuentra en la legislacion liberal, democrática y republicana, que ha sido votada despues de memorables discusiones en una série de Parlamentos. Cuanto en materia de progresos políticos, jurídicos, administrativos, podrá obtener y practicar nuestro pueblo durante mucho tiempo, se contiene en esas leyes, que debemos defender hoy con vigor y practicar mañana con fidelidad. Ellas aseguran los derechos individuales más latos, aplican el sufragio universal más completo, dejan á los Ayuntamientos y á las provincias facultades que en nuestro atraso politico no se pueden ampliar, establecen el matrimonio civil, fundan el jurado, aseguran á la Iglesia y á la Universidad en su respectiva independencia y realizan el ideal de una plena democracia. Por consiguiente, no hay que pensar en ninguna reforma, en ningun adelanto de trascendencia que esté más allá de los códigos dados en una época de verdadera fecundidad



intelectual. Hasta la abolicion de la esclavitud en Cuba, reforma urgentisima, tiene el precedente de esa abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico. Nuestro empeño debe reducirse á conservar con religioso culto estas leyes y á oponerlas á la arbitrariedad que les ha sucedido y que ha resucitado prácticas y tradiciones, á las cuales ha opuesto la nacion española en este siglo invencibles resistencias é inolvidables protestas.

Las únicas alteraciones que á la Constitucion de 1869 debemos llevar, son las alteraciones relativas á los poderes públicos. Aquellos artículos que declaran el poder su premo hereditario é inviolable, deben sustituirse por otros artículos que declaren el poder supremo amovible y responsable. Pero no hay que ocultarlo, porque el desconocimiento de la realidad política lleva siempre á desgracias irreparables. En España, en nacion donde las ciudades del Mediodía se contagian rápidamente de demagogia y socialismo, donde las regiones del Norte sirven á una reaccion autocrática, el poder su premo de una República verdadera necesita, por lo mismo que es más responsable, mayor fuerza, mayor prestigio y mayor auto-

ridad que en una Monarquía. Debe dársele una estabilidad relativa por una duracion larga, y deben concedérsele medios de refrenar á las dos demagogias, cuyos errores y cuyos odios nos han traído á la presente servidumbre. Si en vez de proceder con la vista puesta en la imprescindible necesidad de un poder fuerte, se procede con la vista fija en nuevos elementos de perturbacion y de anarquía, declaremos honradamente que serán fatales, fatalísimas las consecuencias de una segunda República. En España se ha cometido un error muy grave. Se han creado Gobiernos fuertes para defender principios débiles como la tradicion monárquica y la intolerancia religiosa. Y luego se han creado Gobiernos débiles para sostener principios fuertes como la libertad, la democracia y la República. Resultado: que nuestro país padece de una debilidad verdaderamente crónica. Cuando los Gobiernos han sido fuertes y los principios no, la debilidad de éstos ha traído las revoluciones. Cuando los Gobiernos han sido débiles y los principios no, la debilidad de aquellos ha traído la guerra civil ó la calentura demagógica. El día que un Gobierno vigoroso defienda principios vi-



gorosos también será un día de verdadero progreso para nuestra patria. Y no hay que engañarse acerca del sentido de mis palabras: por Gobiernos fuertes no entiendo Gobiernos arbitrarios. En mi concepto, los Gobiernos deben tomar su fuerza de las leyes y dar á las leyes en la sociedad el vigor que tienen las leyes en el Universo. El Gobierno debe ser fuerte siempre dentro de la ley.

He dicho cuáles son nuestros antecedentes en la cuestión de principios; ahora voy á decir cuáles son nuestros antecedentes en la cuestión de conducta. Creedme, amigos míos, en la desgracia estoy; en una emigración, que no por voluntaria, deja de ser triste; y sin embargo, cuando vuelvo los ojos atrás, si de algo me arrepiento, es de no haber afirmado con más vigor los principios de orden y de autoridad dentro de la República. Nosotros, que en los grandes trabajos preparatorios de la revolución de Setiembre nos separamos de todas las utopías, no debimos jamás reconciliarnos con sectas, cuyos principios creemos erróneos y cuya conducta dañósima. Nosotros, después del triunfo de la revolución, debimos haber combatido con más tenacidad toda esa serie de motines

que, empezando en Cádiz y Málaga, y siguiendo por Jerez, Tarragona, Barcelona y otros pueblos innumerables, infundieron la idea de que el partido republicano era la insurrección y el desorden permanentes. Nosotros debimos rechazar aquellas coaliciones electorales con los carlistas y los alfonsinos, que en el fondo eran coaliciones de revolución y de guerra. Nosotros debimos tener empeño mayor en que el partido progresista estuviera á nuestro lado en la fundación de la República, aun á costa de dejarles el goce completo del poder, reservándonos la satisfacción inmensa del cumplimiento y desarrollo de nuestras instituciones. Nosotros debimos comprender antes, mucho antes de haber llegado al Gobierno, que el federalismo era impracticable y que bajo esa enseña se habían refugiado todas las utopías comunistas que aquí en Francia trajeron las Jornadas de Junio y la Comunidad de París, y allá en España los maldecidos cantones. Nosotros debimos evitar que diputados rebeldes, jefes de insurrección, cómplices de la indisciplina, llamados por los tribunales ante su barra, fueran sin derecho alguno á poner la legalidad en la noche del 2 de Enero entre



el Gobierno que habia salvado la nacion y Cartagena que nos habia traido hasta la intervencion extranjera, á favor de Cartagena y sus secuaces. De todos estos errores, quizá, y sin quizá, soy el primer responsable; y digo á mi partido llanamente lo que á voces me dice á mí con sus reconvenciones la conciencia, proponiéndome para lo porvenir resueltamente una conducta de todo en todo opuesta.

Porque si estos han sido nuestros errores, francamente confesados, nuestros servicios á la causa de una estrecha alianza entre el orden y la libertad, entre la autoridad y la República, han sido innumerables. Nosotros evitamos, lo mismo en la prensa que en el Congreso, la contaminacion de la escuela democrática con los ensueños comunistas, cuyo virus ha impedido en tantos pueblos la resuelta aplicacion de nuestros principios. Nosotros nos opusimos á tantos retraimientos en el periodo electoral y en el periodo parlamentario, que hubieran sido causa de desórdenes en el pueblo y de atrasos en el desarrollo de las instituciones democráticas. Nosotros, en la época de mayor extravío, representamos los principios de

estabilidad y de orden. Nosotros apoyamos con desinterés sin ejemplo en nuestros anales, al partido radical en las dos épocas de su gobierno, y huimos de todo pesimismo. Nosotros, cuando España habia caido en aquella disolucion universal de los cantones, donde era más horrible aún que la anarquía la seguridad de un próximo despotismo, nos consagramos desinteresadamente á salvarla y á reconstituirla. Nosotros vencimos á la demagogia en todos sus campos de batalla y la sacamos de todas sus madrigueras. Nosotros restablecimos la disciplina militar. Nosotros reintegramos en su debido número el ejército. Nosotros reconstituimos el cuerpo de artillería. Nosotros tomamos á Cartagena realmente. Nosotros dimos recursos al Tesoro y fuerza y respeto á la autoridad. Nosotros, pues, por nuestra doble historia, representamos la alianza del orden con la libertad y de la autoridad con la República. A esta significacion ni podemos, ni debemos, ni queremos renunciar. Por nuestros principios políticos jamás transigiremos con los reyes. Por nuestra historia política jamás transigiremos con los demagogos. Hé ahí trazada,



claramente trazada nuestra línea de conducta, que á un tiempo nos imponen nuestra conciencia y nuestra historia.

Por todas estas razones creo necesaria la formación de un partido gubernamental dentro de la República, enteramente consagrado á contrastar los temores justificados por tantos delirios y á demostrar que el sistema monárquico puede ser sustituido por un sistema democrático, capaz de ofrecer mayor latitud á todas las libertades y mayores garantías de estabilidad, tanto al poder como al orden. Y para base de todo esto, es necesario sostener algunos principios de una evidencia irrefragable y de una inmediata aplicación. El primero es la condenación á un tiempo de toda utopía federalista ó socialista. No caigamos de nuevo en aquel error de pasar por que una Asamblea constituyente se convoque para que organice á su antojo la República. La mayor ventaja de esta forma de gobierno es hallarse perfectamente organizada entre nosotros. En España la antigua Constitución de 1869 debe restablecerse en el momento mismo que el partido republicano recobre por cualquier camino el poder y sancionarse

á la manera de Suiza, por un plebiscito. Las primeras Cortes deben ser unas Cortes ordinarias, que legislen sobre las tres grandes necesidades de nuestra patria: la enseñanza, la administración y la Hacienda. Una Asamblea de teólogos políticos, un Concilio infalible é indisoluble, resultará un caos, de cuyo seno sólo pueda surgir horrible dictadura, mucho más duradera y mucho más feroz que la dictadura presente. Por consecuencia, ahora, con tiempo, antes de contraer nuevos compromisos y nuevas responsabilidades, se necesita condenar toda inteligencia directa ni indirecta con los demagogos. De mí sé decir que estoy resuelto á una sola intransigencia en mi vida: á la intransigencia con los intransigentes. Ellos perturbaron nuestras discusiones de la Asamblea Constituyente y estuvieron á punto de malograr nuestros grandes trabajos. Ellos nos llamaron traidores el día mismo en que votábamos la República, por no habernos resignado á sus locos retraimientos. Ellos sublevaron en mil ocasiones al pueblo durante el período de libertad más lata que ha conocido nuestra patria, con lo cual sólo sirvieron á la reacción. Ellos se negaron á



una benevolencia con los radicales, impuesta por los peligros que rodeaban á la libertad. Ellos se sublevaron en el Ferrol y en Andalucía durante el ministerio que era nuestro honradísimo aliado; y cuando se discutía la abolición de la esclavitud en Puerto-Rico, armaron su motinaje de Madrid, tan favorable á la perpetuidad de la esclavitud en las Antillas. Ellos son los autores únicos de aquella larga serie de desastres que comenzó hiriendo de muerte, al día siguiente de proclamada la República en Málaga, y que la inmoló y la enterró al pié de Cartagena. Hoy sólo sirven para esparcir el terror á la libertad y retardar el día de nuestra emancipación. Mañana sólo servirán para perdernos. Sepan, pues, todos sus apóstoles y todos sus sectarios, que entre ellos y nosotros no cabe ninguna reconciliación. Por un exceso de generosidad, á un arrepentimiento públicamente confesado y á un cambio completo de principios y de conducta, podría el partido republicano de orden, perseguido, diezmado, asesinado, calumniado por la demagogia, responder con el perdón y el olvido. Pero no cederemos ni un ápice en nuestro programa, porque tene-

mos la seguridad de que sólo por nuestros principios y nuestra conducta se puede restaurar la República, y después de restaurada, sólo por nuestros principios y por nuestra conducta puede conservarse.

Las sociedades humanas tienen tal horror á los demagogos, que ni en las épocas de mayores desastres sociales se entregan á la demagogia. Hasta en la crisis misma, en la crisis suprema de una revolución, el instinto social, tan fuerte como nuestro instinto de conservación, se sobrepone á todo. Cromwell, y no los niveladores; Robespierre, y no Babff; Mauricio de Sajonia, y no Juan de Leyden; Cavaignac, y no Luis Blanc; Thiers, y no Delescluze, los más conservadores entre los revolucionarios, dominan las revoluciones y salvan las reformas. En nuestra misma España el año 36 dió el poder á Mendizabal, y no al conde de las Navas; el año 40 al general Espartero, y no á los ideólogos de la regencia trina; el año 54 á O'Donnell, que fundó allí la autoridad incontestable ejercida durante toda su existencia, y el año 68, entre las catástrofes de una revolución radicalísima y la fuga de una dinastía secular, al general Serrano. Pues cuando se repite una



série de hechos incontestable, es porque obedecen á una ley histórica ineludible. La reaccion no se irá hasta que no exista un partido republicano bastante fuerte y bastante gubernamental para sustituirla. Y á este partido republicano, en cuyas filas me encontrareis siempre, le costará tanto trabajo salvar la segunda República y establecerla definitivamente, como les cuesta á los sensatos, á los prudentísimos, á los admirables republicanos franceses el salvar su tercera República de la reaccion que han engendrado los crímenes de los comuneros y de la repugnancia que sienten la industria, el comercio, el trabajo mismo, las letras y las artes, cuanto piensa y produce en Francia, á caer en las garras de una nueva demagogia oculta tras el antifaz de la intransigencia. No olvideis una sentencia de Aristóteles, eternamente verdadera: las Monarquías mueren por el despotismo; las aristocracias, por la oligarquía; las democracias, por la demagogia. Yo no conozco otro enemigo que pueda destruirnos nuevamente y nuevamente perdernos en el inevitable día de una segunda República.

Y aquí llego, como llevado de la mano, á

la cuestion del retraimiento. No puedo concebir cómo despues de tantas enseñanzas se cae todavía en la ciega y desatentada política de abstencion. El régimen republicano es un régimen de Parlamento. Y un régimen de Parlamento no se puede aprender ni se puede acreditar sino en el Parlamento mismo. De tantas desgracias como hemos sufrido y de tantos desengaños como hemos experimentado solo nos queda una ventaja, la de haber puesto nuestra planta en el Gobierno y la de haber aprendido allí que no se dirige á los pueblos con ilusiones poéticas y con teorías abstractas, sino con el conocimiento profundo y práctico de la triste realidad y de sus innumerables dificultades. Pues bien, una parte del Gobierno, la esencial, será sin duda en toda democracia, en toda República, en toda época de libertad, el Parlamento, sus deliberaciones, su táctica, su reglamentacion, su arte de gobernar que constituye en Suiza, en América, en Inglaterra, en Francia misma ya, en todos los pueblos cultos y libres, la principal ocupacion de los repúblicos. Ese alejamiento de la tribuna se concibe en los absolutistas, pero no se concibe en los republicanos. Así, el día



que se necesita legislar para la República, se tropieza con legisladores de buena fé, pero sin ninguna experiencia, sin esa experiencia que es necesaria en todos los asuntos de la vida pública. El Parlamento es una escuela y á esa escuela debe ir todos los días y á todas horas un partido esencialmente parlamentario como el partido republicano.

Yo concibo que aquellos repúblicos próximos al Gobierno, se abstengan si les cierran todo camino de ser ó una mayoría gubernamental ó una respetable minoría numérica. Mas no concibo que un partido, como el nuestro, necesitado solamente de algunos abogados de nuestros principios y algunos fiscales de nuestros adversarios, apele al retraimiento, á un verdadero suicidio. Sin prensa hoy, sin propaganda alguna posible, sin folletos, porque ni se escriben ni se leen, sin ningun medio de afirmar nuestros principios de libertad y de orden, nuestra decision de apoyar una República, digna de este nombre, pero capaz de la autoridad y del gobierno, ¿cuándo creereis que reconquistaremos y recabaremos la opinion pública y la fuerza moral necesaria para fundar un estable poder? Confundidos con los internacio-

nales, con los demagogos, con los utopistas de todas procedencias, sin definir concretamente nuestros principios, sin separacion por una línea divisoria infranqueable de todos esos elementos, ¿cuándo la conciencia de España volverá á nosotros y reclamará nuestros principios? Renunciar á la tribuna es renunciar pura y simplemente al porvenir. En España la democracia no se ha formado en sociedades secretas y en logias de carbonarios; se ha formado en Asambleas deliberantes y por diputados de la nacion. El año cuarenta y cuatro, un anciano ilustre, completamente solo, en unas Cortes moderadas, echó las bases indestructibles del partido democrático. El año cincuenta se anduvo un paso; pero fué porque tres ó cuatro diputados de una minoría imperceptible intentaron y cumplieron la primera organizacion de nuestro partido. El año cincuenta y cuatro veintiun diputados votaron contra la Monarquía y á favor de la República. Sin aquel voto previo jamás hubieran existido partidos numerosos, capaces de llevar á cabo tan avanzado programa. Cuando vinieron las reacciones más terribles por más taimadas, la difusion de los principios moderados por la



union liberal, un solo diputado, demócrata eminentísimo, habia en las Cortes célebres de los cinco años, uno solo que salió de las urnas por milagro, y ese diputado único, desde la tribuna, completó el triunfo moral de la democracia española. Si á esto añadís la admirable campaña de un orador justamente célebre contra la antigua dinastía tendreis reunidas las causas de la transformacion experimentada por la conciencia pública y los precedentes necesarios de la revolucion de Setiembre. Como el mundo físico se rige por fuerza, el mundo social se rige por ideas. Y el gran centro de las ideas es y será siempre la tribuna de los Parlamentos. Si el partido republicano renuncia á ella renuncia á toda propaganda; y si renuncia á toda propaganda renuncia á toda vida.

La democracia francesa jamás se hubiera levantado tras sus errores de 1848 y las heridas que el golpe de Estado le abriera, sin la minoría de los cinco que inició el despertar de la conciencia nacional. Se les exigieron todas las humillaciones posibles, y por todas pasaron: jurar al Emperador; asistir á las sesiones de sus Cámaras, levan-

tadas sobre los falseamientos reglamentarios más absurdos; permanecer allí sin ningun derecho de iniciativa y sin ninguna verdadera facultad; pero aceptaron estas imposiciones de la fatalidad con una abnegacion verdaderamente heroica y una constancia incontrastable, hasta conseguir que la conciencia pública viera en la República la sustitucion inevitable del Imperio. ¿Cuándo se hubiera proclamado la forma republicana en Francia sin la presencia de los republicanos en las Cámaras imperiales? Durante el último tormentoso período, en la fiebre universal producida por las revoluciones, una gran parte de los diputados republicanos se fueron de la Asamblea de Versalles, apelando á ciega abstencion, porque la Asamblea era reaccionaria, y tuvieron que volver poco á poco, y tuvieron que resignarse á mil derrotas parciales, y de mil derrotas parciales sacaron una victoria definitiva, la proclamacion de la República. Si todos se hubieran ido por el camino de la abstencion, ¿cuándo se proclamaria legalmente la República? ¿Cuándo sale Francia de la interinidad?

Francamente, sin voz alguna en la próxima Asamblea, no se podrá llegar á lo in-



dispensable, al esclarecimiento de nuestra historia, á la defensa de nuestra política, á la redaccion de un programa concreto, á la rehabilitacion de nuestras doctrinas, á todo lo que es préviamente indispensable para transformar en sentido progresivo los pueblos. Seguirá al silencio la muerte. Así, cuantas objeciones me han opuesto no me han persuadido. La primera es la declaracion de la ilegalidad hecha por el Gobierno. Pues no hay medio mejor de contrastar esa declaracion que presentarse en la esfera legal. La segunda es la forma del juramento. Si se exige esa prescripcion reglamentaria, deben apurarse todos los medios de impedir-la, y cuando se agoten, protestar ante Dios y los hombres de esa doble coaccion ejercida sobre nuestra conciencia política y nuestra conciencia religiosa. ¡Con qué satisfaccion y con qué orgullo podremos recordar á nuestros enemigos ensoberbecidos por una victoria pasajera, la superioridad incontestable del gobierno republicano, aboliendo la práctica abusiva de los juramentos políticos y dispensando á todos de humillaciones que sólo sirven para enconar heridas y para traer esos odios sociales, causa primera de

las guerras civiles y de las revoluciones políticas, cuyo origen está en la ceguera de nuestros gobiernos! Tambien se dice que reconoceremos el nuevo orden de cosas presentándonos en las Córtes. ¿Cuándo saldremos de las necias puerilidades al uso? ¿Reconocieron á D. Amadeo de Saboya los diputados borbónicos que hubo en las Córtes de la revolucion? ¿Reconocieron la República? Pues influyeron poderosamente, así en las Córtes de la Monarquía revolucionaria, como en las Asambleas republicanas. La Europa no sabrá los errores de la Restauracion, si no hay en el Congreso quien los denuncie con el vigor propio de las grandes convicciones. La conciencia nacional estará dormida perpétuamente si no resuena en la Asamblea una voz que la despierte.

La única objecion de fuerza es la objecion de imposibilidad. No la rehuyo, antes la admito. Sé que sin periódicos no se pueden acordar ni se pueden sostener las candidaturas; sé que sin derecho de reunion no se puede concertar la voluntad de los electores; sé que sin ayuntamientos todo es falsedad; sé que hay una dictadura indefinida é indefinible en el poder, con estado de sitio en los



distritos, la amenaza á Filipinas sobre las cabezas, la confiscacion como medio é instrumento, y hasta al cabo, si es posible, las falsificaciones del escrutinio. Y sin embargo, bajo todo esto, aunque no pueda ir ningun diputado, que conste la imposibilidad en la práctica. Necesitamos cargarnos de razon para las resoluciones que debemos tomar ante una política semejante. Necesitamos que el mundo civilizado sepa cómo procede con la libertad electoral un Gobierno restaurador que tanta fuerza debería tener en sus comienzos, y en el recuerdo reciente de nuestros errores y de nuestras faltas. Pero yo pregunto: si no se lucha, ¿cómo se sabe que no podemos luchar? Si no se porfia, ¿cómo quejarse? Si dejamos de antemano abandonado el campo, ¿qué responderemos á quien nos arguya de este abandono, por más justificado que esté? Y si no se comete falta alguna, violencia alguna, porque nosotros no damos ni con nuestra presencia en ellas motivos, ¿qué camino tan llano para la Restauracion, qué política tan desembarazada para un Gobierno, qué fácil demostrar al mundo cómo la Monarquía se ha levantado tan alto y sus contrarios han caído tan bajo,

que ni siquiera hemos osado afrontar su mirada! Y hasta en tal caso extremo lúchese donde se pueda y vayan los diputados que consigan escaparse á la apretada red tendida por el Gobierno. Esos representarán el partido republicano que pretende armonizar el orden con la libertad. No suceda lo que ha sucedido tantas veces. No se dé el escándalo de otras ocasiones. Diputados que han ido á las Córtes á costa de grandes sacrificios, que han luchado con gloria por la santidad de nuestros principios, han recibido en premio la completa desautorizacion de sus partidarios, que tachaban este servicio inmarcesible de una verdadera traicion. El diputado que pueda luchar, merecerá luchando bien de la patria. El diputado que pueda salir, merecerá saliendo bien de la patria. El diputado que reivindique nuestros principios y que defienda nuestra historia desde la tribuna, habrá prestado el mejor servicio que prestarse puede á la libertad y á la República.

Necesitamos decir en el Parlamento á las clases conservadoras, que nosotros restablecimos la ordenanza, salvamos la disciplina, destruimos la demagogia, fundamos la auto-



ridad dentro de la República, y estamos decididos á prestar en lo porvenir nuestro apoyo á esa misma obra, sin desmayos y sin arrepentimientos. Necesitamos decir al pueblo cuando nos llaman conservadores: sí, lo somos, pero conservadores del sufragio universal; conservadores de la libertad del pensamiento; conservadores de los derechos de reunion y de asociacion; conservadores de la conciencia religiosa independiente; conservadores de la facultad en todos los cultos á dirigirse á su Dios y á fundar sus escuelas y sus iglesias; conservadores de la Universidad libre; conservadores del jurado; conservadores de la democracia; conservadores de la libertad; conservadores de la República.

## CAPITULO XI.

### LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA.

Los grados militares se dan hoy en Inglaterra como se daban los oficios y los empleos en España allá en los tiempos de Felipe II, por dinero. Esto los hace sólo accesibles á la aristocracia, ya de la cuna, siempre rica allí, ó ya del comercio y de la banca. Y un ejército mandado por una clase, es un ejército de casta; y un ejército de casta es incompatible con el espíritu democrático que las leyes últimamente votadas y las reformas hechas, han dado en parte á la Gran Bretaña. Ya en la guerra de Crimea se notó la inferioridad del ejército inglés, y se atribuyó á su espíritu de privilegio y de casta. La milicia es entre los ingleses lo mismo que era la Iglesia entre los españoles allá por la



ridad dentro de la República, y estamos decididos á prestar en lo porvenir nuestro apoyo á esa misma obra, sin desmayos y sin arrepentimientos. Necesitamos decir al pueblo cuando nos llaman conservadores: sí, lo somos, pero conservadores del sufragio universal; conservadores de la libertad del pensamiento; conservadores de los derechos de reunion y de asociacion; conservadores de la conciencia religiosa independiente; conservadores de la facultad en todos los cultos á dirigirse á su Dios y á fundar sus escuelas y sus iglesias; conservadores de la Universidad libre; conservadores del jurado; conservadores de la democracia; conservadores de la libertad; conservadores de la República.

## CAPITULO XI.

### LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA.

Los grados militares se dan hoy en Inglaterra como se daban los oficios y los empleos en España allá en los tiempos de Felipe II, por dinero. Esto los hace sólo accesibles á la aristocracia, ya de la cuna, siempre rica allí, ó ya del comercio y de la banca. Y un ejército mandado por una clase, es un ejército de casta; y un ejército de casta es incompatible con el espíritu democrático que las leyes últimamente votadas y las reformas hechas, han dado en parte á la Gran Bretaña. Ya en la guerra de Crimea se notó la inferioridad del ejército inglés, y se atribuyó á su espíritu de privilegio y de casta. La milicia es entre los ingleses lo mismo que era la Iglesia entre los españoles allá por la



época del absolutismo; es un empleo para los segundones de las familias ricas, para los que nacen pobres junto á hermanos mayores, y por consecuencia poderosos. Gladstone ha querido ocurrir al remedio de estos inveterados males, y ha propuesto la abolición de la venta de grados. Esta reforma pasó con grande mayoría en la Cámara de los Comunes. Pero al llegar á la Cámara de los Lores, ha encontrado insuperables obstáculos en las góticas ideas y en los anacrónicos intereses de la aristocracia. Gladstone hizo supremos esfuerzos para obtener una victoria, y llegó hasta declarar cuestion de vida ó muerte para él esta grave y trascendentalísima reforma. Los lores, que no tienen grandes simpatías por el destructor de la Iglesia anglicana en Irlanda, han hallado en tales palabras mayor incentivo á su oposición, y han negado su voto al bill en primera lectura. La irritación del espíritu público ha sido intensa contra la casta que se cree todavía en los tiempos de la conquista normanda. Y han debido ser muchos los grados de esta irritación, cuando el primer ministro se ha atrevido á lo siguiente: á prescindir de la alta Cámara y á promulgar la

reforma por un simple decreto de la reina. Conozco la noticia por telégrafo y no puedo saber qué impresión habrá producido en las islas tamaña audacia. Para cuantos conocen el respeto casi religioso que hay en Inglaterra á las prácticas parlamentarias, á la soberanía de las Cámaras, á sus leyes fundamentales, tal medida es más grave que una revolución violenta en los pueblos latinos. La Cámara está acostumbrada á resistir y á que se respete su resistencia. Es verdad que está acostumbrada á ceder también. Pero á ceder cuando le parece conveniente. A veces ha detenido una reforma urgentísima, humana, aclamada por todo el pueblo, cerca de medio siglo. Pero lo que habrá sorprendido á su orgullo es ver que el poder ministerial y el poder real prescinden de su concurso. Yo creo la medida del primer ministro saludable, pero la creo inconstitucional. Yo creo que la Cámara de los lores no puede subsistir en nuestro tiempo. Pero hubiera preferido destruirla á desconocerla y desacatarla contra el espíritu de la Constitución británica. Después de dado este paso, no hay que detenerse. Indispensable llegar hasta el fin. Sí, indispensable suprimir una



Cámara, sombra de otros tiempos ya muertos, cúnulo de privilegios ya imposibles, condensador de preocupaciones ya ridículas; débil valla al torrente de las ideas, que á través de todos los obstáculos sigue su majestuoso curso hácia la realización del ideal de nuestro siglo, hácia el cumplimiento de la justicia, hácia la plenitud del derecho.

La Monarquía se resiente al par que se resiente la alta Cámara. Un diputado acaba de interpelar al Gobierno porque la princesa heredera de Alemania en su último viaje á Londres se ha albergado en el comodísimo Hotel de la Embajada alemana, sin tener el recibimiento, digno de su rango, en los magníficos palacios concedidos por la nación á la corona, para que personifique á la Gran-Bretaña. En esta interpelacion iba envuelto un voto de censura á la reina, á su desercion de todas las fiestas, á su aislamiento sistemático, á su indiferencia por los negocios públicos, á su dolor tenaz, á su economía ridícula, á su conducta privada, muy honrosa, muy digna, si la reina fuera sólo mujer y madre, pero muy impropia de la excelsa magistratura que ejerce y cuya inutilidad

parece querer demostrar en todos los actos de su triste y solitaria vida.

Pero no son estos ciertamente los votos de censura que más debe temer la dinastía británica. Estallan otros en la opinion, y estallan con mayor fuerza. El *Fraser's Magazine*, que no es ciertamente una revista republicana, llama, insertando algunas consideraciones por un trabajador escritas, la atención del Gobierno británico sobre el movimiento progresivo del republicanismo en toda la nación. Este movimiento se ha impulsado mucho, como sucede siempre en la raza inglesa, no por virtud de ideas generales difundidas con calor en el espíritu, sino por virtud de datos encontrados en la experiencia. La política y la filosofía son siempre experimentales entre los ingleses, poco idealistas, poco dóciles al influjo de los pensamientos abstractos, que á nosotros, raza artística, nos apasionan y nos enloquecen, pero en cambio, muy observadores y muy prácticos.

Hay en Inglaterra un republicanismo teórico entre los filósofos y un republicanismo práctico entre los trabajadores. Ha tomado este republicanismo una formalidad y



una madurez opuestas á las utopias de los cartistas en 1848; y puede asegurarse que hoy pertenecen á sus creencias el 99 por 100 de los trabajadores fabriles de Inglaterra. Así tiene ya este republicanismo escuelas, clubs, comités, meetings, poderosa organizacion y representantes en la Cámara de los Comunes.

El casamiento de la princesa Luisa con el marqués de Lorne ha sido el hecho tangible, generador de esta opinion republicana. Como siempre sucede á las instituciones decadentes, de un hecho que parecia democrático, del casamiento de la hija de la reina Victoria con un particular, con el marqués de Lorne, ha sacado la opinion republicana extraordinario provecho. Mirando al lado práctico de la cuestion, al lado económico, han reconocido los ingleses que la Monarquía es una verdadera carga para el pueblo. La princesa Luisa ha pedido y alcanzado una cuantiosísima dote, que aprovechará á su marido, sin haber prestado al pueblo inglés ningun servicio merecedor de tan extraña recompensa. Pero dejemos hablar al mismo articulista inglés, cuyo estilo tiene un sabor británico digno de ser apreciado y conocido

por los lectores de estas mis revistas europeas, lectores antiguos y constantes, á quienes procuro instruir de todas suertes en las varias fases del espíritu político de este continente. «Las maldiciones han llovido sobre  
»la cabeza de los novios. Sanguijuelas reales y reales esponjas les ha llamado el pueblo, y citamos los calificativos más dulces.  
»Asunto de conversacion general en los talleres, proponíase por algunos chuscos que se estableciera el marqués de Lorne como honrado mercader de ultramarinos, ó como aprendiz de cualquier oficio que le sirviese para ganar modestamente la vida y le librara de tender la mano al público. Gentiles de muy selecta educacion, menestrales y artesanos honradísimos, hablando entre sus compañeros, no se mordian la lengua para decir cuánto deseaban ver en tierra la tribu entera de los monarcas, mientras que las mujeres pedian en sus oraciones la esterilidad de este costoso matrimonio, para que no se aumentase la casta de los mendigos reales.»





## CAPITULO XII.

### LA RENUNCIA Á UNA CÁTEDRA.

Ilmo. Sr. Rector de la Universidad Central.

Dirijo á V. S. como á mi jefe inmediato, la dimision de mi cargo de catedrático de Historia de España en la facultad de Filosofía y letras de la Universidad Central, á fin de que se sirva remitirla á la superioridad y recomendar su inmediata aceptacion. Este acto mio no es en verdad de hoy; presenté el dia 29 de Diciembre mi dimision al ministro último de Fomento, que suspendió el cursarla, atendiendo á ruegos reiterados de antiguos maestros, hoy compañeros en esta honrosísima profesion de la pública enseñanza. ®

Vacilé, dudé, porque appena el separarse



de aquello que más honra y enaltece la vida, el renunciar al comercio diario con la juventud, que en sus ilusiones y en sus esperanzas, siempre renacientes, trae perpétua primavera al entendimiento del profesor, más grata que nunca ahora en la madurez de la edad y en la amargura de tantos desengaños como lleva consigo el haber vivido mucho.

Hace tiempo que no he podido, como V. S. sabe, asistir á mi cátedra con gran dolor de mi corazón. Pero conviene á mi decoro, conviene á la verdad de los hechos decir todo cuanto en esto ha ocurrido, á fin de dejar en su punto el móvil verdadero y único de la dimisión que presento.

Vuelto á España de largo destierro, por Octubre de 1868, fui reinstalado en mi profesión, á la cual presté hasta 1873 todo el cuidado compatible con mis deberes de legislador, deberes penosísimos, pues muchas veces terminaban las sesiones á las altas horas de la noche despues de haber comenzado á las dos de la tarde.

En los cursos del 68 al 69, del 69 al 70, del 70 al 71, del 71 al 72 regenté mi cátedra asistiendo con puntualidad, excepto los

días, muy contados, al finalizar este periodo sobre todo, en que las tareas legislativas se agravaban, obligándome á enviar un sustituto de íntegro carácter y de sólida ciencia. Yo en realidad no he dejado mi cátedra hasta Febrero de 1873, en que el voto de las Córtes me impuso la alta dignidad y los gravísimos deberes del poder público. Cuando en Enero de 1874 entré en la vida privada volví á la Universidad y á mi cátedra. Mas tuve precision de dejarlas nuevamente á causa de pertinaz enfermedad, y siguiendo consejos, y hasta mandatos, de diversos facultativos que me vedaron todo trabajo intelectual.

En este curso de 1874 las consecuencias de tantos impedimentos como habian puesto á mi trabajo, primero el ejercicio del poder, luego las incomodidades de la enfermedad, quebrantaron gravemente mis escasos intereses y me impusieron como un deber de honor y de conciencia excesivos extraordinarios trabajos á los cuales me impelían, me arrastraban razones de orden privado, excusadas aquí, pero accesibles, Ilmo. Sr., á vuestra penetración.

Habiendo ingresado en esta carrera por



la ancha puerta de la Escuela Normal y siendo profesor casi desde 1850, en que adquirí los derechos de tal y regenté cátedras de griego, literatura clásica, literatura general y española; habiendo ganado mi cátedra de Historia de España en pública y rigurosa oposicion allá por los años de 1856, tengo perfecto derecho por virtud de disposiciones legales á dejar un año entero mi cátedra y entregarla á la regencia de un sustituto nombrado por el Claústro. Imputando el año corriente al ejercicio de esta facultad reglamentaria, me encuentro con haber cumplido todos mis deberes y estar en el pleno goce de todos mis derechos.

Yo pensé hacer valer este derecho por lo que respecta al año corriente, y tornar sin ninguna interrupcion á mi cátedra en el año próximo, continuando en una profesion que ha sido la más noble y más grata ocupacion de mi vida. Pero, francamente, Ilmo. Sr., las últimas disposiciones tomadas por la superioridad, me decidieron de una manera irrevocable á mantener mi renuncia. No trato de discutir las, pero si trato de justificarme. No miro á su mérito, pero sí á mi posicion. V. S. sabe que yo he consagrado todos

mis desvelos á la defensa de dos libertades fundamentales: de la libertad científica y de la libertad religiosa, necesarias á todas las naciones, indispensables á nuestra España. Pues yo creo que estas dos manifestaciones de la libertad, han sido vulneradas al poner por límite de la ciencia, no sólo ciertas instituciones, sino tambien los dogmas de la religion del Estado.

Si es necesario sujetar la ciencia á la religion del Estado, ¿cómo podrá explicar geología un catedrático que profese la doctrina de Lyell; Historia Natural un catedrático que profese la doctrina de Darwin ó de Wallace; Derecho y Moral un catedrático que profese la doctrina de Kant; Estética ó Literatura un catedrático que profese la doctrina de Fischer; Filosofia ó Historia un catedrático que profese la doctrina de Hegel?

Y no se diga que la libertad por mí reclamada, sólo es propia de ciertos Estados y de ciertas instituciones políticas. Monarquía constitucional, religion católica hay en la ilustre Italia, y esto no obsta para que Ferrari haya explicado en Milan, Moleschot en Turin, Filopanti en Bolonia, Vera en Nápoles. Pero concretándome á mi dimision,



debo aseverar que no puedo concurrir á mi cátedra sin que V. S. me forme en seguida un expediente de expulsion ó falte á sus deberes. Y cuenta que jamás he usado de la enseñanza para tratar de asuntos políticos del día, ni para dirigir alusiones, ya directas, ya indirectas, ni á los que reinan ni á los que gobiernan. Eso me parecía indigno, y yo rechazo toda indignidad. Pero mi cátedra es de Historia de España, y en cátedra de Historia de España las ideas no pueden tener el aspecto universal, y por lo mismo un tanto vago, independiente de tiempo y de lugar, que tienen las ideas, por ejemplo, en una cátedra de Metafísica. En Historia las ideas viven. Y en los grandes conflictos de las ideas, ¿cómo quiere V. S. que yo prefiera la Iglesia á la Filosofía? ¿Cómo quiere V. S. que yo anteponga, por ejemplo, los decretos del Concilio de Trento á las leyes de la razón humana? Es imposible. Yo estoy por la libertad, por el derecho, y cuando en el curso de la Historia veo que cualquier secta combate estos principios, combato yo á esa secta. ¿Cómo quiere, pues, V. S. que me someta á la censura de una estrecha ortodoxia?

Esto tiene hoy excepcional importancia, hoy en que los últimos decretos del Concilio Vaticano han dado á la Iglesia un carácter absolutista, amenazador á todas las instituciones, hasta el punto de que los poderes más fuertes y los hombres más prudentes hayan tenido necesidad de empeñar una lucha titánica para reivindicar contra tal atentado aquellos principios que constituyen el patrimonio más glorioso de la moderna civilización.

Yo nunca aconsejaré que á ese poder, á ese absolutismo casi asiático erigido sobre la conciencia de nuestro siglo, se le refrene por medios violentos, los cuales no penetran jamás en los dominios, encerrado allá en las profundidades del espíritu humano, por su derecho, inviolable, y por su naturaleza, incoercible. Pero si exigiré que me dejen á mí, primero como miembro de la Humanidad, despues como parte integrante de estas instituciones sociales que se llaman Universidades y que representan la eterna ciencia, cuyo criterio no puede someterse á ningun otro criterio, cuyo juicio se extiende al tiempo y á la eternidad; que me dejen á mí, para juzgar las instituciones, toda la li-



bertad intelectual recibida de la Naturaleza y sancionada por el Derecho.

Mientras no tenga esta libertad plena, entera, no volveré á sentarme en una cátedra amenazada en sus bases incommovibles por la autoridad administrativa de cualquier pasajero ministro. Yo, Ilmo. Sr., debo á V. S. particulares distinciones que me mueven á darle esta amplia justificacion de mi conducta. V. S. ha tenido á bien rogarme, con grandes instancias, que no dimitiera mi cargo, y yo le agradezco en el alma su benevolencia. Pero ya comprenderá la incompatibilidad absoluta entre mi cargo y las disposiciones vigentes sobre la enseñanza pública. Adjunto remito á V. S. mi renuncia oficial para que pueda dirigirla á la superioridad, é impetrar su inmediata aceptacion.

### CAPITULO XIII.

#### PROTESTAS DE LA ALSACIA.

Los alemanes se han tomado ruda tarea al proponerse la asimilacion de Alsacia y de Lorena. Son dos regiones indisolublemente unidas á Francia por la comunidad de ideas y la comunidad de intereses; y forcejean bajo la dominacion impuesta, sin más medio que la fuerza, sin más titulo que la conquista. A cada paso una manifestacion nueva viene á demostrar lo indómito de aspiraciones que ningun poder humano es bastante fuerte á extinguir si salen del corazon de un gran pueblo. Ha muerto una jóven que consagró su persona y su fortuna al alivio de los heridos y de los prisioneros franceses. El entierro de esta ilustre mártir, voluntariamente sacrificada en holocausto á la tierra patria,



enferma de las fatigas empleadas durante los combates, muerta de las tristezas sufridas despues de la paz; el entierro ha sido ocasion á un desahogo patriótico. Las coronas con los colores franceses han caido á millares sobre su atahud. Las palabras de afecto, entrecortadas de amargos sollozos, han sido, durante la ceremonia, no sólo para la hija fiel, sino para la ilustre madre, acariada de todos los alsacianos, para la madre Francia. Imitanse á cada paso los procedimientos de los italianos en Venecia y en Milan bajo la dominacion austriaca. Una compañía francesa ha abierto un teatro, y á cada frase, á cada verso de los autores clásicos, los aplausos eran de tal manera tempestuosos, los hurras tan atronadores, que las autoridades alemanas han prohibido la continuacion de semejante protesta en las serenas regiones del arte. Cierta noche citaba un templo á esos conciertos de órganos frequentísimos en las iglesias de Alemania, de Alsacia, de Suiza. Despues de haber henchido aquellas bóvedas con las severas notas del coral de Lutero, con las estancias sublimes de la plegaria de Moisés, con esas composiciones músicas alemanas que sólo el

órgano puede expresar en toda su sencillez é infundir en el alma con toda su melódica virtud, el sagrado instrumento rompió á tocar la Marsellesa, y todos los circunstantes á elevar con sonora voz el cántico de la patria.

En esta situacion de ánimo parecia lo más lógico y lo más necesario un retrainimiento electoral. Mas para el retrainimiento necesitaríanse prendas de carácter distintivas del pueblo español. La raza germánica, á la que pertenecen los alsacianos, se halla muy lejos de nuestra vivacidad politica meridional. No conseguirían; nó, un retrainimiento general. Siempre las autoridades tienen alguna influencia; siempre el interés prosélitos; siempre la amenaza, la intimidacion, la fuerza, algun poder. Es necesario, pues, participar de la batalla electoral. Propónense los habitantes de Estrasburgo llévar al frente de su lista, como primer magistrado de la ciudad ilustre, á su defensor, á Ulrich. ®

Bismarck conoce la situacion terrible en que las provincias recientemente anexionadas se encuentran. Confiesa que Estrasburgo no quiere la dominacion alemana, pero al tiempo, á las prácticas de una buena políti-



ca, á la virtud de una administracion patriarcal, á la ciencia y á los progresos naturales de la gran nacion germánica fia el que sus antiguos ciudadanos, alemanes de sangre, alemanes de raza, alemanes de lengua, sientan y comprendan los beneficios que ha de reportarles el pertenecer en política á la nacion misma á que en la naturaleza y en la historia pertenecen, y con la cual tienen una comunidad de espíritu y de sangre que jamás pudieran tener los italianos con el Austria. Estrasburgo, si le inspira muchos cuidados en lo presente, no le inspira iguales cuidados en lo porvenir. Pero no así Moulhouse, ciudad fabril, ciudad inquieta, ciudad llena de trabajadores, ciudad de carácter francés, de genio francés, y de un espíritu en tal manera republicano, que, segun confesion de Bismarck mismo, cada dia se unirá á Francia más estrechamente, á medida que Francia sea una nacion más republicana. Y sobre todo, lo que Bismarck no puede explicar ni justificar es la anexion de Metz, sin ningun recuerdo, sin ningun carácter, sin ningun antecedente aleman, francesa en lo pasado, francesa en lo presente, francesa en lo porvenir, anexionada sólo en prevision de

una nueva campaña que le obligue á volver contra Francia las mismas armas que Francia tenia puestas sobre el corazon de Alemania. Los franceses, que conocen todo esto, no descansan ni un punto en la obra de sostener en Alsacia, en Lorena, el patriótico espíritu que por todas partes rebosa y se desborda. Ellos, que han sabido mantener con su elocuencia calorosa agitacion vivísima en Polonia; ellos, que tantas esperanzas han constantemente inspirado á Italia en los dias adversos; ellos sostendrán el genio francés en el seno de su propia patria.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## CAPITULO XIV.

### LA SITUACION DE ITALIA.

Al pasar estas revistas á las naciones europeas, detengámonos algunos momentos en presencia de Italia, que vuelve á recobrar por grados su influjo antiguo en Europa. ¡Cómo ha desconcertado Italia á los falsos profetas que tenían su temperamento artístico por incompatible con todo gobierno y por contrario á toda emancipacion! Los temperamentos artísticos debían ser desconocidos completamente por los que tan mal auguraban de esa nacion artista. El arte es la ecuacion entre lo ideal y lo real. Y la política es ciencia y arte; tiene que contar con los principios y con las circunstancias; tiene que encarnar la idea pura en la rebelde realidad; tiene que obedecer á un sentido teó-



rico y á un sentido práctico, á las abstracciones del pensamiento y á las necesidades de la historia. Podria definirse la política con esta fórmula: es el arte de realizar en la sociedad el ideal por grados y por series de sabias y naturales evoluciones. Pues los temperamentos artisticos, ó no lo son de ninguna manera, ó han de tener precisamente el sentido de lo ideal mezclado con el sentido de la realidad. Y cuando es un pueblo entero quien tiene este sentido, este temperamento, esta facilidad de compenetrar las dos esferas del universo, esta aptitud para conocer todos los dolores humanos y colocarse en todas las situaciones posibles, esta prevision de lo porvenir, este adelatamiento profético á los hechos y á sus más remotas consecuencias, por fuerza influirá en la suerte política del mundo y en la direccion de los humanos sucesos. El ser patria de Fidias no obstó á Grecia para ser tambien patria de Pericles. Solon recitaba versos que enardecian á sus conciudadanos en el sitio mismo donde promulgaba sus sabias leyes. Los libros de Herodoto no eran solamente libros de historia nacional, sino tambien de política práctica, y se leian en los juegos pithicos ó en las car-

reras atléticas, entre los coros y los himnos y los poemas. Cuando Platon excluyó á los poetas de su república se excluyó á sí mismo, porque su elevada razon llevaba una corona de inmortal poesía. Estos pueblos artistas, como el pueblo griego, tienen aptitudes universales, y por lo mismo inteligencia capaz de producir ó de asimilarse todas las ideas y flexibilidad para someterse á la realidad.

Así Italia ha producido en el siglo xvi á Maquiavelo y á Rafael; en el siglo xvii á Mazarino y á Carracio; en el siglo xviii á Alberoni y á Leopardi; en el siglo xix á Cavour y á Rossini. El cántico de sus labios, agitados por las vibraciones de una continúa inspiracion, á la verdad, no ha obstado á la mirada profunda de sus ojos, penetrando hasta el fondo de los acontecimientos; los dedos que pulsaban la lira han pulsado la realidad; y el cincel que hacia estatuas desbastaba la propia nacion, sobre cuya frente se elevará siempre esa llama del genio, ese destello del cielo, la idea bella, derramando resplandores por do quier, que unen con los varios arreboles de la poesía el calor fecundante de la vida.



El talento capital de Italia consistió en conocer las contradicciones que le ha creado su historia, que le han transmitido los siglos, que se han hecho como congénitas á su complejion, y una vez conocidas, en armonizarlas y hacerlas coexistir sin que produzcan esos sacudimientos violentísimos, á cuyos dolores acerbos mueren, ó cuando menos se desangran y se debilitan los pueblos. Su inteligencia tiene la virtud de ver mucho y muy lejos. Así ha visto que su autonomía y su independencia, antes que todo, eran, por la fuerza de las cosas y la letra de los tratados, cuestiones internacionales, y ella misma ha elevado su independencia interior á una cuestión internacional con la suprema inteligencia de Cavour y la hábil intervención en la guerra de Crimea. Ha visto que las nacionalidades de Europa, regidas por Monarquías, atenderían mejor á sus reyes que á sus tribunos; y para ser atendida ha colocado el gorro frigio de sus repúblicas bajo la áurea corona de Saboya. Ha visto que esta vieja máquina de la Monarquía necesitaba para moverse el vapor de las ideas nuevas, y ha puesto en ella, con el pensamiento de Mazzini, el genio de Garibaldi.

Y ha visto que no podía renunciar á la capitalidad de Roma, porque allí estaba el sensorio comun y el cerebro único donde se reúnen y se concentran los nervios de su nación; y que tampoco podía renunciar al Pontificado, porque el Pontificado guarda los títulos de su antigua supremacía sobre los pueblos; y ha inventado la fórmula de la Iglesia libre en el Estado libre, con la cual ha logrado conservar á un mismo tiempo en armonia perfecta su capital y su paz.

Así, cuando subís por ejemplo al Monte Mario y veis á vuestros pies la Ciudad Eterna toda entera, con sus rotondas, que desde desfiladeros de ruinas y de sepulcros se elevan como místicos templos en el espacio infinito, involuntariamente se posan los ojos y la atención en tres puntos capitales: en el inmenso Vaticano, bruñido de áureo color por el sol, y residencia del Papa; en el Quirinal con sus obeliscos y sus colosos á la puerta, residencia de Rey; en las lejanas villas del Norte, sombreadas por los cipreses y los pinos, escondidas entre los fragmentos de los acueductos y entre los restos del antiguo pretorio, residencia de Garibaldi; y al ver que estos tres poderes rivales, el poder



de la Iglesia, el poder de la Monarquía y el poder de la democracia viven juntos, porque la paz entre los tres parece momentáneamente necesaria para fundar y conservar una patria libre, ayer todavía esclava, creéis soñar, creéis ver los güelfos y gibelinos reconciliándose en el amor á Italia; el Pontificado y el Imperio uniéndose en el olvido de sus querellas y en el propósito de servir á Italia; el monarca y el tribuno deponiendo parte de su ardor éste y aquel parte de su autoridad en aras de Italia; como si perseguidores y perseguidos, opresores y oprimidos hubieran dado tregua á sus venganzas históricas para resucitar al Lázaro de los pueblos, como un milagro que viene á dar á la historia de nuestro siglo los espejismos de la leyenda y del poema. Sea de esto lo que quiera, el Papa de Roma, el rey de Italia, el guerrero y el tribuno de la democracia viven juntos sobre la misma tierra y bajo el mismo cielo. Víctor Manuel guarda fidelidad inquebrantable á las dos obras que honrarán su vida, al sistema constitucional y á la independencia italiana. Perfecto modelo de reyes modernos, sigue y obedece con verdadera sujeción á las

prácticas parlamentarias el voto de las Cámaras. Es verdad que no ha salido del antiguo Estatuto otorgado por su padre, harto estrecho para el gran cuerpo de la nación italiana; pero también es verdad que, después de haber emprendido tantas obras maravillosas, tiene Italia alguna necesidad de reposo. Además, los reyes demócratas son verdaderos entes de razón, todavía desconocidos en la historia. Un rey demócrata, he dicho en otra parte y con otro motivo, es para mí un dios ateo. Los principios necesarios á toda democracia, son tres: primero, derechos reconocidos en toda personalidad; segundo, sufragio universal otorgado á todos los ciudadanos; tercero, movilidad del poder. Desde el punto y hora en que organizais una Monarquía como forma suprema de una sociedad, debéis dar á esta Monarquía los atributos á su ser esenciales, debéis alzar en torno suyo los organismos análogos; y muchos de estos atributos y muchos de estos organismos, resultan á la verdad incompatibles con toda democracia. Víctor Manuel ha nacido de reyes y quiere ser rey de veras. Pero conservando este carácter superior, jamás entra en aquellas partes del organismo



constitucional ajenas á su autoridad, y jamás se mezcla en aquellos asuntos propios de la competencia parlamentaria. Temperamento robustísimo y sanguíneo, de fibra férrea, de voluntad tenaz; soldado por vocación más que por necesidad; cazador incansable; dado continuamente á correrías por los maravillosos montes y los espesos cotos de Italia; hijo de la naturaleza y tan fiel á ella como á su patria; cuando vuelve de larga correría y sacude polvo y barro del camino, toma toda la flexibilidad necesaria en los salones y toda la distinción propia de su alto rango, como si jamás se hubiera apartado de la estufa de sus palacios.

Pero éste rey de gustos tan sóbrios y sencillos, de vida casi rústica, que á veces duerme, si á su caza conviene, bajo un árbol y se desayuna con un pedazo de pan y un sorbo de vino, sin pompa y sin fausto, há menester crecido presupuesto para sosten de sus innumerables palacios. Como ha recogido tantas coronas, ora en las batallas, ora en los plebiscitos, ha recogido también los santuarios donde esas coronas se guardan. Y no hay quizá monarca alguno en el mundo que tenga tanto número de palacios, y tan ma-

ravillosos como obras de arte y como verdaderos Museos históricos: palacio de Génova, que baja desde el centro casi de la ciudad al puerto, no el mejor ciertamente en la espléndida ciudad mercantil; palacio de Turin, semejante por su aire y gusto á los monumentos franceses, cual se asemeja la Monarquía de Saboya á los antiguos feudos de Francia; palacio milanés, en frente de la marmórea catedral, y con la apoteosis de las batallas napoleónicas; palacio veneciano, con su fachada de Sansovino, que dá al maravilloso alcázar del Dux y á la oriental basílica de San Márcos; palacio mantuano, esmaltado por frescos del discípulo predilecto de Rafael y realzado por riquísimos tapices; palacio Pitti, obra de ese comerciante ilustre que competía con los Médicis, modelo acabadísimo de la arquitectura florentina, ciclópeo y ligero, de toscas y colosales piedras en su base y de ligeras y graciosas galerías con arcos elegantísimos en su frente; palacio Quirinal, donde se celebraban en otro tiempo los cónclaves de los cardenales para elegir el Papa infalible, y ahora se reúnen los Consejos de ministros para ilustrar al rey revolucionario; palacio en Caserta, palacio



en Nápoles, palacio en Castellamare, palacio en Pórtici, palacios en todas partes, que exigen para su sosten y para su reparacion ejércitos de criados y un largo presupuesto.

Y no obstante esto, Victor Manuel sacrificó una parte de su lista civil en los apuros crecientes del Tesoro nacional. Mas la primavera y el otoño último han sido ocasionados á múltiples dispendios. En la primavera el emperador de Austria consagró con su visita á Venecia el reconocimiento de la independencia de Italia. Aquel gran canal donde se elevan de las verdosas aguas al cielo azul en dos muros de mármol desde las cresterias góticas hasta los frontones greco-romanos, y desde los agimeces y los alicatados árabes hasta las severas líneas toscanas, y desde el pesado pilar bizantino con sus efigies monstruosas hasta la estriada columna corintia con su guirnalda de acanto; aquel gran canal, decia, donde tantas veces cayeron las lágrimas de los venecianos cautivos, vió pasar á los dos enemigos, á los que habían combatido en los campos de batalla, reconciliándose y uniéndose bajo la enseña de Italia, redimida y asentada en el Congreso de las naciones. Luego Milan, la ciudad cu-

yo génio animó la liga lombarda, que fundara la democracia contra todo el poder y toda la pujanza de Federico Barbaroja, vió entrar este otoño en su seno al descendiente de Federico, al emperador de Alemania, en señal de que se han olvidado todos estos antiguos odios históricos y de que se han reconciliado en la libertad dos naciones separadas por el absolutismo y por la guerra. Todas estas visitas, todos estos reconocimientos de los antiguos reyes de derecho divino al rey de la revolucion italiana son lisonjeros para su política, pero funestos para su peculio. El Rey necesita aumentar sus gastos, satisfacer sus atrasos, ocurrir á necesidades múltiples, y las visitas de sus aliados amigos le reportan, á cambio de ventajas morales, incalculables gastos. Así el Gobierno ha tenido que pedir al Parlamento más de un millan de francos para atender á los descubiertos que en la casa real ha dejado la visita de los soberanos de Austria y de Alemania.

El Parlamento ha prorogado sus sesiones sin votar la deseada suma, y el Rey se ha resentido mucho de este suceso. Bajo sus apariencias de bonachon é indiferente, ocul-



ta Víctor Manuel profunda y natural satisfacción por la obra realizada bajo los auspicios de su nombre. Y cree que toda falta de solicitud respecto á su persona, es prueba de negro desagrado en los italianos, ayer turba de esclavos, hoy uno de los primeros entre los pueblos de Europa. Así un día, se verificaba en Turin la inauguración de vistosa estatua consagrada á la justa apoteosis de Cavour. Creo que el alcalde pronunció en presencia del Rey un discurso propio de la ceremonia y con el tema de las virtudes cívicas y los servicios políticos del conde. En este discurso no se mentaba para nada la participación de Víctor Manuel en la empresa de la independencia italiana. El Rey no volvió á hablar ni á ver á este olvidado alcalde, caído por completo desde entonces de su amistad y de su gracia. Confesemos que tiene razón. Criados nosotros entre los oprimidos, no podemos alcanzar cuántas supersticiones han de vencer los criados entre los opresores para ponerse al frente de una revolución democrática. Imposible comprender por nuestro estado mental otro estado mental diferente ó contrario. De extirpe régia, se ha confundido Víctor Manuel

con la plebe; de origen absolutista, ha entregado la mayor autoridad á su nación; del congreso de los reyes europeos, les ha hecho la guerra por una idea perteneciente á los pueblos; de cuna saboyana, ha cedido su cuna por razones políticas; de educación católica, ha dejado pasar sobre su frente los rayos del Vaticano, sin estremecerse, y ha dejado poner el sello de la excomunión sobre su sepulcro, para romper la losa del sepulcro donde yacía la divina Italia. Así, en las palabras, tan comentadas del primero de año al ejército, ven los ojos más avizores y penetrantes un recuerdo lanzado por Víctor Manuel á los ingratos y olvidadizos de que todavía debe contarse para algo con el Rey en Italia, por muy confinado que aparezca allá en las frías inaccesibles alturas de su indiferencia constitucional y de su divina inviolabilidad.

No sólo el Rey está resentido con el Parlamento; está Garibaldi también, á causa de haberse prorogado sin tomar las disposiciones preliminares necesarias al cauce del Tiber y al saneamiento de la campiña romana. Garibaldi cree que después de haber contribuido tanto á su libertad; después de haber



sustentado en su juventud aquel heroico sitio, en cuyos incidentes se renovaba el antiguo heroismo; despues de su retirada á Venecia, que el mundo entero confunde en su admiracion con la referida por Xenophonte; despues de haber dos veces arriesgado su prestigio de invencible por adelantar la hora señalada á la emancipacion de Roma; viéndola ya con su tribuna y su prensa libres, con su pueblo emancipado, necesitaba para renovarla por completo limpiar el suelo de las lagunas que lo manchan, y el aire de los miasmas que lo infestan, á fin de que sea Roma en aquellos campos, sublimes por su austera majestad, la diosa de la naturaleza, como ha sido por tantos siglos la diosa de la conciencia. En efecto, ¡cuántas veces, en mis largas escursiones por los alrededores de Roma, por aquella campiña semejante á un cementerio de pueblos y naciones, y razas y dioses, entre los juncos y los helechos, y la cicuta, y la cizaña, y las plantas alimentadas por las aguas muertas y mortales, he visto pasar desde algun sepulcro roto asentado sobre alguna columna tronchada, en carreta de que tiraban los búfalos, familias enteras, pálidas y febriles, conjunto de

espectros envenenados por las emanaciones de las lagunas; y al terrible escalofrío que daban sus labios descoloridos y sus ojos apagados, parecíanme las luciolas ó luciérnagas aladas, brillando entre las primeras sombras del crepúsculo, almas iluminadas por fuegos fátuos, y el toque de la oracion despedido de las mil iglesias cercanas, toque de muertos, y el campo entero, como un Apocalipsis en piedra, sobre cuyos fragmentos, restos sublimes de algun planeta roto, la humanidad hubiera espirado, despues de haber recogido en los labios de un Dios vengador, su último inapelable juicio!

Aquel campo de Roma es un campo de muerte. La fiebre llena sus aires de continuo apestados. Y podria ser, y ha sido, uno de los campos más fecundos, más sanos, más hermosos de la tierra; cerrado al Norte y al Este por elevadas cordilleras, que le envian cristalinos y ricos manantiales; al Mediodia, por la mar que renueva el aire y mitiga el calor con sus fuertes brisas; al Occidente, por un rio, cuyas aguas, bien dirigidas y aprovechadas, debian producir todos los tesoros de la vida y no el hálito ponzoñoso de la muerte. Cuando la mano firme y libre de



un Cincinato lo cultivaba, cuando la division de la propiedad lo sostenia, cuando canales y acequias bien ordenadas lo regaban, rebosaba é infundia salud; pero despues de la inmensa extension tomada por la propiedad de los patricios, despues de la expulsion de los humildes, despues de la reduccion á tierras de pasto de las tierras de labor, despues de la cesacion del trabajo, la muerte se extendió por la campiña antes vivida: que hasta en la ciega naturaleza se cumple y se realiza la eterna justicia.

Garibaldi quiere volver el campo romano al tiempo en que producía, con los frutos más sabrosos de Italia, los ciudadanos más aptos á la República. Y para producir estos bienes, quiere desinfectarlo, á fin de erigir sobre una tierra sin miasmas un pueblo sin supersticiones. Nunca olvidaré el día de mi última visita al ilustre general en su retiro de Roma. Salimos por la puerta misma donde se abrió la brecha que diera entrada á la revolucion y á Italia. Por un lado y otro del camino se descubrian las ruinas de los antiguos campos pretorianos, albergue á los soldados que dominaron al mundo y sostuvieron al César. La quinta está á

cierta distancia, y el paisaje presenta la severa solemnidad de todos los paisajes romanos. Varios antiguos compañeros de armas guardan al general con celo extraordinario y miran á todos los recién venidos con extraordinaria desconfianza. Por aquellos días habia ido á verle un escritor como Alfonso Karr, y habia encontrado la puerta cerrada, por cuya razon publicó agria carta diciéndo que jamás viera tan guardado á ningun tirano. En verdad, nosotros no podemos decir lo mismo, porque todas las puertas se abrieron á nuestro paso, y todos los habitantes de la casa se esmeraron en acompañarnos y dirigirnos. Garibaldi está muy atenuado del reuma que ha adquirido en sus largas navegaciones. Tiene las manos como retorcidas por el dolor y apenas puede sostenerse de pié. No obstante esto, su cabeza de león guarda la fiera majestad antigua, sus rizos caen sedosos y áureos sobre los hombros anchísimos; la frente no ofrece ninguna arruga; la mirada de sus ojos azules destella aquella lumbre mística que penetra y conmueve; su figura de héroe, enérgica y robusta, se dulcifica por el esplendor religioso de su fisonomía, y por la inocente son-



risa de sus labios, que parecen perfumados con el candor de la infancia. Mirad ese guerrero del Nuevo Mundo, ese navegante del Mediterráneo y del Plata, ese heroe de las ruinas de Roma, ese auxiliar de Venecia espirante, ese tribuno de los pueblos opresos, ese dictador que ha alcanzado con sus manos la corona del más bello de los reinos y se la ha cedido á un rey, ese guerrillero legendario, ese racionalista que va á misa cuando el Papa va á la libertad, ese revolucionario que habla de Dios en el lenguaje de los santos mientras persigue á los sacerdotes con las befas de los clubs, y decidme si puede haber en el mundo una representacion más propia del pueblo italiano con sus contrastes clásicos y católicos, con su heroismo antiguo y su espíritu moderno, con sus dioses latinos todavía vivos y su Pontifice romano; alma semejante á las almas de Francisco de Asis y de Jerónimo Savonarola, con algo de Brescia, de Rienzi y de Masaniello; lleno de contradicciones, en las cuales toma la universalidad de su genio y la grandeza de su carácter; luminoso como la gloria, arrebatado como la inspiracion, teórico y práctico á la manera de los antiguos griegos, imá-

gen verdadera de su gente y de su patria.

Antes de sentarme, dijo que constara cómo habia ofrecido en todos los trances amargos su presencia y su espada á la libertad española, y cómo habia dejado de ir á nuestras tierras, no á los golpes de su corazon, pronto siempre á la defensa de la democracia en todos los pueblos, sino á los consejos de nuestra prudencia. Despues nos mostró el mapa de las mejoras de Roma, que tenia delante de su vista y bajo sus manos. Encendiéronse sus mejillas, animáronse sus ojos, vibraron sus labios con una grande elocuencia al decirnos en lengua española, hablada con una gracia sin igual y con una armonia indecible, que consagraba el resto de su vida á devolver la salud, ya que habia devuelto la libertad á Roma. Imaginaos cómo habrá sido contrariado por los expedientes y las tardanzas del Parlamento en resolver los preliminares necesarios á su vasto proyecto, ese hombre de fantasia exaltada y de sentido práctico; dotado de una vehemencia avasalladora, y creido de que debe mover á los gobiernos como á los pueblos, con ecos de su voz tonante y rayos de su inspiradísima mirada. Así es que ha publicado algunos artículos en



*La Capitale*, verdaderamente exaltados, contra el Parlamento y contra el Gobierno.

Mientras Garibaldi proyecta la rectificación del río Tiber, y Víctor Manuel festeja al Cuerpo diplomático, el Papa oye los mensajes de todo el mundo católico. Un escritor dado á las visiones y á las leyendas, podría decir que se realizaba la Egloga cuarta de Virgilio, que los seres más enemigos en las batallas de la naturaleza, se unían y se reconciliaban en los senos de la Ciudad Eterna. Si hace veinte años se hubiera dicho que el Papa infalible, el Rey ex-comulgado, el guerrillero revolucionario debían habitar en paz la misma población, nadie lo creyera. Las objeciones surgían en la idea más fácilmente que en la realidad. Los prelados de todo el orbe yendo á Roma en toda libertad; los peregrinos entrando á adorar al Pontífice y maldecir al Rey; el Cónclave junto al Congreso; la encíclica papal junto al discurso tribunicio; la voz del jefe de la Iglesia amenazando á la autoridad del jefe del Estado; todas estas dificultades, todas estas contradicciones, todas estas luchas, coexistiendo, sin producir ni grandes conflictos morales, ni grandes conflictos materiales,

parecen como fantástico sueño, y sin embargo, el sueño se ha realizado, gracias á la maravillosa flexibilidad de Italia, adquirida y afirmada si quereis en cierto antiguo escepticismo. Los jubileos aterraban á muchas gentes, por su infinidad de peregrinos, aptos para alimentar y desarrollar infinidad de pasiones. En la Edad media, estas muchedumbres católicas reunidas en torno de Roma, engendraban la peste como todavia la engendran hoy las muchedumbres musulmanas reunidas en torno de la Meca. Las visiones más siniestras y los apocalipsis más amenazadores surgían de estas penitencias al aire libre y de estos días espantosos en que las supersticiones imaginaban ver las llamas del infierno atravesando la superficie del mundo y los ángeles de la muerte persiguiendo á los vivos y despertando á los muertos. Ahora todo esto no podía ser temible; pero lo era y en alto grado, un desarrollo de la reacción cosmopolita, con motivo del número de peregrinos reunidos en torno del Vaticano. Las gentes más tímidas suelen dar los consejos más crueles; y en Roma abundaban medrosos aconsejando al Gobierno la prohibición del jubileo. No lo ha pro-



hibido, y ha hecho bien. El año santo se ha celebrado como en los antiguos tiempos; los peregrinos han ido en procesion á ganar sus indulgencias; las puertas de las iglesias se han abierto á sus sacras legiones, y las calles han dejado pasar tranquila toda esta incesante manifestacion religiosa; el Papa ha hablado cuanto le ha pedido el gusto, y como ha dicho un escritor ingenioso, quien ha ganado el jubileo santo ha sido el Gobierno italiano.

Seria dificil recoger todas las manifestaciones de adhesion entusiasta que el mundo católico envia al Pontífice romano. Hay muchas gentes todavía que lo creen tendido sobre la paja de húmedo calabozo, y no alojado en los salones del palacio más rico en obras de arte que tiene la tierra. Esta conmiseracion infundada se exhala en dones de una riqueza incalculable. Por nombrar tan sólo ahora los donativos más conocidos y más recientes, diremos que la ciudad de Agen le envia un ciruelo de plata, con ciruelas esmaltadas, cuyos huesos son luises de oro; que el duque de Módena le deja en testamento una parte considerable de su increíble herencia; que el senador belga Ha-

male le lleva una ofrenda de 14.000 duros, y que el marqués de Ripon, cuya conversion ha impresionado tanto á Inglaterra, le entrega nada ménos que 100.000 duros constantes y sonantes. El Papa recibe á todos estos amigos con la solicitud propia de su carácter, y les invita á una de las ceremonias más tiernas de su palacio, á una Misa dicha en su capilla particular, á las siete de la mañana, y á la luz de los cirios que lucha con los albores del dia. Es imposible pintar la uncion religiosa y la ingenuidad mística con que dice la Misa. Yo comprendo cómo impresionará á los creyentes, por el inextinguible recuerdo que en mí dejará una Misa mayor cantada en San Pedro, y una bendicion dada desde la tribuna del maravilloso templo con aire tan solemne y voz tan entera, que parecia como la idea y la palabra de aquellos antiguos y colosales monumentos donde arde todavía el fuego de la fé.

Y de vez en cuando Pio IX se exalta y habla con una elocuencia que ya toca en los últimos límites de la familiaridad, ya en la grandeza de las bíblicas profecias. Celebrábase una recepcion de otoño, y el Papa com-



paró los italianos que se han quedado con Roma, á los pilluelos que roban las uvas en tiempo de vendimia. Ahora, en recepcion de primero de año, ha comparado á Victor Manuel, tan bonachon y franco, y sencillo y anti-artístico, nada ménos que con el emperador artista por excelencia, con aquel Neron, cuyos caprichos derribaban los muros para pasar sus carros olímpicos, y prendian fuego á Roma para presenciar, tañendo la citara desde las alturas, una verdadera tragedia. Yo no alcanzo qué relacion haya entre el rey constitucional de Italia y el augusto emperador de Roma. Victor Manuel lleva una vida de cazador y campesino, mientras Neron llevaba una vida de histrion. Victor Manuel huye los espectáculos, y Neron se daba en espectáculo. Bajo el sombrero, la zamarra, las polainas, la cartuchera del jefe de la casa de Saboya, nadie más que el Papa descubriría al peinado artístico que llora como Orestes perseguido de las furias en la bahía de Bayas, que convoca á Tiridates, rey del Ponto, á oírle cantar y declamar en el teatro. Francamente, el Papa debiera haber buscado otro tipo más propio para representar el papel de Ante-

Cristo, si tanta necesidad tenia de esta figura apocalíptica para abrir las puertas del año con algunos rasgos de singular elocuencia.

Extraño carácter el de Pio IX. Desde los sueños liberales de sus primeros años, ha caído en todas las exageraciones de la teología jesuítica. Antes quiso dar el Evangelio en leyes á las sociedades humanas, y ahora quiere hechizarlas con bebedizos de un misticismo asiático. Excesivamente nervioso, sus nervios se agitan á todas las ideas y á todos los sentimientos, como al menor soplo se agitaban las antiguas arpas eólicas. La innovacion le enamora. No pudiendo ser innovador en política, lo ha sido en religion. De su pontificado sale el Catolicismo con dos dogmas nuevos: con el dogma de la Concepcion y el dogma de la Infallibilidad. Así los más encarnizados enemigos de su persona y de sus innovaciones se llaman católicos viejos, en demostracion de que guardan con mayor fidelidad que el Papa mismo las ideas antiguas de la Iglesia. Los sistemas científicos al uso, padecen de materialismo, de utilitarismo; sus principios, cerrados á la luz de lo ideal, no ven más allá



del mundo físico ningún principio, ningún ser en el desierto desolado de sus creencias, sujetas solamente á lo experimental y á lo tangible, creyéndonos nacidos de los ayuntamientos de las bestias y destinados á la nada eterna, despues de fatal combate por una vida sin razon y sin objeto. Se necesitaria que los llamados á despertar la inteligencia al conocimiento de lo divino y el corazon á la esperanza de la inmortalidad, tuvieran otra doctrina más elevada, más idealista, más digna del hombre y más demostrativa de Dios, que esas apoteosis de las criaturas humanas, imitadas de los últimos tiempos del antiguo paganismo y de las últimas agonias del antiguo imperio. Un teólogo sapientísimo que en la misma Roma escuchaba estas lamentaciones mias, por la decadencia del sentido espiritualista hasta en el seno de la Iglesia, me contestó lo siguiente, que copio á la letra: « Váyase usted con esas á los escolásticos romanos, que, al tratarse de la autenticidad de los Evangelios, dicen que sólo hay cuatro auténticos y ortodoxos, porque son cuatro los vientos principales y cuatro las patas de los cuadrúpedos. »

## CAPITULO XV.

### UNA OJEADA POR EUROPA.

El antiguo regalismo se ha despertado de una manera bien viva y bien extraña en el seno de Alemania. Una escuela teológica lo anima y esta escuela teológica pretende que entre en el dogma, en sus sacros principios con aquel ardor con que antes entraba en la disciplina y en los cañones. Para combatir esta escuela y contrariar todas sus síntesis ha consumido Pio IX cuantos recursos le ha dado su altísima autoridad. Y por fin, de conquista en conquista, de invasion en invasion ha llegado á su propia infalibilidad. Mas en el momento de llegar á esta plenitud de su ambicion, el trono temporal se ha caido bajo sus piés, y gobiernos enemigos rodean su tantas veces llorado cautiverio. Italia, la Italia mal-



del mundo físico ningún principio, ningún ser en el desierto desolado de sus creencias, sujetas solamente á lo experimental y á lo tangible, creyéndonos nacidos de los ayuntamientos de las bestias y destinados á la nada eterna, despues de fatal combate por una vida sin razon y sin objeto. Se necesitaria que los llamados á despertar la inteligencia al conocimiento de lo divino y el corazon á la esperanza de la inmortalidad, tuvieran otra doctrina más elevada, más idealista, más digna del hombre y más demostrativa de Dios, que esas apoteosis de las criaturas humanas, imitadas de los últimos tiempos del antiguo paganismo y de las últimas agonias del antiguo imperio. Un teólogo sapientísimo que en la misma Roma escuchaba estas lamentaciones mias, por la decadencia del sentido espiritualista hasta en el seno de la Iglesia, me contestó lo siguiente, que copio á la letra: « Váyase usted con esas á los escolásticos romanos, que, al tratarse de la autenticidad de los Evangelios, dicen que sólo hay cuatro auténticos y ortodoxos, porque son cuatro los vientos principales y cuatro las patas de los cuadrúpedos. »

## CAPITULO XV.

### UNA OJEADA POR EUROPA.

El antiguo regalismo se ha despertado de una manera bien viva y bien extraña en el seno de Alemania. Una escuela teológica lo anima y esta escuela teológica pretende que entre en el dogma, en sus sacros principios con aquel ardor con que antes entraba en la disciplina y en los cañones. Para combatir esta escuela y contrariar todas sus síntesis ha consumido Pio IX cuantos recursos le ha dado su altísima autoridad. Y por fin, de conquista en conquista, de invasion en invasion ha llegado á su propia infalibilidad. Mas en el momento de llegar á esta plenitud de su ambicion, el trono temporal se ha caido bajo sus piés, y gobiernos enemigos rodean su tantas veces llorado cautiverio. Italia, la Italia mal-



decida por sus encíclicas posee el Capitolio. El Imperio austriaco, el Imperio que ha roto el Concordato, desoye todas las maldiciones pontificias y persiste en sus reformas. Un Imperio protestante se halla á la cabeza de los pueblos germánicos, casi unificados. El César, que mantenía la corona real en las sienes del Papa, se ha desplomado en los campos de batalla y ha huido para siempre de París. España, la nacion católica por excelencia, ha entrado en la libertad religiosa, en la libertad de cultos.

Todas estas naciones tienen desde fines del siglo décimo-séptimo un veto que las autoriza á excluir de la eleccion el candidato desagradable á su política. Prusia que ha recogido el cetro, no ya de la política alemana, de la política europea, incita á todas las naciones á que intervengan en el nombramiento del futuro Papa, puesto que los dias de Pio IX se acercan naturalmente á su término.

¿Qué resultará de todo esto, qué resultará? El cónclave romano imbuido del espíritu jesuítico, no podrá consentir que sea elegido Papa un cardenal dispuesto á traer sobre Europa las grandes agitaciones que trajo la

exaltacion de Pio IX, cuando tuvo pasajeras veleidades liberales. Y al mismo tiempo las naciones europeas, todas animadas del espíritu moderno, jamás consentirán que un Papa reaccionario y teócrata aumente las grandes dificultades de la política contemporánea. Dicese que el príncipe Napoleon trabaja en la córte civil de Roma para conseguir la eleccion de su primo el exaltado y ascético cardenal Bonaparte. Mas á una eleccion de este género, capaz de devolver á la dinastía bonapartista sus ensueños de ambicion y predominio, se opondria el Gobierno que hoy parece más propicio al Vaticano, se opondria el Gobierno republicano francés. Mientras tanto Prusia se apercibe á la crisis dando leyes contra los jesuitas, y Roma poniendo en labios del Papa cautivo frases de reprobacion á Prusia.

¿Quién será capaz de contrastar el poder prusiano? La convencion entre Alemania y Francia se ha concluido y terminado. Es dura, durísima para Francia como resultado natural y lógico de la triste paz de Versalles. Hasta que Francia no haya pagado su crecido rescate, los cincuenta mil alemanes continuarán en su territorio, y á su cargo, á



sus expensas. Las provincias que ocupen serán neutralizadas durante la ocupacion. Y en estas desventuradas provincias no pondrá Francia ni una sola piedra de su suelo nacional en los muros de sus fortalezas. Duras son las condiciones; pero sabidas de todos, desde el momento en que Trochu entregó París, y la Asamblea de Burdeos proclamó la paz.

Los que más se quejan son los que más han contribuido á este gran desastre y no tienen, nó, derecho alguno á dolerse y quejarse, los diputados de la extrema derecha que maldijeron á Gambetta, que denostaron su nombre y su política, porque fuerte entre tantos desfallecimientos, de pié sobre tantas ruinas, sostuvo contra los decretos de la fortuna toda la energía del pueblo francés, y le incitó á nuevos sacrificios antes de perder el puesto altísimo que ocupaba en la gerarquía de las naciones. Ellos, los débiles, los apocados, los que tendieron las manos al vencedor para que las esposara y cedieron dos regiones para que á su territorio las uniera; ellos están desautorizados á los ojos de Europa y ante la conciencia humana para quejarse de un tratado que ha sido la

triste obra de su servilismo y de su impotencia.

Verdaderamente la suerte de Alemania no es tan de envidiar como supone la superficialidad de juicio generalizada en Europa. Esa incertidumbre de la vida espuesta siempre á los azares de la guerra ha dado sus naturales frutos. En cincuenta años Alemania ha perdido dos millones y medio de habitantes que corren á dar vida y robustez á las privilegiadas regiones de América. La poblacion alemana forma ya como la poblacion irlandesa, una especie de grande tribu dentro de los Estados-Unidos. Muchos de estos alemanes han llegado á ser hombres eminentísimos y á influir soberanamente en la suerte de su nueva patria. No hay sino recordar el nombre de Schurz, que ha combatido como un héroe en los campos de batalla, como un orador en las sesiones del Senado. La emigracion es útil, utilísima á la América sajona; fatalísima á la soberbia Alemania. En menos de mes y medio han abandonado el Luxemburgo mil quinientos habitantes de todas edades y sexos. Hay tambien amarguras y sinsabores en la victoria.





## CAPITULO XVI

### LOS RADICALES ESPAÑOLES.

Madrid 21 de Junio de 1872.

Es dramática, verdaderamente dramática la historia de la política española en estos últimos tiempos. Apodérase el partido conservador del Gobierno por una larga serie de conjuraciones palaciegas; y desde aquel punto, comienza la intranquilidad, la zozobra en todas partes, y la revolución violenta vuelve á relampaguear en nuestros tempestuosos cielos. Esta inminencia del desorden, obra de los partidos más consagrados á procurar el orden, prueba el cambio radicalísimo de ideas en nuestra sociedad. Mandan los conservadores, los que parecen más propios para conseguir la estabilidad social, y se perturba el orden público: mandan los avanzados, aquellos que ante todo sirven al progre-



so humano, curándose poco de las perturbaciones materiales que pudieran traer las reformas, y el orden renace. Esto prueba en último resultado que las generaciones contemporáneas, educadas por la libertad y para la libertad, ponen sobre todo interés, sobre todo principio el interés y el principio de su derecho, que es el primer interés y el primer principio de su vida.

Pero las reflexiones sobran donde abundan los hechos. Las Cortes primeras de la Monarquía democrática se disuelven; la coalición de los partidos opositoristas les sucede; á la coalición siguen unas elecciones violentísimas; á las elecciones violentísimas una sublevación del carlismo que parecía muerto y enterrado en nuestro suelo; á la sublevación del carlismo el aislamiento, la asfixia del partido conservador; á este aislamiento, á esta asfixia pactos como el de Amoravieta en que el generalísimo de los conservadores abdica su autoridad, tratando como beligerantes á los rebeldes; al pacto de Amoravieta las violentas discusiones sobre el Mensaje á la Corona en que se demostraron los amaños reaccionarios, y á estas discusiones la caída del partido conservador y la exaltación nue-

vamente de los antiguos radicales, que parecían excomulgados por la piedad religiosa de la Reina y proscriptos por el espíritu autoritario del Rey.

Yo siento en el alma que, al hablar de los debates en las Cámaras, tenga que hablar algo de mí mismo. Permitidme omitir todo juicio acerca de mis obras para daros de ellas solamente la idea indispensable al conocimiento histórico de los últimos sucesos. Yo, por republicano antes que todo, miré la política subiendo á las alturas de mis ideas; condené la inestabilidad del poder desde el funesto instante en que adiviné la nueva Monarquía; dije todo cuanto mi conciencia me inspiró contra la reacción renaciente; tracé á grandes rasgos las falsificaciones varias de los derechos individuales y del sufragio universal; critiqué acerbamente las influencias teocráticas, las influencias militares, las influencias extranjeras que formando en torno del Rey como una segunda corte sobrepuesta por bien artificiosa manera, han herido á un tiempo el sentimiento patriótico y el sentimiento liberal de pueblo tan independiente por carácter como nuestro enérgico pueblo.



La Cámara, la mayoría, el Gobierno sintieron la descarga eléctrica, no de mis palabras, no de mis ideas, sino de la palabra, de la idea que recogiera yo mismo en la pública conciencia. La mayoría, traída con tanto esfuerzo por parte del Gobierno y con detrimento tan grande de las leyes, demostró por medio de declaraciones más ó ménos prudentes, que latía en su conciencia, á lo ménos en la conciencia de muchos, la idea de una restauracion. El orador, que durante las discusiones sobre la Constitucion, mantuvo enhiesta la bandera del príncipe Alfonso, habiase constituido en protector casi del Gabinete Serrano. Este, heredero de una política tan impopular como la política de Sagasta; comprometido á obtener el perdón de la trasferencia ilegal de dos millones desde las cajas de Ultramar á las cajas de fondos secretos, dos millones que el público creía empleados en cohechar votos para las últimas elecciones; desautorizado completamente por su funesto pacto de Amoravieta, veía condensarse en torno de su poder la revolucion, y no encontraba otro medio de conjurarla que suspender las garantías constitucionales, la libertad de imprenta, la se-

guridad del hogar, los derechos de los ciudadanos.

Mientras tanto, llegaban aflictivas noticias de la faccion carlista. Lejos de disminuirse habiase aumentado. Las complacencias tenidas con sus huestes por el general Serrano le daban extraordinario aliento. Una escena terrible acababa de suceder en las montañas vizcainas. Lo más odioso para los carlistas es el nombre de Maroto, el traidor que entregó un ejército numerosísimo y aguerrido á merced del general Espartero. Marotos les parecian á los sublevados todos aquellos que contribuyeron á formar el nuevo pacto. Entre los más notables encontrábase los cabecillas denominados La Calle, hijo y padre. Los no convenidos, los que mantenian la guerra civil, á pesar del convenio, dirigiéronse un dia al solitario caserío habitado por los dos cabecillas. La llegada fué una verdadera sorpresa. Al nombre del rey Cárlos, aclamado con delirio por los recién llegados, padre é hijo palidieron, cuando ese nombre ilustre y prestigioso para ellos tantas veces les habia hecho saltar el corazon en el pecho, henchido de entusiasmo religioso y monárquico. Rodearon los recién



venidos la casa y dijeron á voces que salieran los La Calles. Estos adivinaron bien pronto cuál iba á ser su ineludible suerte. Era el padre un proveccto anciano, aunque fuerte como el roble de las montañas. Era el hijo un jóven de treinta años, casado, jefe de numerosa familia cargado á su temprana edad con muchos hijuelos. El padre severamente, con la fortaleza vizcaina, dijo á los facciosos: conozco vuestro intento, y no me defiendo; fusiladme en buen hora, mas por Dios perdonad á mi hijo, cuya vida es la vida tambien de numerosisima familia. El hijo, al revés, arrastrábase á los piés de sus antiguos compañeros de armas, cogiales las manos, besábaselas con efusion para pedirles que le fusilaran á él y que perdonasen á su padre. Ni lágrimas, ni súplicas ablandaron la inquebrantable voluntad del os guerrilleros. Padre é hijo fueron implacablemente fusilados. ¡Qué horribles son, qué horribles las guerras civiles!

Estas regiones del Norte conservan la tradicion española. Inmenso laberinto de montañas parecen oponer igual resistencia que á los embatos del eterno mar al aliento de las nuevas ideas. Las costas españolas del

Mediodia han abierto nuestra Peninsula al griego, al fenicio, al cartaginés, al romano; mientras que las costas del Norte han rechazado todas las invasiones. Cuando se vé aquella fuerte incontrastable raza, se observa ó bien que no se ha mezclado con ninguna otra, ó bien que la ha sometido todas á su tipo fisiológico y á su tenaz espíritu. Así conserva el vasco una lengua primitiva, que en su candor cree eco perdido del paraíso terrenal. Así conserva instituciones municipales que tienen todo el carácter de la Edad media. Así conserva esa fé religiosa, que se apaga en las altas inteligencias donde ha penetrado el viváz espíritu de nuestro siglo. Así el sacerdocio tiene allí una tutela sobre los corazones y sobre las conciencias, desconocida en el resto de España. Luego su único alimento intelectual es el sermón en vascongado, en una lengua cerrada herméticamente al espíritu moderno. Y este sermón se inspira en la fé ciega, en la tradicion monárquica, en el culto á lo pasado, en la supersticion exaltadisima, en creencias, que todavia tienen por grande, por inmenso el poder del diablo legendario y casi mítico sobre el espíritu y sobre el universo. Un es-



tado análogo produjo la guerra vendeana que tanto agravó los desastres de la Revolución francesa. Y nuestros campesinos del Norte han oído que la unidad religiosa se perdió; que el protestante y el judío encuentran hogares y tienen templos á la sombra del Escorial; que el matrimonio há menester además de la sancion religiosa la sancion civil; y todas estas confusas noticias caidas del púlpito le sublevan; y encienden el exaltado fanatismo por sus antiguos penates. Un medio habria: propagar la instruccion pública. Pero el sacerdote opone un veto moral incontrastable á la influencia del maestro. ¡Pobres provincias vascongadas, tan fuertes, tan enérgicas, con gran sentido moral, enteras de carácter, libres por sus instituciones y su naturaleza, en su ciencia y en su tradicion! provincias republicanas, y hechizadas por el espíritu religioso de la Edad media!

Yo puedo sentir el objeto á que han consagrado su fé esos combatientes; pero yo no puedo dejar de admirar esa fé. Por lo mismo que son tan creyentes, un acto de complacencia les parece un acto de verdadera debilidad, y se imaginan vencedores del espíritu de nuestro siglo. Ningun hombre de co-

razon puede criticar la clemencia usada con los carlistas, ni las palabras de perdon y de olvido. Pero es incomprendible que decretaran los ministros del general Serrano una amnistia á favor de los rebeldes, y una dictadura contra los que no estaban sublevados. El Gobierno, tan pródigo para los carlistas se apercebía á ser implacable contra los liberales. La mayoría del Congreso estaba decidida á votar la dictadura. El Rey, sintiendo el ruido de la tempestad, avisado por instinto de salvacion superior al instinto de sus ministros, negóse á firmar el decreto que sometia á las Cortes la suspension de las garantías individuales. Desde aquel punto el partido conservador habia caido al mismo tiempo que caia el más excelso de sus jefes. La primera impresion fué de terror en las clases conservadoras. Nadie creia, nadie imaginaba que ministerio presidido por jefe tan formidable pudiera caer cuando apenas llevaba quince dias en el Gobierno.

La ascension al poder del partido avanzado era inevitable. Compónese este partido avanzado de dos grupos, que tienen relativamente fuerza y llevan la denominacion de partido radical. Una de las fuerzas del par-



tido avanzado la guarda el grupo considerable desprendido de los antiguos progresistas; y otra de sus fuerzas la guarda el grupo desprendido del antiguo partido democrático. Los primeros, los progresistas, llevan á la situación presente sus tradiciones y sus poderosas clases medias adictas á la revolución moderna; los segundos, los demócratas, llevan sus ideas sobre los derechos naturales y el sufragio universal. El jefe de unos y otros alzado por comun consentimiento á la cabeza de todos es D. Manuel Ruiz Zorrilla, que ha sucedido en la presidencia del Consejo al general Serrano.

El Sr. Ruiz Zorrilla no es ciertamente un hombre de inteligencia extraordinaria, ni un hombre de palabra elocuente. En el Congreso encuentra á cada paso quien le supere, tanto en alcance político como en fuerza dialéctica. En la nación hay muchos repúblicos que, por sus obras y por sus discursos, merecerían ocupar la alta posición política que Ruiz Zorrilla hoy ocupa. Pero si no es un hombre de alta inteligencia, es decididamente un gran hombre de acción. Organiza fuerzas con pasmosa celeridad, y las dirige con incontrastable empuje. Su-

mamente impresionable, agradece con profundo agradecimiento los servicios recientes, y olvida con profundo olvido los agravios antiguos. Su energía para realizar un pensamiento político, sólo puede compararse, en lo intensa, con su actividad por conseguir el poder, y después de conseguido, con su perseverancia en conservarlo. Ama como pocos hombres la popularidad. Y es como ninguno fiel á sus amigos y entusiasta por su partido y por sus partidarios. La jefatura del bando progresista le tentó siempre y pensó en obtenerla hasta en vida del general Prim. Muerto éste, nadie podía en conciencia disputársela. No podían disputársela Rivero y Martos por su procedencia democrática, siempre sospechosa de republicanismo á los ojos de los progresistas; no podía disputársela Sagasta por sus tendencias conservadoras, más odiosas que las tendencias republicanas todavía á los progresistas. Además, el jefe de éstos tiene alguna de las cualidades de su partido y todos sus defectos. Es franco, es honrado, es sincero, posee pocas ideas, pero en cambio amor instintivo, y como todos los instintos, perseverante á la libertad.



Siempre que se halla en una situación en que su presencia es indispensable y no obtiene el cumplimiento de sus planes políticos, apela Ruiz Zorrilla á la abstencion. Pero de esta abstencion vuelve más fuerte y más dispuesto á servir la democracia y la libertad, que al cabo han sido las dos grandes pasiones de su vida. El partido radical es el partido de ideas más liberales que puede haber dentro de las instituciones monárquicas. Este partido no existía, nó, antes de la revolucion. Ha cuajado, se ha cristalizado á la altísima temperatura revolucionaria, hoy dominante en la nacion española. Antes de que este hecho capitalísimo sucediera, habia dos partidos distintos, separados, que se miraban mutuamente entre sí con verdadera desconfianza. Llamábase el uno partido progresista; llamábase el otro partido democrático. Aquel tenia algunas veces veleidades dinásticas, imaginaba posible la alianza del trono antiguo con la libertad moderna; éste no tenia ninguna veleidad, imaginaba imposible toda transaccion de estos dos principios contradictorios. Aquel partia del principio de la voluntad nacional, y éste del principio superior y eminente de los derechos naturales.

Aquel limitaba el sufragio por el censo, la imprenta por el editor y por el depósito, la libertad religiosa por la unidad de la Iglesia oficial, los derechos de asociacion y de reunion por la suprema tutela del Estado. Este, el partido democrático, formulaba los derechos naturales, las libertades autonómicas, el sufragio universal. Entre uno y otro partido hubo gravísimas disidencias al prepararse la revolucion, y grandes, enconadas polémicas. Engendrábanlas fuertemente la contradiccion de ideas y la contradiccion de soluciones; el distinto origen de sus bases fundamentales y el distinto fin de sus esfuerzos políticos, puesto que iban los unos al predominio de las clases medias sobre las demás clases sociales, é iban los otros al advenimiento del cuarto estado, del eterno ilota. Parecia que en el instante de la revolucion debian estallar con mayor fuerza estas contradicciones. Pero no, llegaron á una síntesis. Unos y otros estuvieron acordes en la gran negacion, en destruir, en destronar la dinastía. Los progresistas recabaron el principio esencialísimo á sus doctrinas, el principio monárquico, y cedieron á los demócratas reconociendo los derechos natura-



les, base de la autonomia del individuo, y el sufragio universal, base de la soberanía del pueblo. Parecia que, admitidos por unos y otros estos principios fundamentales, toda division debia cesar, y sin embargo, hay dentro del partido dominante contradicciones de principios, oposicion de tendencias, rivalidad de fracciones, abierta enemiga, que muchas veces imposibilita sus esfuerzos y anula su política. Por esto se explica, sin duda, que hayan caido en la contradiccion de prometer la abolicion de las quintas y sostener las quintas; prometer la abolicion de la pena de muerte y mantener la pena de muerte; prometer la inmediata extincion de la esclavitud, reclamada de consuno por la conciencia humana, por el interés político, y vacilar y retroceder en esta urgentísima reforma. Hasta respecto al Rey existen dos tendencias dentro del partido democrático ó radical hoy dominante. Los unos, los provenientes del antiguo partido progresista, sostienen que sin el Rey la libertad es imposible; los otros, los provenientes del antiguo partido democrático, sacrificarían fácilmente el Rey á la libertad. ¿No indican todas estas tendencias de los partidos, todos

estos movimientos de las ideas, que iríamos aquí derechamente á la República si hubiera en el partido republicano la serenidad y la paciencia de aquel que tiene plena y completa seguridad de su victoria?

Examinemos el partido republicano español. Yo muchas veces, á pesar de las muestras de aprecio recibidas del partido republicano, á pesar de que llevo su nombre y su representacion por tantos distritos en las Cortes, dudo, y dudo con fundamento, de que esté conmigo acorde en una cuestion secundaria, que por lo extraordinario de las circunstancias, ha pasado á ser una cuestion capitalísima, en la cuestion de conducta. Mas cuando una Iglesia intolerante pesaba sobre nuestras conciencias, cuando una monarquía tradicional limitaba á su arbitrio nuestros derechos, cuando un censo privilegiado proscribia al pueblo de los comicios, yo, que reivindicaba la libertad, combatía sin contar el número de sus enemigos; y hoy que tratamos de conservar la libertad conquistada, no cuento el número de mis amigos: que si por desgracia estuviera solo, bastaría á consolarme la satisfaccion que nadie puede quitar á los hombres honrados, la



satisfacción de haber obrado bien, y á sostenerme la confianza en el Dios de la justicia y del derecho, cuya providencia jamás abandona á los que trabajan desinteresadamente por realizar un ideal de perfección sobre la faz de esta triste y ensangrentada tierra.

El advenimiento de las democracias no es un problema; el advenimiento de las democracias es una solución completa en la política moderna. Ningun hombre, por sabio; ninguno, por fuerte, puede gloriarse de haber traído la democracia moderna. El que tal dijera, se parecería á los hombres ideados por Voltaire, que apenas visibles á los ojos de los habitantes de otros planetas, gloriábanse de haber creado con su idea, con su pensamiento, todos los espacios y todos los mundos. No ha traído la democracia á la vida ningun hombre, ningun bando político. La ha traído el espíritu cristiano; la irrupción de las tribus germánicas, que sellaron con el sello indeleble de la dignidad nuestro corazón; las otras gentes, no menos guerreras, que destruyeron la reacción carlovingia, y surcaron con sus espadas la tierra para sembrar la idea de la personalidad; las

órdenes monásticas, que ungiéron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; la mano misteriosa, que detuvo el movimiento de las cruzadas; la nube de gremios, de asociaciones, de municipios, que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á idear la abominación de la guerra; los cismas, que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los Concilios de los siglos XIV y XV, que despertaron el antiguo espíritu republicano del Evangelio; los descubrimientos, que centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora, que puso el fuego del cielo en las manos del hombre, el fuego de Prometeo; la imprenta, que le dió el talismán de la inmortalidad á sus ideas; la brújula, que lo guió por las procelosas soledades del mar; el telescopio, que le guió por los inmensos cielos; la América, que le procuró una nueva tierra para su nuevo espíritu; la Reforma, que le reveló la conciencia; el Renacimiento, que lo reconcilió con la naturaleza; la filosofía moderna, que produjo el derecho natural, como la metafísica antigua produjera el derecho romano; las revoluciones, que le sometieron la antigua y crearon la nueva sociedad: pues así como todas



las evoluciones de los organismos terrestres convergen á producir el hombre, cima de toda la creacion, las evoluciones de la industria, del arte, de la política, convergen á producir la democracia, que es cima y compendio de toda la historia.

Pero si esta universalidad tiene la democracia, es porque abraza la sociedad entera. Pero no nos equivoquemos; la sociedad no es un sólo término. En la sociedad entran dos términos fundamentales; en la sociedad entran la libertad y la autoridad, el progreso y la resistencia, el derecho de los individuos y el derecho de las naciones, el reposo y el movimiento. Y es necesario que la democracia tenga su tésis y su antítesis, como la tiene el pensamiento; que la democracia tenga su fuerza de repulsion y su fuerza de atraccion, como la tiene el Cosmos; que la democracia tenga su libertad y su autoridad, como la tienen las sociedades humanas. De otra suerte, si algun principio esencial á la vida, si algun elemento indispensable á la sociedad le faltara, faltaríale por ende una parte de su ministerio altísimo, que es contener en sí, en sus entrañas, todo el espíritu moderno. Y yo lo digo, yo lo sostengo, el es-

piritu moderno es progresivo, es republicano, es en todas las esferas sociales y en todas las esferas económicas lo mismo que en las esferas políticas, avazando; pero á medida que se acaba el mal se acaba tambien el heroismo, y como adquiere los instrumentos de las reformas pacíficas el espíritu moderno, sin dejar de ser avanzado, no es ya revolucionario.

Si tomais revolucion en el sentido de progreso, el espíritu moderno es revolucionario. Si tomais revolucion, como suele tomarse, en el sentido de violencia, el espíritu moderno, ¡ah! no es un espíritu revolucionario. La mayor parte de las violencias se han consumado en el mundo moderno contra nosotros, contra nuestras ideas. La opinion nos habrá dado la reforma dentro del orden, y la reaccion nos la ha disputado por la violencia dentro de la revolucion. Pacíficamente se habia conseguido proclamar la libertad religiosa en Suiza, cuando los jesuitas del Sunderbun alzan contra nuestra conquista política su bandera de guerra. Pacíficamente habia llegado el gran Lincoln á las esferas del poder, representando el principio abolicionista, cuando los negreros del Sur, los



patricios de la Luisiana y la Virginia, se levantan en armas por la más infame de las causas. Pacíficamente el indio sublime, que rivaliza en carácter con los hombres de Plutarco, había llegado al poder en Méjico, cuando le sorprende la guerra y la intervención promovidas por los enemigos del derecho. Las violencias vienen hace mucho tiempo de las reacciones. Si nosotros, demócratas, que tenemos todos los derechos naturales, no alcanzamos por ellos el poder y caemos en la violencia, ¡ah! seremos reos abominables de reaccion.

CAPITULO XVII.

SUPERSTICIONES RELIGIOSAS Y PROBLEMAS  
POLÍTICOS.

5 de Setiembre de 1872.

Parece imposible, pero es verdad. En pleno siglo XIX se habla de aparecidos, de fantasmas. Creerian muchos que tales evocaciones y sortilegios quedaban á la jurisdiccion de las leyendas, de los dramas, de la tragedia. Sakespeare evocó admirablemente la sombra del padre de Hamlet para justificar la demencia del hijo; Voltaire evocó la sombra de Nino, en el teatro tambien, dulcificando tal magia con reflexiones más lógicas que poéticas. El siglo XVIII tenia fuerza de análisis, claridad de juicio; convencimiento en tal manera profundo de la inmutabilidad del Universo y de la regularidad



patricios de la Luisiana y la Virginia, se levantan en armas por la más infame de las causas. Pacíficamente el indio sublime, que rivaliza en carácter con los hombres de Plutarco, había llegado al poder en Méjico, cuando le sorprende la guerra y la intervención promovidas por los enemigos del derecho. Las violencias vienen hace mucho tiempo de las reacciones. Si nosotros, demócratas, que tenemos todos los derechos naturales, no alcanzamos por ellos el poder y caemos en la violencia, ¡ah! seremos reos abominables de reaccion.

CAPITULO XVII.

SUPERSTICIONES RELIGIOSAS Y PROBLEMAS  
POLÍTICOS.

5 de Setiembre de 1872.

Parece imposible, pero es verdad. En pleno siglo XIX se habla de aparecidos, de fantasmas. Creerian muchos que tales evocaciones y sortilegios quedaban á la jurisdiccion de las leyendas, de los dramas, de la tragedia. Sakespeare evocó admirablemente la sombra del padre de Hamlet para justificar la demencia del hijo; Voltaire evocó la sombra de Nino, en el teatro tambien, dulcificando tal magia con reflexiones más lógicas que poéticas. El siglo XVIII tenia fuerza de análisis, claridad de juicio; convencimiento en tal manera profundo de la inmutabilidad del Universo y de la regularidad



de sus leyes, que ni en el teatro, en las regiones de la fantasía, osaba evocar lo sobrenatural, y si lo evocaba, poniale al lado alguna justificación, alguna excusa. La ciencia ha despojado de fantasmas la naturaleza. El fuego fátuo, que discurriendo por los cementerios fingia á la vista alucinada del creyente el alma del purgatorio venida á la tierra de los muertos para pedir las oraciones de los vivos, significa á nuestros ojos el fósforo producido por la descomposicion de los huesos humanos. El fuego de San Telmo, la aurora boreal sonrosando los horizontes, el cometa errante, el fugaz aereolito, todos estos fenómenos meteorológicos, astronómicos, magnéticos, han perdido aquella poesía con que los engalanaba la imaginacion del vulgo, á los golpes del análisis científico. Así es que los fantasmas, los aparecidos, las almas en pena, van desapareciendo, ahuyentándose hasta de los cuentos y de las consejas de la aldea.

Pero los palacios deben estar mucho más atrasados que las aldeas, deben ser asilos más seguros de la supersticion y de la ignorancia, cuando los muertos se atreven á dejar sus regiones de sombras para visitarlos y

recorrerlos. Terrible pánico reinaba hace algunas noches en los palacios imperiales de Viena. Por aquellos pavimentos, bajo aquellas bóvedas, á la sombra de los grandes arcos iluminados por el incierto resplandor de las lámparas, en las altas horas de la noche, siniestros rumores, ecos de cadenas, voces confusas, lamentos horribles henchian los aires y derramaban indescriptible terror. El sueño de damas, azafatas, criadas del imperial servicio, era sueño lleno de convulsiones y de espantos. Muchos de los centinelas, que tenian consignas respecto á los vivos, no acertaban con la consigna respecto á los muertos, y caian de rodillas, trémulos, convulsos, casi epilépticos, poniendo los ojos en los cielos y los labios en los escapularios, mientras con ambas manos retenian el fusil que materialmente se les caia á los estremecimientos del miedo.

Esto coincidia con la muerte reciente de la archiduquesa Sofía, piadosa madre del emperador de Austria y del infortunado Maximiliano. Las gentes crédulas divulgaban la idea de que aquellos largos lamentos, aquellos siniestros ruidos no podian ser otra cosa más que estremecimientos de triste al-



ma en pena venida desde los hondos círculos del purgatorio á buscar algún alivio en la tierra. Y esta alma en pena, tan dolorida y quejumbrosa, no podia ser otra que el alma de la recién muerta Archiduquesa. En efecto, habia hecho en vida un testamento dejando cuantiosos bienes á favor de la Iglesia. Despues, ora arrepentida, ora iluminada de más claras ideas, la Archiduquesa, anuló su primitivo testamento y dejó á sus hijos lo que antes mandaba á los clérigos. Desde aquel día, sabido es que por la utilitaria liturgia eclesiástica, el purgatorio iba á ser la residencia natural de la Archiduquesa, la cual habia quitado su patrimonio á los pobres muertos, de los cuales son como tutores naturales los curas vivos. Y una Arquiduquesa, metida en tan aflictivo sitio en muerte, y acostumbrada en vida á tantas comodidades y regalos, debia quejarse con más intensidad que cualquier pelafustan, que no debe encontrar gran diferencia entre el purgatorio en que entra y el pésimo mundo que deja tras su desvencijada mortaja. Así la Archiduquesa, en cuanto sus hijos y nietos, sus parientes y deudos, sus criados y servidores reponian las fuerzas de la vida en brazos del

tranquilo sueño, salíase bruscamente de la caldera donde la tostaban en mal oliente azufre y dábbase por los corredores á quejas más poéticas que las quejas de Nemoroso y de Sancio por las antiguas Eglogas. Pero cátrate que un centinela, ó menos fanático por naturaleza, ó por educacion más industriado en las cosas del otro mundo, coge del cuello á la dolorida alma del purgatorio, y se encuentra nada menos que con cierto jóven de la más alta aristocracia austriaca, de la servidumbre de los emperadores y de la devocion de los jesuitas. La Archiduquesa no se habia movido de la eternidad, y el piadoso aristócrata pedia en su nombre y por su representacion los millones en mal hora negados á la Iglesia, que ya los contaba en su pingüe patrimonio.

Esta anécdota ha recordado un hecho acaecido el siglo anterior en ese mismo palacio de Viena. Las ideas filosóficas del tiempo habian llegado como una sávia ascendente hasta las cimas de la sociedad. Los hijos de María Teresa vivian á la sazón. Leopoldo progresaba, y apercibiase á progresar aún más José, que ilustró su nombre con las célebres leyes josefinas. La política de toleran-



cia que inaugurara, política derivada de la Enciclopedia, disgustaba profundamente á todas las clases teocráticas del Imperio. Merced á esta política, el elector de Sajonia, que tradicionalmente representaba la espada del protestantismo, fué á Viena á hacer una visita á sus imperiales colegas. Los dos hermanos le distinguían como era natural; pero le distinguía mucho más que Leopoldo, el Emperador José, el príncipe heredero. Los jesuitas sabían que éste se hallaba destinado á heredar el Imperio y á llevar al Imperio todo el jugo de las nuevas ideas, funestas á la preponderancia del clero. Y sabían más; sabían que la amistad con el Elector, las conversaciones íntimas, el comercio diario con aquel espíritu elevado y despreocupadísimo, habían de afirmar y confirmar al que más tarde fué José II, en su resolución de combatir la política eclesiástica y secularizar la política imperial. Un día de aquellos que el Archiduque fué á confesarse, nególe la absolución el confesor, fundándose en sus peligrosas amistades. Embargado estaba José por el disgusto de esta negativa cierta noche en su lecho, presa del insomnio, caviloso, inquieto, cuando de pronto oye siniestro

ruido, tras el ruido vé siniestro resplandor, tras el resplandor cae en completa oscuridad, y en aquella oscuridad se dibuja figura grotesca, gigante, con ojos como de lechuza, faz como de esqueleto, envuelto en rozagantes negros ropajes, iluminada por fosfóricos reflejos, y que emitiendo cavernosa voz como si de los profundos abismos saliera, le anuncia con plena seguridad el infierno por sus heréticas ideas y por sus perniciosas amistades.

El terror de José fué tan grande, que enflaqueció y hasta enfermó de pena y de recelo. Pero su amistad venció á sus terrores. Y contóle al elector de Sajonia todo cuanto le había sucedido. El Elector le rogó que le dejara cambiar de lecho y aguardar él en persona la venida del alma en pena que tan profundamente conocía la voluntad de Dios y los misterios del otro mundo. A la misma hora, en el mismo instante que las noches anteriores, el siniestro fantasma se presentó y habló en su misterioso lenguaje. El Elector alzóse del lecho resueltamente, arremetió con la sombra, encontró que era tangible, la estrujó entre sus brazos, y abriendo con ímpetu una ventana, la arrojó al espa-



cio y de nuevo se acostó en su prestado lecho. Al día siguiente apareció destrozado en los fosos del palacio imperial el antiguo y piadoso confesor del Archiduque heredero de la corona de Austria.

Dejémonos de sombras y vamos á realidades. La mayor realidad es la entrevista célebre de los emperadores del Norte que ha de verificarse próximamente en Berlin. Los pobres de la capital conocen ya que sus dioses se acercan. Como la antigua residencia del rey de Prusia es mezquina para el nuevo emperador de Alemania, Berlin sufre una terrible crisis por la carestía de las habitaciones y viviendas. Así ha habido necesidad de levantar apresuradamente chozas y barracas para las familias jornaleras, para aquellas familias que más trabajan y que menos gozan hoy en nuestra imperfecta civilización. Pero sería un espectáculo triste, que diese mala idea de la cesárea capital y de la majestad en ella albergada, la vista de estas sucias chozas, sobre todo á los ojos de aquellos que, á causa de la servidumbre universal, han nacido y se han criado en áureos palacios, verdaderos santuarios de la autoridad y de la Monarquía. Despiadadamente, en-

viando bajo las órdenes de una policía implacable varios de esos soldados mecánicos que matan con la misma ceguera de los sables, de los fusiles, de los cañones, el Gobierno alemán ha desarraigado las barracas, ha dejado á la entrada del otoño, en el Norte inclemente, sin hogar y sin abrigo, á numerosas familias, de cuyos labios sólo maldiciones pueden salir contra aquellos privilegiados seres que con cada uno de sus pasos aplastan á millares de infelices, como cada uno de nuestros pasos cuesta la vida á innumerables insectos. Pero dejando aparte estos accidentes de la política, si atentamente examináis la prensa europea, véreis confirmado el juicio que os anticipé sobre la conocida entrevista de los soberanos del Norte. En la última conferencia que los diputados de la Comisión permanente han celebrado en Versalles, uno de ellos interpeló al ministro de Negocios extranjeros sobre la naturaleza de la entrevista y sobre las amenazas que podría envolver contra Francia. El ministro aseguró que se exageraba la importancia de la entrevista, y que por sus noticias sólo se encaminaba á la paz europea, fin deseado también por la República francesa. Un pe-



riódico moscovita de gran crédito, *La Bolsa de Petersburgo*, enumera las causas que antes justificaban una inteligencia entre Alemania y Rusia, y que ahora la imposibilitan completamente. Antes la política emprendedora y aventurera del Imperio francés, empeñado en resucitar la tradición del primer Bonaparte, en imitar su eclecticismo, sus transacciones entre lo pasado y lo presente, su hipócrita tendencia revolucionaria, obligaba á Rusia y Alemania á una salvadora política de mútua amistad, garantía también de su mútua independencia. Por eso Rusia vió impasible la política doble de la corte prusiana en Crimea, su irrupcion vandálica en Dinamarca, sus atentados á la antigua Alemania en Sadowa, su ruptura del equilibrio europeo en Sedan. Y al mismo tiempo que esta razon suprema la unía á Prusia, la unía también esa malhadada cuestion polaca, que envenena todos los negocios rusos y que obligaba á Rusia por armonía de miras é intereses á una perfecta inteligencia con Prusia. Pero hoy todo ha variado. Al Imperio napoleónico ha sucedido la República en Francia, la República amordazada pero no extinguida jamás en la con-

ciencia del pueblo francés. La República no es una forma de gobierno agresiva, guerrera, que emprenda guerras por cábalas de partidos militares y por móviles de intereses dinásticos. La República es la paz de Europa. Por consiguiente, la razon que abonaba una inteligencia entre Alemania y Rusia se ha desvanecido. Ya no hay nada que temer de Francia. En cuanto al problema polaco, sus términos se han dulcificado muchísimo. Los polacos van cada dia convenciéndose más de que á las antiguas nacionalidades geográficas, nacidas muchas veces de la conquista, deben sustituirse las nacionalidades por raza que tienen asentada en la fisiología, en afinidades de sangre, de lenguaje, bases incommovibles. Para una armonía entre todas las familias de la raza eslava, ha sido obstáculo insuperable la oposicion incontrastable de Polonia. Esta oposicion se hallaba alimentada por el Imperio francés, interesado, á pesar del abandono en que su fundador dejara á los polacos, interesado en divulgar la esperanza de que la nacionalidad católica, feudal, aristocrática, podia resucitar con sus Reyes electores y sus Dietas anárquicas en la cuna, y sus siervos del terruño en la base.



Hoy el terror que inspirara el Imperio francés, se ha desvanecido, y las grandes asperezas de la cuestion polaca, se han dulcificado. Segun estas creencias, no hay nada que justifique una alianza. Al contrario, hay mucho que lo impide. Hay la tradicion, en que coinciden el Imperio aleman y el Imperio austriaco, la tradicion de su incontestable superioridad sobre la raza eslava, superioridad que muestran en el origen aleman de la dinastia reinante sobre Rusia, como si esta dinastia no se hubiera identificado en dos siglos con su pueblo. Hé aquí confirmado el principio general de nuestro juicio sobre la entrevista. Tres emperadores no pueden, no podrán jamás vencer las innumerables resistencias que se oponen á una armonia entre los pueblos. Por consecuencia, una entrevista no significa hoy otra cosa que un comercio de cumplimientos, un cambio de saludos, la asistencia en compañía al teatro, la revista vistosa de fuerzas armadas, los banquetes oficiales, los espléndidos bailes, la satisfaccion de las vanidades germánicas, que se creen dirigir y modelar á su arbitrio todo nuestro planeta desde que ha llegado á la anhelada unidad de su vasto Imperio.

Y sin embargo, esta unidad tiene aún sus sombras espesas. Uno de los vasallos más fieles del emperador de Austria es el rey de Baviera. Cuando el conflicto austro-prusiano, las tropas que más difícilmente se movieron y más tarde llegaron al llamamiento del emperador austriaco fueron las tropas bávaras. Su lentitud en los movimientos habia pasado á proverbio en el lenguaje corriente y vulgar de la Europa culta. Pero al revés, completamente al revés ha sucedido en la última campaña. Los bávaros se han adelantado á todos los ejércitos. Su celeridad ha tenido algo de la celeridad del relámpago. Sus ginetes formaban casi el núcleo de los temidos hulanos. En la batalla de Sedan ellos ocuparon la primera linea. Los franceses se quejan todavia de que ninguno entre los pueblos germanos fué tan colérico, tan vengativo, tan sanguinario, tan rapaz como el pueblo bávaro. No sé lo que haya de fundado en estas quejas; pero sé que efectivamente los bávaros alcanzaron en la última campaña una reputacion europea de activos, de valientes, de emprendedores, de tenaces y hasta de afortunados. Su rey, aunque no asistió á la guerra, porque sus artes son las ar-



tes de la paz, tuvo verdadera impaciencia en ser vasallo del grande Emperador. A empeño tomó que el Imperio se constituyera y se afianzara pronto, que los reyes alemanes recibieran la marca indeleble de siervos, y siervos devotos al nuevo formidable Emperador. Despues, cuando la paz se realizó, ninguna dificultad opuso á la paz; y cuando el Imperio se organizó, ninguna resistencia á las omnímodas facultades que se abrogaba su nuevo señor. De la soberanía cayó en el vasallaje, sin dolerse verdaderamente del amargo tránsito. Las pretensiones llegaron hasta la recóndita esfera de la conciencia, y hasta allí, en aquel santuario inviolable, fueron satisfechas. El rey por tradicion más católico de Alemania, el eterno enemigo de los protestantes electores de Sajonia y de Brandeburgo, se inclinó ante una obra mefistofelesca de Bismarck. El viejo catolicismo en pugna con la vieja Roma, con el Padre Santo, con el Concilio Eucuménico sirvieron para encubrir esta evolucion de Baviera hácia el protestantismo, con el cual habia estado en eterna oposicion. Doellinger, cabeza del cisma, fué nombrado rector de la Universidad de Munich. La creencia en la in-

falibilidad del Papa fué perseguida y castigada como un crimen contra el Estado. Ya no quedaba ninguna prueba nueva de vasallaje que dar. El alma personal del pequeño reino de Baviera se habia perdido en el océano inmenso del espíritu germánico.

Mas no todo acaba en un dia. Hay muchas muertes en una sola muerte. Y algun estremecimiento despierta y arrastra hácia la vida. Llega ahora la entrevista de los tres emperadores, y el rey de Baviera, que se ha unido con toda suerte de cadenas morales al Imperio, repugna aparecer confundido entre sus comparsas á los ojos de los Césares. No quiere, nó, ir á Berlin, y mueve al rey de Wutemberg para que imite su ejemplo. ¿Qué harán aquellos pobres reyecillos, sin voz, sin voto, sin corona imperial en el coro de tantos dioses mayores? ¿No es preferible ser un simple mortal en la tierra á ser un triste semi-dios en el Olimpo? Un rey debe sentir más que nosotros aún todo cuanto hay de vil y de infame en el bajo oficio de cortesano. Se comprende que los Bernardotes y los Murats fueran sargentos con cetro. Napoleon les habia hado su dignidad. Pero estos reyes tradicionales que han nacido con un dere-



cho en el alma, con una corona en la frente, no pueden creer que su dignidad casi divina dependa de ningun otro mortal en la tierra.

Por fin, este rey de Baviera ha demostrado alguna vez que toma en serio su oficio de rey. Artista, músico, poeta, de todo se ocupaba ménos de las cosas pertenecientes al Estado. Yo le vi en la Exposición de Paris, yo intenté estudiar algo en aquel rostro como en el rostro de todas estas últimas sombras de la institucion monárquica, á cuyos cuidados se libran tantos intereses, se confían tantos pueblos; y aparte cierta gallardía en la figura, cierta gentileza en los ademanes, no descubrí más que relámpagos de inminente demencia en sus inmóviles ojos. En lo fugaz de mis impresiones, hoy no puedo asegurar si este juicio sobre el enfermo seso del monarca provino de mi propia observacion, de su atenta vista, ó de la idea anticipadamente inspirada por noticias de su vida. Yo sabia que, al declarar en el conflicto aleman terminado por la batalla de Sadowa, la guerra á Prusia, declaracion que comprometia, no solo el destino de su corona y de su pequeña patria como llaman los alemanes al Estado donde nacen, sino el desti-

no tambien de su gran patria, de Alemania, en vez de entregarse, ó bien á la meditacion ó bien al cuidado de su ejército, se dió desenfrenadamente en el palacio de su amigo Wagner, á orillas del sublime lago de Lucernia, como poseido de locura y de locura insensata, al ejercicio de la música, al canto frenético, á la ópera fantástica, no de otra suerte que Neron cuando ardia la Ciudad Eterna. Todo su empeño es acreditar la música del porvenir. En vano muchos le dicen que en los acordes del maestro hay algo fantástico, extraño, sombrío, que acusa genio por lo atrevido, pero tambien desarreglo mental por lo absurdo; el rey de Baviera persiste en su proteccion creyendo que la historia le reserva un láuro idéntico al láuro que ciñera á los protectores de Colon: que encontrar nuevos artes no es encontrar nuevos mundos, es algo más, es encontrar nuevos cielos. Así, el mayor placer de este rey consiste en separarse de sus Estados, en irse á la casa que en el corazon de las montañas y en el seno de los bosques tiene su grande artista. Allí, al eco del torrente, al mugido de la selva, al borde del lago, viendo de un lado el abrupto monte Pilatos, con sus agres-



tes laderas, y de otro lado el risueño Righi, hermoso y cultivado como un jardín de Italia, mientras al frente se despliega como gigantesco arco de cristal de piedra la cordillera del Oberland; el Rey vé brotar las ideas en la frente chispeante de su compositor y por vez primera caer puras en las teclas del piano, que vibra bajo los convulsos dedos como extrañísima arpa. Nunca le pone tasa á sus gastos. Si trabaja en una nueva ópera levanta el Rey un castillo donde se encuentra, no en carton, sino en piedra, no fingidas sino reales, todas las decoraciones; los trajes que costea son de un lujo oriental. La seda, el terciopelo, los bordados de oro fino, los encajes se gastan para los coros. El ornato tiene algo de babilónico, de inverosímil, de increíble. Los franceses que suelen con su nervioso ingénio extremarlo todo, sostienen muy sérios que una de las causas primeras del odio mostrado por el pueblo bávaro en la última guerra, consistia en el resentimiento de su Rey, como el resentimiento de su Rey consistia en haber silbado París una de las grandes óperas de Wagner. Hé ahí á quien confian los pueblos sus destinos históricos. Institucion maravillosa

en verdad esta vieja institucion de la Monarquía; todos á merced de un hombre, y ese hombre á merced de sus caprichos exaltados por las alturas vertiginosas del trono.

Mal cuarto de hora este para los jesuitas. Han sido expulsados de Alemania; han sido despojados de su casa matriz en Roma. El convento de los jesuitas donde residia el general de la Orden acaba de pasar á manos del Estado. Las riquezas que allí atesoraban, las alhajas que allí tenian, acaban de arribar á Marsella. Esta nueva medida ha acibarado el cautiverio de Pio IX, y ha vuelto á hablarse de su partida al Austria, ó á Francia. El Nuncio en París, monseñor Chigi, próximo á ser elevado al cardenalato, infunde en el Papa la idea falsísima de que Francia puede correr en su socorro y declarar por su causa la guerra á Italia, repitiendo el mismo error cometido en 1848. Mas parece que el Papa ha perdido muchas de sus esperanzas despues que la República se ha afianzado tan fuertemente y que las últimas elecciones han salido de tan lastimosa manera para los clericales. No quiere, nó, oír hablar de viajes. Llamariase, en su sentir, abandono del deber al abandono de Roma. Y aun-



que su voluntad quisiera partirse, su salud se lo impide. La inflamacion de las piernas toma alarmantes proporciones. Tan grande va siendo la pesadez que no puede trasladarse de un salon á otro salon del Vaticano. Para muchos se acerca la hora de su muerte, y con la hora de su muerte el principio de nuevas complicaciones religiosas en la por tantos conceptos agitada Europa. Un consuelo nos queda; y es la seguridad de que no puede, nó, peligrar ni retroceder la causa de la libertad y del derecho.

CAPITULO XVIII.

LOS CONSERVADORES DE FRANCIA, ESPAÑA  
Y ALEMANIA.

4 de Setiembre de 1872.

Apenas me parece creible; pero el Gobierno de la República ha prohibido en Francia que se celebre el aniversario de la proclamacion de la República francesa. Yo comprendo que esta fecha se halla unida á grandes y pavorosas catástrofes; yo comprendo que recuerda el remedio tardío á un imperio protervo, y el refugio desesperado contra la deshonorosísima capitulacion de Sedan. Pero si recuerda estos desastres, tambien recuerda el término de la dictadura cesarista que los engendró, y el principio del Gobierno democrático y republicano que ha de educar, y con la educacion ha de regenerar á Francia.



que su voluntad quisiera partirse, su salud se lo impide. La inflamacion de las piernas toma alarmantes proporciones. Tan grande va siendo la pesadez que no puede trasladarse de un salon á otro salon del Vaticano. Para muchos se acerca la hora de su muerte, y con la hora de su muerte el principio de nuevas complicaciones religiosas en la por tantos conceptos agitada Europa. Un consuelo nos queda; y es la seguridad de que no puede, nó, peligrar ni retroceder la causa de la libertad y del derecho.

### CAPITULO XVIII.

LOS CONSERVADORES DE FRANCIA, ESPAÑA  
Y ALEMANIA.

4 de Setiembre de 1872.

Apenas me parece creible; pero el Gobierno de la República ha prohibido en Francia que se celebre el aniversario de la proclamacion de la República francesa. Yo comprendo que esta fecha se halla unida á grandes y pavorosas catástrofes; yo comprendo que recuerda el remedio tardío á un imperio protervo, y el refugio desesperado contra la deshonorosísima capitulacion de Sedan. Pero si recuerda estos desastres, tambien recuerda el término de la dictadura cesarista que los engendró, y el principio del Gobierno democrático y republicano que ha de educar, y con la educacion ha de regenerar á Francia.



Mas aunque no recordara nada de esto, aunque conmemorase dias más adversos, fechas más nefastas, ¿qué Gobierno republicano es ese, capaz de prohibir á su antojo dos de los derechos más fundamentalmente humanos y más indispensables á la vida; el derecho de reunion y el derecho de manifestacion pacifica? Si los ciudadanos en los Estados democráticos no tienen la libertad de conmemorar aquel dia que les parezca más fausto á sus creencias políticas, á sus creencias religiosas, ¿qué libertad tendrán? No se han proclamado las libertades fundamentales de la República para que continúen los procedimientos arbitrarios del Imperio. Los ciudadanos buscan en las Repúblicas garantías más seguras de sus derechos, expansion más lata á su personalidad. Si en nombre de la República se cohibe su ser, se ahoga su pensamiento, se falsifica su derecho, ¿echarán de ménos las Monarquías? Si en nombre de la República se mantienen los estados de sitio y se desconocen las garantías del individuo, ¿no caerán en el funesto error que han difundido tantos sofistas, en el funesto error de creer indiferente la forma de gobierno para el afianzamiento de la libertad? Pasan he-

chos incomprensibles en el seno de la nacion francesa. Hace más de un año, mucho más de un año, que sucumbió la insurreccion comunera, y todavía continúan los implacables procedimientos contra sus autores y cómplices. Los consejos de guerra en sus juicios sumarios toman como circunstancia agravante haber combatido al Imperio, haber votado las candidaturas de oposicion al Imperio, la candidatura de Rochefort, la candidatura de Gambetta, quizá tambien la candidatura de Thiers. Creeríase que el César está presente en las Tullerías, y desde allí persiguiendo los delitos de lesa majestad, ni más ni ménos que en los antiguos tiempos. Y sucede todo esto, porque se ha cambiado la esencia; al revés de España, donde se ha cambiado la esencia y no se ha cambiado la forma del Gobierno. En Francia sucede algo de lo que sucedia en la antigua Roma. Las formas de gobierno cambian, pero bajo sus varias trasformaciones queda un principio esencialísimo, el principio de la omnipotencia del Estado. En España se ha proclamado el derecho natural anterior y superior á todos los poderes; se ha establecido el principio americano de que en el pueblo reside



esencialmente la soberanía; se ha organizado una democracia; y por monstruosa contradicción se ha puesto á su frente un poder de casta, de herencia permanente, irresponsable, vínculo de una familia como los antiguos poderes emanados del derecho divino. La forma de la República y no la sustancia entre los franceses; la sustancia y no la forma entre los españoles; dos contrasentidos que traen malestar profundo, profundísimo, á los dos pueblos.

Mientras en Francia los derechos individuales sufren todos estos agravios, en España sufre análogos agravios la decadente y maltrecha autoridad real. Prescindamos de las caricaturas que la ridiculizan; prescindamos de los artículos que la maltratan; prescindamos de las alocuciones que á boca de jarro la asestan los alcaldes republicanos; hay algo más grave todavía para este rey, enfermizo engendro del general Prim en sus postrimerías, hay algo que debe inclinarle á profundas meditaciones, si alguna vez medita, y es la actitud de los partidos monárquicos, de los partidos dinásticos, que contribuyeron á la revolución.

En cuanto dejan el poder toman una ac-

titud antidinástica. El partido radical mostró en su época de oposición cierta tendencia á la República y manifestó desvío al Rey. El partido conservador hace más; el partido conservador no solamente reniega de esta dinastía, sino que anuncia la dinastía con que ha de sustituirle, es decir, la antigua dinastía de Borbon. Un periódico tras otro periódico verifica esta vistosisima evolución. Así no es maravilla que la reina Victoria haya dicho á un amigo de su suegro, Victor Manuel: «En España hay carlistas, alfonsinos, esparteristas, republicanos; pero no hay en España ni un solo ama-deista.»

¡Qué viaje! Ya manifestaciones hostiles, ya el silencio amenazador, ya ausencia de luces y colgaduras en los balcones, ya falta de alojamiento, ya abandono de las iglesias por el clero, ya alocuciones de los alcaldes republicanos llamándole jefe del Estado como á cualquier presidente de República, y suprimiéndole el histórico tratamiento de Majestad. Nada me extraña. Yo lo habia un tiempo anunciado. Yo habia dicho que, arrancada la antigua dinastía, no quedaba á los conservadores otro remedio que resignar-



se á la República y convertir esta República en lo más gubernamental y más unitaria que pudieran, mientras nosotros pugnábamos en liberalizarla, democratizarla, federalizarla. Pero lo imposible, lo absolutamente imposible, era desarraigar el prestigio monárquico con la destrucción de una dinastía secular y luego restaurar este prestigio con el advenimiento de una dinastía extranjera. Los reyes deben ser astros de luz propia.

Así, la actitud del partido conservador depende principalmente del poco respeto que inspira la nueva Monarquía. El número de *El Diario Español* que anunció el cambio, fué recibido con recelo por sus demás colegas conservadores. Hoy todos los periódicos de este partido han hecho manifestaciones análogas. El príncipe Alfonso por rey, el duque de Montpensier por regente; hé ahí toda su política. Mudan de rey como si mudaran de criado. Y esta actitud es tanto más amenazadora para el Monarca, cuanto que está sostenida por el apoyo indirecto del general Serrano. Cuando este repúblico se encontraba al frente de las tropas leales, cuando dirigía y acababa el tratado de Amoravia, escribióle D. Amadeo de Saboya, dán-

dole especial encargo de formar un nuevo Gabinete que sustituyera al Gabinete del Sr. Sagasta. Serrano se apresuró á venir y á ocupar el espléndido palacio de la presidencia. A los dos días dejaba palacio y presidencia. Desde entonces ha jurado no volver á ser ministro de este rey. Y dice á cuantos le oyen que no contribuirá de ninguna suerte á expulsarle, pero tampoco á sostenerle. Es una actitud análoga á la actitud guardada por el general O'Donnell en los últimos días de la dominación borbónica. Como Serrano, juró O'Donnell no contribuir, ni á perder ni á salvar á la Reina. Pero cuando O'Donnell acababa de prestar este juramento, ya había el partido conservador realizado su evolución anti-borbónica. Hoy, de nuevo, el partido conservador es anti-dinástico, sí, anti-dinástico, y enemigo del Rey que ha traído la revolución de Setiembre.

¿Qué probabilidades tiene hoy una restauración? Yo estaré ciego; pero toda restauración me parece cosa difícilísima. Y me parece cosa difícilísima, por la naturaleza misma de los partidos conservadores. En mi sentir, estos partidos deben poner gran empeño en conservar las dinastías, por la ra-



zon sencillísima de que restaurar es para ellos difícil, muy difícil. Desde luego una restauracion supone un revolucion. Y una revolucion supone predominio de elementos democráticos en vez de predominio de elementos monárquicos. Diráse que no cuento con el dato principal, que no cuento con el ejército. Cuento. Sé que hay en la plana mayor muchos elementos alfonsinos. Sé tambien que estos elementos no se encuentran secundados por los elementos inferiores del ejército, que desde la revolucion de Setiembre piensan por sí mismos, y se inclinan á todas las ideas democráticas, como lo prueba cuán fácilmente se inclinó á conjuracion liberal, y cuán difícilmente se inclina hoy á una conjuracion borbónica. Pero la disciplina es poderosísima, inflexible; el jefe tiene sobre el soldado el imperio que el eje sobre la rueda y el vapor sobre el eje en las máquinas fabriles. Yo concedo que haya la disciplina del ejército, la subordinacion del inferior al superior, conseguido el llevar al ejército á una insurreccion en nombre de antiguos juramentos y á favor de sus antiguos principes. ¿Se llevará tras-sí esta conjuracion todo el ejército? Evidentemente nó. Y

una division del ejército trae una lucha inmediata. Y una lucha en el ejército trae inmediatamente tambien la proclamacion de la República en todas las grandes ciudades de España. Y las ciudades tienen sobre los pueblos en España mucho mayor influjo, mucho mayor poder que las bayonetas. Porque si es tradicionalmente cierto que el pueblo español no consuma una revolucion jamás sino con el auxilio del ejército, tambien es tradicionalmente cierto que el ejército no puede nada sin el pueblo. La revolucion de Setiembre hubiera quedado ahogada en los mares donde comenzó, si no acierta á expresar, como expresaba, el pensamiento y la voluntad del pueblo español. En 1841, cuando el Rejente se encontraba en el apogeo de su popularidad, nada pudieron contra él Leon y Concha, en armas á las puertas de Palacio, O'Donnell en la ciudadela de Pamplona, Borso en Aragon, Montes de Oca en las provincias vascongadas. Y luego, cuando el espíritu popular se apartó del Rejente, unos pocos días y el grito de unas cuantas ciudades bastaron para destruirlo. El pueblo no hace una revolucion en España sin la iniciativa del ejército; pero el ejército no



triunfa sin el concurso del pueblo. Y si nó, ¿cómo es que nunca el ejército se ha sublevado á favor de Cárlos, cuando tantas veces se ha sublevado á favor de la libertad? Porque sabe que en una insurreccion de esta clase no tendrá jamás el pueblo liberal á su lado. Y el pueblo liberal, que es el pueblo influyente, porque es el pueblo de las grandes ciudades, sólo secundaria hoy un movimiento á favor de su antigua y arraigada creencia, á favor de la República.

Lo cierto es que la Península, desde Irun á Cádiz, desde Lisboa á Barcelona, se halla conmovida por la idea republicana. Las últimas elecciones han demostrado la solidez de nuestro partido y la fidelidad inquebrantable de las grandes ciudades á nuestros principios. Donde quiera que hay una grande aglomeracion de ciudadanos reunida en una de estas grandes colmenas de la inteligencia y del trabajo, que se llaman ciudades, allí está la idea republicana en todo su vigor. Parecia que Portugal se exceptuaba de esta regla, que tenia fidelidad inquebrantable á sus reyes históricos. Y Portugal se conmueve en sentido republicano tambien. Deiciannos sus conservadores que el movimien-

to de conjuracion últimamente sorprendido no tenia importancia. Y sin embargo, resulta ahora que los consejos de guerra van á funcionar, y muchos conjurados van á ser sometidos á sus severos fallos. No lo dudeis. El movimiento republicano será en los pueblos latinos tan fuerte y tan avasallador como fué el movimiento constitucional. Es propiedad de nuestra raza la viveza en la concepcion, y despues de haber concebido una idea, la prontitud, la celeridad en realizarla. Ha concebido la idea republicana y realizará, con más ó menos perfeccion, la idea republicana. Ningun poder será bastante á evitarlo. Y el desprestigio en que ha caido la idea monárquica es el ocaso de una edad histórica y el oriente de otra nueva edad.

En el Norte mismo, donde se realizan tantas combinaciones monárquicas, ¿quién domina hoy? Un destructor de reyes. En los dias que corren, el rey de Prusia ha tenido una veleidad monárquica, una veleidad real. Se ha acordado de que era el jefe de una familia cuasi divina, y ha querido volver por una de las víctimas del poder y de la gloria de esta misma familia, por el destronado rey



de Hannover, que él mismo sacrificó después de la batalla de Sadowa. El rey de Hannover se halla acogido á la proteccion de otro antiguo soberano suyo, á la proteccion del emperador de Austria. Este no ha accedido á presentarse en Berlin y glorificar á su vencedor, sino á condicion de lograr algun alivio á la suerte del rey de Hannover, alguna compensacion á sus desgracias. El emperador de Alemania quiere acceder á esta peticion del emperador de Austria. Y piensa en el Ducado de Bruswich para consolar la adversidad del rey de Hannover. Pero Bismarck, que es lógico á la manera de un sistema científico, fatal á la manera de una fuerza ciega, no transige con su soberano y no cede nada á favor del soberano destronado. Pero Guillermo el batallador es tenaz, tenacísimo en sus ideas, en sus proyectos é insiste. Bismarck, al ver semejante insistencia, se resiente y amenaza abandonar la conferencia. Pero ¿qué sería la conferencia abandonada de Bismarck? Un juego de sombras, un coloquio de espectros. La mano del Canciller mueve á todos esos soberanos á pesar del peso enorme de sus armas y de sus cetros. La poderosa intelligen-

cia que ha hecho la Alemania moderna, les da lo que ellos no han tenido nunca, una idea. El palacio de Berlin sin Bismarck, en los dias de la conferencia, vendria á ser como una selva llena de fieras y sin un hombre. El sólo sabe domarlos. El sólo sabe dirigirlos. El les señala dónde está su presa y cuál es el momento oportuno de atisbarla y recogerla, y devorarla y digerirla. Él ha leído en la conciencia humana, y sabe por la historia el ministerio que les resta en el mundo á esos colosos, próximos á sucumbir por el inmediato advenimiento de una nueva edad geológica, donde habrá pueblos y no habrá monarcas. Pues qué, ¿no ha llevado al rey de Prusia á la revolucion? ¿No le ha hecho destronador de reyes? ¿No le ha unido con ese reino de Italia, obra de tantas revoluciones? ¿No le mantiene hoy mismo sobre las ruinas de la Alemania teocrática y la Alemania feudal? Y él mismo ha sostenido al emperador de Rusia, asediado por las tendencias panslavistas que se desarrollan por ódios implacables á la raza alemana, y ha obligado al emperador de Austria en el conflicto franco ruso á desistir de la venganza de Sadowa, que hubiera podido



ser una satisfaccion pero tambien un suicidio. Ahora mismo el conde Andrassy, el canciller del Imperio austriaco, que parecia llamado á ser como ciudadano húngaro particularista, amigo de las varias autonomías nacionales en el seno de aquella confusa federacion monárquica, no es otra cosa que un servidor, y servidor servil de la política de Bismarck. Por consiguiente, su ausencia seria verdadera noche en el Olimpo imperial. Los pastores de los pueblos andarian á tientas como en tinieblas palpables, y chocarian unos contra otros como astros sin centro de gravedad, si les faltase el sol de sus almas, si les faltase el canciller del Imperio germánico. Guillermo, que no ha sentido su corazon conmoverse á la vista de un millon de cadáveres, se conmoverá al fruncimiento de las cejas del canciller, y el rey de Hannover será condenado á un destronamiento sin compensacion y sin dinero.

Por eso no puedo comprender á qué envian los periódicos europeos sus correspondientes á Berlín. ¿Qué podrán ver de cerca que no veamos todos de lejos? Podrán ver la llegada de unos huéspedes á la estacion, la salida de Guillermo I á recibirlos, con los tra-

jes y las condecoraciones de sus respectivos ejércitos. Podrán ver que se abrazan, que se dirigen al palacio en coches de gala, que comen á la misma imperial mesa, que se divierten desde el mismo palco en representacion de aparato. Podrán asistir á una revista en campos dilatadísimos, donde evolucionen y maniobren 300 ó 400.000 hombres. ¿Qué más verán? Yo recuerdo la Exposicion de París. Yo recuerdo la llegada de todos los soberanos. Yo vi á muchos de ellos apearse de sus respectivos wagones. Yo vi á otros partir en los palcos régios y pasear por el inmenso circo de la Industria. El principe heredero de Prusia, el principe heredero de Inglaterra, el principe heredero de Italia, el sultan de Constantinopla, parecian cortesanos del gran emperador de Francia. Las gentes superficiales decian á una que jamás fué tan poderoso un monarca, ni tan seguro su Imperio. Las gentes superficiales anunciaban que no podian reñir grandes batallas los mismos que habian habitado bajo los techos de un gran palacio y partido el pan sobre la franca mesa hospitalaria. Y ningun correspondiente contó entonces un hecho revelado por las notas que Napoleon trazaba rá-



pidamente en los días de su último cautiverio. Ninguno revelaba que al llegar á la despedida, Napoleon y Guillermo se conmovieron, los bellos ojos de la Emperatriz se arrasaron de lágrimas, y sobre aquellas frentes ceñidas de áureas coronas, batió sus negras alas el siniestro presentimiento de una próxima guerra. Y aquello queria decir que los reyes, los emperadores, hoy son juguetes de una fatalidad, para ellos completamente incontrastable. Se llaman reyes, y son esclavos. Se llaman soberanos, y no tienen la primera prerogativa de la soberanía, la santa libertad. Por eso no hay que dar desmedida importancia á la entrevista de los emperadores. Ellos nada pueden contra el destino, nada. Las rivalidades de sus pueblos, las enemigas de sus respectivas razas, son más poderosas que sus soberanas voluntades. Antes como despues de la entrevista se oirán tronar mil guerras, preñadas todas de iguales catástrofes, sobre la frente y la corona de esos Césares.

### CAPITULO XIX.

GRAVISIMAS DIFICULTADES...

Los asuntos de Francia continúan siendo tristes, doloresísimos para los corazones que amamos la humanidad y sus progresos. París, ¡ah! París se halla irritadísimo. Lo vergonzoso de la última paz; la desmembración del territorio, triste para toda Francia, pero más triste aún para su capital, espuesta hoy como nunca á las irrupciones germánicas; la dolorosa convalecencia de ese sitio en que el hambre, la peste, el bombardeo, como que han exaltado la fibra y trastornado el ánimo de los parisienses; la Asamblea reaccionaria, verdadera invasión de los campesinos en las ciudades, sí, de esos campesi-



pidamente en los días de su último cautiverio. Ninguno revelaba que al llegar á la despedida, Napoleon y Guillermo se conmovieron, los bellos ojos de la Emperatriz se arrasaron de lágrimas, y sobre aquellas frentes ceñidas de áureas coronas, batió sus negras alas el siniestro presentimiento de una próxima guerra. Y aquello queria decir que los reyes, los emperadores, hoy son juguetes de una fatalidad, para ellos completamente incontrastable. Se llaman reyes, y son esclavos. Se llaman soberanos, y no tienen la primera prerogativa de la soberanía, la santa libertad. Por eso no hay que dar desmedida importancia á la entrevista de los emperadores. Ellos nada pueden contra el destino, nada. Las rivalidades de sus pueblos, las enemigas de sus respectivas razas, son más poderosas que sus soberanas voluntades. Antes como despues de la entrevista se oirán tronar mil guerras, preñadas todas de iguales catástrofes, sobre la frente y la corona de esos Césares.

### CAPITULO XIX.

GRAVISIMAS DIFICULTADES...

Los asuntos de Francia continúan siendo tristes, doloresísimos para los corazones que amamos la humanidad y sus progresos. París, ¡ah! París se halla irritadísimo. Lo vergonzoso de la última paz; la desmembración del territorio, triste para toda Francia, pero más triste aún para su capital, espuesta hoy como nunca á las irrupciones germánicas; la dolorosa convalecencia de ese sitio en que el hambre, la peste, el bombardeo, como que han exaltado la fibra y trastornado el ánimo de los parisienses; la Asamblea reaccionaria, verdadera invasión de los campesinos en las ciudades, sí, de esos campesi-



nos que, por lo estúpidos y por lo inmóviles, parecen todavía siervos del terruño, fósiles anteriores al gran diluvio de la revolución; las amenazas de destruir la capitalidad de París, lo cual sería tanto como decapitar á Francia, quitarle el cerebro que enjendró la Enciclopedia y la declaración de los derechos fundamentales humanos; todas estas concausas han dado de sí una insurrección parisiense que reivindica la República verdadera, y quiere salvarla de las conjuraciones orleanistas en Versalles tramadas, y que, si prevalecieran, serian ya el último estertor de la terrible agonía de un grande, si desgraciado pueblo.

Desde el comienzo de esa malhadada Asamblea, su conducta y su política entrañaban todas estas catástrofes. La Asamblea desoyó la voz de Garibaldi, ahumado todavía con la pólvora quemada en cien batallas por Francia y su República. La Asamblea insultó al pueblo de Burdeos, parapetándose tras una doble fila de soldados, como si en vez de ser los representantes, fueran sus miembros los conquistadores de Francia. La Asamblea ahogó la voz de Víctor Hugo, que era la voz del genio, la voz del destierro, la

voz del martirio, la poderosa voz de todo un cielo de glorias y de todo un Océano de ideas. Débil, indecisa, reaccionaria, llena de preocupaciones, incapaz de levantarse á las altas cimas de lo porvenir para divisar desde allí el gran destino que aún le está reservado á Francia si acierta á fundar la federación latina, esa Asamblea, despues de haber descoyuntado la patria, se apercibe á inmolar la República. Si alguna duda cupiera de este propósito, ahí está el intento de encerrarse en Tours ó en Poitiers, ciudades levíticas, ó de ir á lo sumo á Fontainebleau, hasta optar definitivamente por Versalles, la capital, la corte destruida por la Revolución francesa.

Mientras cometia la Asamblea todos estos errores, condensábanse en París nubes de cólera. Innegable es que hay en la gran ciudad tendencias demagógicas, pero tambien es innegable que la política inaugurada por el nuevo Parlamento sirve tan sólo para exaltar esas tendencias. A la orilla derecha del Sena se levantan dos grandes colinas llamadas de Chaumont y de Montmartre. Esta última es el principal teatro de los últimos acontecimientos. Curiosísima



por su formación geológica, allí se encuentran aquellos moluscos, aquellos vegetales marinos petrificados de cuya antigüedad se reía Voltaire. Los normandos, los alemanes de Othon pasaron en la Edad media por sus cimas, que parecen propicias á las tempestades. En 1814, los aliados que venian á castigar las invasiones del primer Imperio con una grande invasion, tomaron á Montmartre antes de tomar á Paris. En una de las grutas de su romántica iglesia, profesó aquel pendenciero y altivo señor español, que despues de haber peleado en tantos combates y corrido tantas aventuras, ó por exaltacion de la fé, ó por hastio del mundo, se declaró siervo de la Iglesia y fundó la orden de los jesuitas, el ejército último del Pontificado, el supremo y último refugio del Catolicismo. Colina célebre, como cada uno de los sitios de esa gran ciudad; colina sembrada de calles tortuosas y sombrías que alternan con grandes quintas ocultas entre los árboles; colina coronada por una extraña iglesia y por grandes molinos de viento, como aquellos que alarmaron á D. Quijote; Montmartre es el Aventino á donde se han retirado, imitando á los antiguos plebeyos de

Roma, los nuevos revolucionarios de Paris.

Aparte las generales quejas, dolianse primero de que se les obligara á pagar alquileres en tiempos en que habian carecido de trabajo; segundo, de que se les desposeyera de los treinta sueldos, franco y medio, que venian cobrando por cabeza y que les era indispensable hasta el definitivo arreglo de sus nuevas ocupaciones; tercero, de que les quitaran el derecho á nombrar sus jefes cual si todavía continuaran los tiempos del Imperio; cuarto, de que se les impusiera por comandante general á Aurelles de Paladine, conocido en todo el mundo por sus ideas monárquicas y sus sentimientos reaccionarios; quinto, de que la Asamblea quisiese prolongar su existencia más allá de sus poderes, cuando elegida entre los horrores de la guerra y destinada á regular la paz, cometeria una verda lera usurpacion de poderes si aspirara á convertirse en Asamblea Constituyente.

Entre estas quejas las hay económicas que no pueden ni admitirse ni satisfacerse sino accidentalmente, como un resultado de esta especialísima crisis, pero jamás como una consecuencia normal de la legalidad re-



publicana. La República no puede dispensar al inquilino de pagar el inquilinato, ni despojar al propietario de un derecho que es tan sagrado como todos los derechos. Uno de los alcaldes más revolucionarios de París, Motu, ha propuesto que la ciudad pague á los propietarios los alquileres de estos últimos meses en papel de su deuda municipal. Tampoco puede la República mantener ni con seis reales diarios ni con uno á los guardias nacionales de París. Las muchedumbres que se acostumbran á recibir una soldada de los Gobiernos, acaban por erigir un César, al cual le entregan su derecho y su conciencia á cambio de que satisfaga sus apetitos y les llene el estómago. La República necesita un pueblo de ciudadanos, y no pueden ser ciudadanos los burócratas tendiendo la mano para recibir del Gobierno un salario.

Pero la verdad es que si las quejas económicas son verdaderamente infundadas, las quejas políticas son fundadísimas. El pueblo de París no puede consentir que le roben ni su capitalidad, ni la República. La capitalidad es una de esas obras sociales superiores al capricho de los gobiernos y á la voluntariedad de las Asambleas. La República es un

Gobierno de derecho, es el organismo propio de las democracias, es la forma única de la libertad social, es la soberanía definitiva y permanente. Conspirar contra ella para traer nuevos reyes que dispongan de la suerte de la Francia y la arrojen á procelosos abismos como el de la última guerra; conspirar contra la República y á favor de la Monarquía es conspirar contra la independencia, contra la salud, contra la honra de los pueblos. Cuando se ven los males que ha traído el Imperio, cuando se aspiran los miasmas deletéreos que ha dejado en los aires y en las conciencias, ¡ay! se comprenden los recelos del pueblo y todos los temores á una nueva Monarquía.

Pero la guerra civil es un medio horrible de realizar las ideas. La guerra civil conduce fatalmente á la ruina de la libertad. La guerra civil desangra á las naciones, y poniéndolas en el supremo caso de optar entre la anarquía y la dictadura, las obligan á optar siempre por la dictadura. La guerra civil, despues de la guerra extranjera, cuando la patria está yerta, cuando corre la libertad supremos peligros, cuando el invasor no ha abandonado todavía el territorio



nacional; la guerra civil, en momentos de tal suerte extraordinarios, no es más que un crimen, y un horrible crimen.

Sea el Gobierno por su impericia, sea la Cámara por su espíritu reaccionario, sean los rojos por sus exageraciones, cualquiera que promueva hoy la guerra civil en Francia es reo, no sólo de lesa patria, sino también de lesa humanidad; principio de estos funestísimos acontecimientos ha sido la retirada de una parte de la Guardia nacional á su montaña aventina. Allí guardaban varios cañones apuntados hácia la ciudad. El Gobierno reclamó los cañones. La Guardia nacional no quiso entregarlos. El Gobierno, viendo que la agitación continuaba, suprimió un gran número de periódicos exaltados. Esta medida impolítica fué motivo de acerbis críticas y piedra de escándalo para la opinión liberal. Nuevas intimaciones fueron dirigidas á los nacionales en armas por el general Vinoy, antiguo senador del Imperio y gobernador de París. Estas intimaciones han sido rechazadas por los insurrectos. A su actitud de resistencia siguieron agresiones y la construcción de barricadas, seguro indicio de una grande lucha. El general Cle-

mente Thomas, que acudió al sitio de la asonada, fué impiamente fusilado. El general Lecomte también fué fusilado. Y el general Chanzy, que venia de Orleans, preso en la estación y conducido á las cárceles, abiertas por el Comité insurrecto.

Tiers y todos los ministros abandonaron á París; Julio Ferry, que era prefecto, dejó también el Hotel de Ville. La Asamblea convocada, se reunió inmediatamente para decir á las provincias que no secundaran el movimiento. El Gobierno publicó una proclama conjurando á la paz, á la concordia, al orden para salvar la patria todavía amenazada del extranjero, para fundar la República todavía tenida por muchos como generadora del desorden y de la anarquía. Mientras tanto, los insurrectos entraban á su vez en el Hotel de Ville, y desde allí deponían solemnemente al Gobierno y á la Asamblea que los conminaba desde Versalles. Los diputados de París, todos avanzados, pedían también á los sublevados calma y al Gobierno conciliación por medio de prudentes concesiones. El espíritu de París, sin duda alarmado por las amenazas reaccionarias de la Asamblea, no se agitaba tanto como era de



temer. La tropa de línea que fué enviada contra el pueblo, no quiso combatir. La Guardia nacional, llamada por repetidas generales, tampoco acudió al combate. El pueblo del Aventino se apoderó del Hotel de Ville y desde allí decretó nuevas elecciones. Toda esta gran tragedia sólo había producido algunas escaramuzas y diez ó doce muertos. Pero el ánimo se siente abatido al ver los males infinitos que llueven sobre esa Francia.

CAPITULO XX.

DE ALGUNOS REPUBLICANOS ALEMANES.

Una gran reunion de demócratas de Alemania, á cuyo frente se encuentra el ilustrado Meyer, han pronunciado discursos llenos de ideas republicanas. Estos discursos tienen un gran sentido teórico. Es verdad, no hay otro porvenir para Alemania, no hay otra grandeza que la República federal. Por este individualismo de su carácter, por este antiguo hábito de ejercer el libre pensamiento en su conciencia religiosa, por esta federacion de su patria, el pueblo alemán está destinado á fundar una República más duradera que el pueblo francés, católico, militar, unitario, socialista. Pero el pueblo francés tiene sobre el pueblo alemán dos cua-



tidades sobresalientes: mayor sentido práctico, y por consecuencia sabe que no puede establecer ideas revolucionarias sino por medios revolucionarios; y un odio mayor á la Monarquía, que seis veces ha sido restaurada en el presente siglo y cinco veces ha rodado en el polvo. ¿No os lástima ver á quién vá, despues de todo, el discurso de Meyer dirigido? Al emperador de Austria, al hermano gemelo del Papa, al jefe de la Alemania monárquica, al descendiente de los sacros Césares, al dios de la Santa Alianza, al verdugo de Polonia, al carcelero de Venecia, al mónstruo de cien cabezas que ha lanzado sus ejércitos mil veces contra nuestros ejércitos, que tiene sus brazos tintos hasta el codo en la sangre de nuestros mártires, y que todavía acaricia, allá en su conciencia perturbada, la siniestra idea de levantar el trono y el altar intolerante sobre las espaldas de la democracia vencida.

Es necesario no caer en el error que se contrae muy fácilmente cuando se lucha con dos enemigos poderosos que á su vez luchan entre sí; en el error de favorecer al uno contra el otro. El partido democrático, si vence Prusia, caerá bajo una dictadura militar;

pero sin vence Austria, caerá bajo una dictadura teocrática. Es necesario evitar ambos escollos, organizando fuertemente la democracia alemana, extendiéndola por Austria y por Prusia, jurando en cuanto sus fuerzas se lo consientan, destronar á todos los emperadores y á todos los reyes de Alemania, lo mismo á los de Prusia que á los de Austria, todos implacables enemigos de los pueblos. Despues debe renunciar la democracia alemana á dos utopias igualmente dañosas; á la utopia nacional y á la utopia socialista. La utopia nacional la perdió en 1848. Los demócratas de San Pablo creyeron que el pueblo aleman debia conservar las conquistas de sus tiranos; creyeron que debia seguir dominando á los húngaros, á los eslavos, á los italianos, como si la democracia, que es la justicia, no se corrompiera desde el momento en que se une con la injusticia. La utopia socialista es el escollo de todas las democracias, de la francesa, de la italiana, de la española, de la alemana. Sólo en el paraíso de América no ha entrado esa serpiente. Y yo entiendo por utopia socialista, no la reforma social que por la asociación, por la cooperación, por el crédito libre, por el tra-



bajo libre, debe mejorar la suerte de las clases trabajadoras y elevarlas al goce de la vida, sino la idea maldita de un Estado omnipotente que amortice el crédito y el trabajo en sus estériles manos, so pretexto de una mejor distribución de la riqueza, la cual terminaría fatalmente por un despotismo sin nombre y sin precedente en el gobierno, y por una miseria sin remedio en el pueblo. Es necesario resolver la cuestión social, cambiar las condiciones de las clases trabajadoras, sustituir á la inseguridad del salario la seguridad del dividendo, proveer por todos los medios á destruir la ignorancia y la miseria; pero todo por la libertad, sin violar en ninguna de sus manifestaciones, sin desconocer en ninguna de sus consecuencias ese principio sagrado, verdadero elemento de la vida, sello augusto de la dignidad humana.

He visto con extraordinario placer, que en los varios discursos pronunciados por los oradores demócratas en Viena, se ha invocado el ejemplo de la confederación suiza. En efecto, así como de las pirámides cristalinas de sus Alpes, del tranquilo seno de sus lagos, bajan el Pó, el Tesino, el Adigio que alimentan á Italia; el Ródano, que alimen-

ta á Francia; el Rhin, que alimenta á Alemania; de sus veintidos cantones tan variamente organizados, pero tan ricos en libertades, tan hábiles en la aplicación de la pura democracia, de cienden torrentes más ricos todavía de ideas, en las cuales apagan su sed nuestras almas bebiendo la esperanza que se desprende siempre del ejemplo de un pueblo regido por sus derechos. Si Alemania se organizara como Suiza, el centro de la civilización europea habría cambiado, y el mundo entero gravitaría hácia la augusta patria del pensamiento moderno.

Pero es necesario desconfiar mucho de ese emperador de Austria, entregado en espíritu á la reacción. No se necesita rastrear mucho en su conducta para encontrar las pruebas de su infidelidad á la causa que aparenta sostener. Las relaciones personales del Emperador con la corte de Roma han sido siempre estrechísimas, y sus promesas de restaurar el Concordato en cuanto recobre su autoridad, han sido reiteradas. Ultimamente Beust ha querido deponer al embajador en Roma, al porfiado ultramontano Meysen- burg, que en vez de ir á despuntar los rayos pontificios, los ha aguzado con sus con-



cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.



## CAPÍTULO XXI.

### CUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina, como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiera que el plenipotenciario del Duca- do en el Parlamento germánico no representa sólo al Rey sino que también representa á la



cesiones jesuíticas, á fin de que sonaran más fuertemente sobre la cabeza de Austria. Hay que desengañarse; es un verdadero imposible material y moral la alianza del Imperio austriaco con la democracia alemana.



## CAPÍTULO XXI.

### CUESTIONES SOCIALES Y RELIGIOSAS

Se ha presentado á las Cámaras del Imperio alemán la abolición del feudalismo en Meklemburgo. Prusia no podía consentir que este viejo tronco feudal permaneciese entre las nuevas instituciones. Presentó, pues, el proyecto de reforma. Lo más raro del caso es que el gran duque de Meklemburgo, siguiendo la ley eterna de la historia, se inclina, como nuestros reyes de los tiempos feudales, á la reforma popular en odio á las usurpaciones hechas por la aristocracia sobre la autoridad central. Pero como quiera que el plenipotenciario del Duca- do en el Parlamento germánico no representa sólo al Rey sino que también representa á la



aristocracia allí omnipotente, se ha decidido á hablar y á votar resueltamente en contra. Mucho resisten á esta reforma política y social aquellos grandes vasallos, reyes á su vez, que impiden la propiedad á sus campesinos, que forman tribunales de justicia como en cualquier marca señorial, y que disciplinan sus guardas como un ejército, ejerciendo por terratenientes todos los atributos de la soberanía. Si á esto se une que tienen formidables castillos, que habitan por las selvas, que guardan supersticioso culto á las sombrías tradiciones germánicas, que quieren perpetuar la jurisprudencia consuetudinaria, como comentario perpétuo á las cartas señoriales, se verá cómo los absurdos mayores se salvan de las revoluciones y de la acción de los tiempos en las tristes asperezas de la realidad histórica.

M. Bussing, noble también de Meklenburgo, pero noble reformador, ha presentado la proposición revolucionaria. También se repite en esto otro fenómeno histórico. Estudiad las grandes heregias y vereis que han brotado en las almas de las gentes de la Iglesia. Lutero, que debía acabar con los frailes, era fraile. Pues las altas clases socia-

les han contribuido por muchos de sus miembros á la revolución que ha destrozado los privilegios. El marqués de Lafayette fué la primera espada, y el vizconde de Mirabeau fué la primera palabra de la revolución francesa. Aquí, ahora un propietario feudal propone la destrucción del feudalismo. Ciento ochenta y cinco diputados votaron en pro; ochenta en contra. La proposición fué aprobada. Entre los opositores encontrábase un hombre que ha ilustrado con pólvora y con sangre, pero ilustrado al cabo, los anales de Alemania. Hablo del conde Moltke. Así es la naturaleza; divide los hombres en hombres de ideas y hombres de acción. Si Moltke meditara sobre las últimas guerras, si tuviera conciencia plena del ministerio desempeñado por su talento matemático en la última guerra, vería que en realidad todo se explica por este sencillo principio: ideas superiores, organismos superiores nacidos de estas ideas, han vencido á ideas inferiores, á inferiores organismos. Y ha querido conservar las instituciones feudales en el seno de la antigua Alemania.

Esta nación, que dá grande importancia á los problemas religiosos, continúa dividi-



da en ardientes partidos, amigos ó enemigos de la infalibilidad pontificia. Donde el combate ha tomado mayores proporciones, ha sido en el reino de Baviera. Antigua y exaltada region católica, Baviera se aparta hoy del Catolicismo por la infalibilidad, como se apartó la Alemania protestante del Catolicismo por las indulgencias. Este dogma de la infalibilidad ha venido á mostrar que el disentimiento profundo, profundísimo, de toda la raza germánica con Roma, sólo necesita motivos ú ocasiones para abiertamente manifestarse. Ozanam decia que Baviera conservó más tiempo el Catolicismo que el resto de Alemania, porque Baviera recibió el Catolicismo por la predicacion, en tanto que Prusia perdió el Catolicismo porque Prusia recibió el Catolicismo de la fuerza. Sin embargo, algun disentimiento más profundo debe haber, ya por la complecion, ya por la historia, entre los pueblos germanos y los pueblos latinos, cuando este gran cisma se abre para separar aun la parte más ortodoxa en la Confederacion germanica de la Iglesia madre, de la Iglesia centro, de Roma. El Gobierno bávaro, está muy lejos de

oponer resistencia alguna al desarrollo constitucional de Baviera. El Gobierno dice que él reconoce los mismos derechos constitucionales á los eclesiásticos creyentes y á los eclesiásticos no creyentes en el dogma de la infalibilidad. El Papa truena desde el Vaticano contra esta heterodoxa igualdad y predica que son poderes protervos los poderes capaces de olvidar la obediencia debida á la autoridad del Supremo Concilio Vaticano, que declaró su infalibilidad. Los obispos sostienen al Papa en este combate por la unidad de la Iglesia. El obispo de Ratisbona ha publicado una pastoral, diciendo que la flor de la Iglesia está en la Orden de los jesuitas, base firmísima del trono y los altares. El arzobispo de Munich ha hecho hace pocos dias una peregrinacion religiosa, en la cual excomulga y depone de sus cargos á los sacerdotes refractarios. Mas en el bajo clero hay muchos enemigos de la infalibilidad. El cura de Hoseman se cuenta entre los castigados, entre los heridos por los vibrantes rayos del prelado. Mas el cura ha respondido por la siguiente protesta: «Quiero permanecer siendo miembro de la Iglesia católica, tal como existia antes del 18 de Julio de 1870; mas



no quiero pertenecer á la nueva Iglesia papal, dañosa para las conciencias y para los Estados, obra de los jesuitas dominadores, y delante de esta excomunión, que estimo injusta y como si no hubiera sucedido, apelo del hombre falible al Dios infalible y á la persona de Cristo.»

Pero todavía ha sucedido escena más dramática. Hallábase el arzobispo en uno de los pueblos bávaros que confinan con el Tyrol. Pertenece el cura de este pueblo á la antigua comunión católica que rechaza el nuevo dogma de la infalibilidad. El arzobispo, solemnemente, en el templo mismo, excomulga al cura llamado Bernard. El estupor de los fieles era grande. El cura sube al púlpito, despliega un papel, y lee solemnemente protesta contra la excomunión arzobispal. Apenas la ha leído, cuando los gritos comprimidos por el temor y el respeto en el pecho de los fieles, aclaman al párroco protestante por fiel modelo de los justos exaltados en el Evangelio.

Todas estas cuestiones traen perturbada á Alemania y todas estas perturbaciones han de tener inmensas y trascendentales consecuencias á toda Europa.

## CAPITULO XXII.

### PROGRESOS DEL TRABAJO Y RETROCESOS DE LA TEOCRACIA.

El movimiento progresivo de la humanidad, que no puede impedirse por ningún esfuerzo, que no puede evitarse por ningún poder, requiere que así como en política hemos llegado á la libertad, lleguemos en la esfera económica á la completa emancipación de los pueblos. Todavía estamos en período de combate. Todavía las reformas sociales vienen á ser como embrionarias. Todavía hay resistencias casi invencibles á la emancipación. Pero el reconocimiento de la propiedad completa, absoluta, que tiene individualmente el trabajador sobre su trabajo; el reconocimiento del derecho completo,



absoluto, que tienen colectivamente los trabajadores para asociarse y mejorar el producto de su trabajo, indican bien á las claras que nos encontramos en vísperas de llegar á pactar entre la propiedad y el trabajo, verdaderamente redentores para las clases más oprimidas y más pobres. El período de las huelgas es como el monte Aventino en la antigua Roma, período de contradicción y de combate. Mas el período que viene, será período de armonía. Antes las huelgas aterraban; ahora pasan como un fenómeno económico más, que viene á mejorar en definitiva el estado social de los trabajadores, aunque momentáneamente lo agrave y lo empeore. Y la prueba de que lo mejora está en que la huelga de los albañiles en Londres, se ha concluido con un arreglo favorable á las pretensiones de estos jornaleros, y la huelga general de trabajadores con motivo de las concesiones hechas por la ley á todos los obreros del Estado, ha concluido disminuyendo las horas de trabajo y aumentando los rendimientos del salario. Ahora se anuncia una huelga general de los campesinos ingleses, que no podrá menos de llevar algunos cambios á la propiedad bri-

tánica, tan inmóvil, y en cuya inmovilidad se funda el Gobierno de aquella aristocracia. Ciego estará, ciego sin remedio, aquel que no vea la transformación en todos sentidos y en todas direcciones que experimenta la sociedad presente, esta sociedad contra cuyo progreso se han tristemente conjurado tantas y tan poderosas clases.

¿No es uno de los mayores cambios el cambio religioso? ¿No se ve, no se toca materialmente que á la muerte del Papa el Catolicismo ha de transformarse? Como quiera que el Sacro Colegio vive en alturas inaccesibles á nosotros los mortales, no podemos advertir bien cómo el oxígeno de las ideas liberales penetra en su seno y lo oxida. Es lo cierto que dentro de la curia romana hay una mitad casi de cardenales dispuestos á transigir con la Italia moderna en cuanto muera el último representante de la Italia antigua. Y el día que esto suceda, el Catolicismo tendrá que sufrir una transformación como la sufren por necesidad inevitable todas las ideas y todas las instituciones humanas en el continuo movimiento social. Hace pocos días que el Papa se encontró mal, muy mal, á consecuencia de fuerte indigestión.



Los médicos dicen que el día no lejano en que la ascendente hinchazon de las piernas penetre en las entrañas, morirá el Papa. Los que más le conocen aseguran que, á pesar de haber pasado su vida entre ataques de epilepsia, tiene robustez tan grande como la robustez de su hermano el conde Mastay, que pasa de los noventa y cinco años, vi- viendo todavía vida sana y fuerte. La muerte de Pio IX será una fecha de gran trascen- dencia, así en la vida política como en la vida religiosa del mundo católico. Y ya que hablo del mundo católico, permitidme cer- rar esta seccion con una noticia literaria, con la noticia de haberse publicado las obras del Padre Jacinto, precedidas de una carta, en la cual declara que no está arrepentido de haber abrazado el sacerdocio, sino antes resuelto á sostenerlo y practicarlo, como un deber sagrado de conciencia y un ministe- rio divino del espíritu. Engañase el Padre Jacinto por completo en esta determinacion. Al salir del seno de la Iglesia católica ha salido del seno de toda Iglesia, y donde qui- zá podrá quedarse, será á la sombra de un cristianismo racionalista.

## CAPITULO XXIII.

### LA LIBERTAD DEL PENSAMIENTO EN FRANCIA.

Francia por su posicion en el mundo, y París por su posicion en Francia, ejercen una influencia única en los destinos huma- nos. Puede decirse que la civilizacion se halla dividida en dos grandes hemisferios. El hemisferio de la filosofia, del arte, de la historia, es Europa; y el hemisferio de la libertad, de la democracia, del porvenir, es América. Y así como en el hemisferio moral que forma el espíritu americano, llevan la voz los anglo-sajones, en el hemisferio mo- ral que forma el espíritu europeo, llevan la voz los franceses. Geográficamente, somos todos los pueblos más importantes sus veci-



nos. Italia les envia sus cánticos por encima de los Alpes, como España sus recuerdos por encima de los Pirineos. El canal de la Mancha y el celeste Rhin son dos arterias por donde se difunden expansivamente en Francia las ideas de Alemania y los productos de Inglaterra. Cuando los pueblos quieren buscar un centro, citarse á una capital cosmopolita, buscan á París, como cuando los gobiernos quieren cambiar sus notas, comunicarse sus ideas, usan el francés. Hace un siglo además que Francia, poseida del genio de la revolucion moderna, piensa por todos, habla por todos, trabaja por todos en la sublime obra de regenerar al mundo. Sus victorias han sido nuestras victorias; sus desfallecimientos, nuestros desfallecimientos; sus derrotas, nuestras derrotas. Con Mirabeau subió las gradas de la tribuna el pensamiento emancipado; con Danton estalló la fuerza revolucionaria en el mundo; con la Asamblea legislativa se divulgaron los principios del derecho humano en la conciencia; con la Convencion peleamos todos los oprimidos contra todos los opresores, y con la Marsellesa cantamos en todos los horizontes del mundo nuestras victorias los republicanos,

como cantan los católicos su fé en todas las iglesias con el símbolo de Nicea.

Pero notad un fenómeno que ha herido mi atencion muchas veces. En apariencia no hay nacion más una en su carácter, ni más uniforme en sus leyes, que la nacion francesa. Pero en realidad hay dos Francias, como en Voltaire, su genio por excelencia, hay dos hombres. Hay la Francia, que escribe la Enciclopedia, y la Francia que asiste á las cenas de Luis XV; la Francia que entra en la Constituyente con aquel decálogo del derecho moderno en las manos, y la Francia que corre á la Vendée y á la emigracion para pedir cadenas á las bayonetas de los reyes y á las preocupaciones de los pueblos; la Francia de la noche del 4 de Agosto, y la Francia de la tarde del 18 de Brumario; la Francia que llamó á las naciones con sus tribunos á la libertad, y la Francia que quiso con sus soldados suprimir las naciones por la conquista.

De la primera Francia somos todos. En brazos de la nacion que promulgaba el dogma humanitario de la fraternidad humana, todos nos lanzamos. A quien hemos combatido, á quien hemos desangrado, á quien



hemos maldecido, es á la Francia atada como una esclava á la cola de caballo de Napoleon y conducida por el mundo de campo en campo de batalla para suprimir, en nombre de su esclavitud, la independencia y la libertad de los demás pueblos. La gloria de Francia no está en las batallas de sus ejércitos, sino en los discursos de sus tribunos; no está en las águilas de sus legiones, sino en las ideas de sus filósofos; no está en el Arco de triunfo donde se halla esculpida la muerte, sino en la declaracion de los derechos humanos, donde se halla esculpida la libertad. Cuando Francia quiera ser conquistadora, como durante el primer Imperio, todos los pueblos somos sus enemigos. Cuando Francia propaga las grandes ideas, como en tiempo de la República, todos los pueblos queremos ser sus hermanos. En nuestra misma patria, los fuertes montañeses, que sólo tuvieron hierro para las huestes de Napoleon, coronaron con las ramas del árbol de Guernica las armas de las legiones de la República.

Por eso deseo yo tan vivamente que este país penetre de nuevo en las vías de la libertad. El ensayo que ahora se verifica en uno

de los más trascendentales puntos que puede tocar el entendimiento humano ¡ah! no me alienta mucho en mis esperanzas. Se discute hace un mes la ley que regula y ordena la publicacion del pensamiento. La humanidad tiene bien raras preocupaciones; se burla en toda la sucesion de los siglos y se burlará siempre de aquel déspota persa que azotaba el mar cuando el mar se ensoberbecia en la tormenta; y asiste impasible al espectáculo de una Asamblea que azota otro mar más profundo y más grande y más tempestuoso, cuyo fondo es infinito, cuyas riberas son la eternidad, el mar del pensamiento.

¡Qué error tan grave! Ni la cicuta, ni la cruz, ni la Inquisicion pudieron detener el pensamiento. ¿Y lo detendria una ley hipócrita? No conseguirá el censo lo que no ha conseguido el verdugo. No conseguirá el hombre lo que no ha conseguido la hoguera. El pensamiento es invencible siempre; pero lo es mucho más, incalculablemente más, desde que tiene la fortaleza de la prensa. Si la palabra de Sócrates confiada al viento y recogida por unos pocos discípulos no se ha perdido, ménos se perderá la pala-



bra que fija la imprenta en sus tipos inmortales.

Por eso me parece tiempo perdido el tiempo que se gasta en buscar la mejor penalidad para la prensa. La extrema izquierda de la Asamblea no ha estado en discusión tan grave á la altura de su ministerio. Ha debido comenzar por decir que el pensamiento humano es irresponsable ante la ley, concluyendo por rechazar toda penalidad que lo castigue ó lo cohiba. El pensamiento yerra; pero el castigo del error es la verdad. El publicista puede mojar en el lodo la pluma que debía mojar en el éther; pero su penalidad debe ser la reprobación pública, el grito de la conciencia, el aislamiento en que lo deje la opinión, la pena moral que castigue una falta moral.

De suerte que hace un mes que anda la Asamblea francesa discutiendo, ensayando, y aún no ha podido encontrar fórmulas satisfactorias que compendien una ley aceptable contra el pensamiento humano. Y no las encontrará, porque si la ley del universo es la atracción, la ley del espíritu es la libertad.

Y al través de esa inmensa red en la

cual hay penas personales, penas pecuniarías, suspensión del periódico, supresión definitiva, timbre, depósito; á través de toda esa inmensa red se escapará siempre como un vapor el pensamiento humano.





## CAPITULO XXIV.

### EL PAPA Y EL CONCILIO ECUMENICO.

Una cuestión ciertamente grave agita á pueblos que bajo el aspecto político parecen tranquilos. El Papa promulgó su propia infalibilidad sin contar con dos facultades verdaderamente excepcionales de nuestro siglo: la facultad del exámen filosófico é individual de todos los principios; la facultad del exámen, que con igual derecho, pero con mayor fuerza se arroga la opinion pública. No bastaba que el Papa propusiera las cuestiones y que el Concilio las votara despues de poca discusion y bajo el peso de muchas amenazas; oposicion debia haber en el Concilio como en todas las asambleas humanas, porque la oposicion es el carácter de la inte-





## CAPITULO XXIV.

### EL PAPA Y EL CONCILIO ECUMENICO.

Una cuestión ciertamente grave agita á pueblos que bajo el aspecto político parecen tranquilos. El Papa promulgó su propia infalibilidad sin contar con dos facultades verdaderamente excepcionales de nuestro siglo: la facultad del exámen filosófico é individual de todos los principios; la facultad del exámen, que con igual derecho, pero con mayor fuerza se arroga la opinion pública. No bastaba que el Papa propusiera las cuestiones y que el Concilio las votara despues de poca discusion y bajo el peso de muchas amenazas; oposicion debia haber en el Concilio como en todas las asambleas humanas, porque la oposicion es el carácter de la inte-



ligencia, el ritmo del pensamiento, y de esta oposicion tarde ó temprano resultaria el gérmen de una nueva Iglesia. Los ultramontanos carecieron por completo del instinto de la propia conservacion citando el Concilio Ecuménico. Hacia mucho tiempo que la Iglesia presentaba como uno de sus títulos á institucion sobrenatural y divina la unidad milagrosa de dogma, la uniformidad de conducta, la igualdad fundamental de tendencias entre todos sus obispos. Esta conformidad, que para las almas elevadas, para aquellas que conocen las leyes de la vida y saben el combate continuo por la vida engendrado, era signo de vejez y decadencia; para las gentes superficiales y vulgares, asustadas de tantos debates y oposiciones como á cada paso en nuestro siglo estallan, convirtiendo sus conciencias en una verdadera tempestad, era signo de una paz profunda, de una seguridad completa, solo concedida en la grande agitacion de nuestro siglo á la Iglesia que ha echado el áncora de la fé en los mares de lo infinito á donde jamás alcanzarán los turbios vapores de nuestra baja atmósfera.

Para cuantos contemplaban con mirar

séreno y elevado el espectáculo que ofrecia la Iglesia, esta unidad, esta uniformidad, tan celebradas, eran solo aparentes. Habia en su seno porfiada batalla. Unos, sectarios de la escuela jesuítica, querian la Iglesia, no ya inmóvil, sino reaccionaria, dada al absolutismo personal de los Pontífices, con la Inquisicion y la excomunion por instrumento, el anatema siempre lanzado sobre nuestro tiempo y vueltos los ojos extáticos á los tiempos de Hildebrando: mientras que otros, sectarios de la escuela liberal, querian volver á la Iglesia aquel espíritu evangélico que fué como el aroma de sus primeros años; aquella ardiente caridad por los débiles y por los oprimidos que centellea en el Sermon de la montaña; y aquella armonía entre la razon y la fé, entre la conciencia y la ciencia que engendró los Padres de la Iglesia en los cinco primeros siglos y contribuyó á la definicion y á la extension del dogma cristiano que ha alimentado con sus ideas y con sus esperanzas por tantos siglos el corazón y la inteligencia del hombre en todo el mundo civilizado.

Aparte de esta division trascendentalísima, en cada Iglesia nacional habia ten-



dencias de apego á su espíritu independiente, á sus tradiciones patrias, á su historia; tendencias conocidas con el genérico nombre de galicanas, y que se oponían con tenacidad, invocando, si no un dogma de mayor pureza, una disciplina de mayor fuerza, al romanismo exagerado, cuya exclusiva autoridad, cuya soberbia omnipotencia, acababa con esa variedad riquísima bajo la unidad necesaria que dá múltiples formas, organismos maravillosos á la vida, así en el universo material como en ese otro universo no ménos grande y no ménos maravilloso, en ese otro universo moral que se llaman las humanas sociedades.

Parapetándose la Iglesia romana tras el incremento grandísimo tomado por el racionalismo y por la democracia, exigía en estos tiempos de duda, de crítica, ciega sumisión y obediencia á la autoridad pontificia para salvar la fé religiosa de tan deshecho naufragio, y elevarla en el centro del mundo, en la Ciudad histórica de los prestigios infinitos, en Roma, el ideal de toda la civilización como lo fuera en los principales siglos de la Edad media. El Papa, pues, habíase acogido al principio religioso é histórico

de los jesuitas, á la prepotencia de una Iglesia sobre todas las iglesias, de un obispo sobre todos los obispos, al absolutismo eclesiástico. Grande reaccion era esta, cuando la Iglesia misma, en el siglo décimo octavo, habia radicalmente abolido la Orden de los jesuitas. Los disidentes la sentían, la reconocían, pero callaban. Necesitábase todo el carácter de Lammennais para dejar la Iglesia, para abandonarla á sus errores; ó toda la inquieta actividad del Padre Jacinto para alzarse con luterana irreverencia y darle en rostro con su espíritu reaccionario y asiático.

Horrible y público anatema caía sobre todos estos descarriados. Pero en secreto, y á hurtadillas no caían menores ni ménos graves anatemas sobre los obispos que guardaban culto profundo y especialísimo á las tradiciones de su Iglesia nacional. Jamás perdonó el Papa al desgraciado arzobispo de París su galicanismo. Jamás agradeció los eminentísimos servicios prestados á la Iglesia católica por el obispo de Orleans; porque á su celo, á su elocuencia, á su fé vehemente, á su incansable actividad, unía principios liberales, tendencias galicanas que han



pasado á ser la abominacion de las abominaciones en la Roma pontificia. El Pontificado no era ya más que la cabeza del jesuitismo. Deplorábanlo todos los obispos de alguna prevision pero se resignaban tristemente. El Papa se valia de esta resignacion para concluir y perfeccionar su omnipotencia. Sin Concilio ecuménico, sin reunion de la Iglesia universal, convirtiendo el Episcopado, el Cuerpo legislativo del Catolicismo, en Cuerpo meramente consultivo, declara dogma de fé la Purísima Concepcion de María. En el siglo de la razon aumenta los misterios; en el siglo de la democracia y de la igualdad aumenta los privilegios. Los obispos previsores lo deploran, pero se resignan tristemente. Y el Papa continúa la obra de constituir su omnipotencia. Y continuando en esta obra se le ocurre convertir sus ideas en artículo de fé, sus palabras en Evangelio, su trono en vistoso emperio, su persona en Dios, su autoridad en autoridad sobrehumana é infalible. Alármense universalmente los obispos, y temen que este nuevo atentado á la razon humana se consume sin reunir la Iglesia católica. El Papa ha pensado en ello, pero á su divinidad se le ha ocurrido un escrú-

pulo, extraño en quien está sobre las conveniencias sociales y las flaquezas humanas; se le ha ocurrido el escrúpulo de que es cosa fuerte declararse un hombre á sí mismo exento de error, y elevado á la altísima categoría de los dioses. Y solo por escrúpulos de pura delicadeza vióse reunido el Concilio que el siglo primero convocó para abrir las puertas eternas de la Iglesia, segun las ideas de San Pablo, á todas las gentes; y que convocó el siglo cuarto para proclamar la trinidad y definir la naturaleza del Verbo.

La division estalló. El director del movimiento católico en la Gran Bretaña; el decano de la facultad de Teología en la universidad de Munich que peleára con los racionalistas y los protestantes; el obispo eslavo, prodigio de sabiduria y de elocuencia, que sustentaba los fueros de la Iglesia en las orillas del Adriático y del Danubio contra todas las innovaciones religiosas del Austria; el prelado de Orleans, una de las glorias más puras, una de las reputaciones más sólidas en la Iglesia moderna; el prelado de Paris á quien su posicion excepcional, como primer capellan del César francés, protector de la independencia política del Pontífice,



daban excepcionales títulos; el arzobispo de Bolonia, amado del Papa por su ciencia y por sus virtudes, oponíanse á la proclamacion del dogma de la Infalibilidad, y anunciaban á una entre los ahullidos de los ultramontanos y las protestas de los jesuitas, que semejante declaracion seria un nuevo incentivo á los progresos del racionalismo y el gérmen de un nuevo cisma en el desgarrado seno de la Iglesia.

Pero el Papa, que un tiempo aspiró á la fama de ser el más liberal entre los Pontífices, hoy aspira á la fama de ser el más absoluto, el más autoritario, y recabó la declaracion de su propia infalibilidad. Grande imprevision. Se desavino de los obispos más influyentes; arrojó la division religiosa entre las Iglesias más sólidas; apenó los ánimos de mayor piedad y virtud; cuando el conflicto europeo venia, cuando la guerra universal relampagueaba, cuando Italia marinosamente se preparaba á recoger del polvo en los campos de batalla su capitalidad por tantas generaciones suspirada, cuando iba á ser el dogma de la infalibilidad proclamado entre el tronar de los cañones, el crugir de las ruinas y el prolongado ¡ay! de milla-

res de víctimas, entre las cuales se encontraría como perdida bajo montones de muertos su propia autoridad política con recóndita satisfaccion de los piadosos profetas de la catástrofe, y ante la indiferencia del mundo civilizado, apenas advertido de aquel nuevo fragmento de la antigua sociedad, desplomado porque absorbía todo su ánimo el espectáculo de la tragedia sin ejemplo en los fastos de nuestra historia, en que dos pueblos hermanos renovaban la sangrienta fábula de Eteocles y Polinice, dándose mútua muerte sólo por respirar mejor y con una frontera latísima á las orillas del Rhin.

No cabe dudarlo, no cabe. Si dentro de la Iglesia europea, si dentro de las diversas comuniones cristianas la caida del Papa no ha suscitado el horror que suscitó en 1848, débese principalísimamente al dogma de la infalibilidad. Cuando el Papa se declaraba rey prisionero, las diversas naciones del mundo trataban lo que debian hacer ante el Pontífice infalible. Esta cuestion embarga más principalmente aquellos pueblos viriles, para quienes Dios, el espíritu, la inmortalidad, la providencia, no son cuestiones baladíes, ni juegos de niños; aquellos pue-



bles, para quienes la indiferencia es el peor de los estados, porque la indiferencia es la muerte moral, y creen y piensan que aún hay vida en las ideas, y aún hay gloria en pelear, en trabajar, en morir por la causa de las ideas, que abren horizontes infinitos á la actividad humana.

En Suiza el movimiento anti-infalibilista, como le llaman los alemanes, se ha agravado mucho durante los últimos meses. Allí las escuelas católicas tienen grande é intenso fanatismo. Recuerdo haber leído en el libro que servia de texto á los seminarios de algunos cantones para enseñar la historia universal, este lema: *Tiempos modernos: apostasia de los pueblos*. Y despues de esto venia una condenacion explicita y en conjunto de los tres últimos siglos, de estos tres últimos siglos que han sido los siglos de los descubrimientos, los siglos del arte, los siglos de la ciencia, los siglos de la formulacion del derecho y del advenimiento de las democracias. Algunos creyeron allí al pronto que era una cuestion baladí la de saber si la infalibilidad quedaba vinculada en el Concilio ó era trasmitida al Papa. Pero en cuanto advirtieron que aun reducida á estos

términos la cuestion encerraba, entre larga série de cuestiones, el averiguar si la Iglesia habia de ser gobernada monárquica ó republicanamente, tomaron en el problema esa parte activa que pueden tomar los pueblos republicanos llamados por la naturaleza de sus instituciones á dilucidar con libertad entera todos los asuntos que interesan á las sociedades humanas. Al estudiar asi esta cuestion, hallaron otras cuestiones más altas, hallaron que se trataba de saber si habíamos de tener una religion europea, moral antes que litúrgica, ó espiritualista; ó habíamos de tener una religion grosera, sensualisima, llena de dogmas repugnantes á la razon humana, contrarios al espíritu del siglo, y sobre la cual tronara una especie de Pontífice Lama, semejante al triste mortal prototipo de la soberbia y de la impotencia, que en el Thibet reina sobre pueblos á su vez prototipos de la ignorancia y de la miseria. El ultramontanismo suizo se ha mostrado implacable contra todos aquellos que han querido dar á la religion católica una tendencia espiritualista y anti-jesuítica. Para los ultramontanos suizos el Catolicismo liberal es más abominable que el protestantismo y el



materialismo y el ateismo. Prefieren Renan á Doellinger. Esta grande injusticia ha despertado el celo de los católicos liberales.

Soleure, canton piadoso é inteligentísimo, es la capitalidad verdadera del Catolicismo liberal en Suiza. De allí era Vengi, el gran tribuno de la tolerancia católica, que en las últimas guerras religiosas, cuando sus correligionarios tenían la mecha encendida para ametrallar á los protestantes, lanzóse á impedir esta piadosa inhumanidad, con el crucifijo en las manos y la oracion en los labios, convertidos al cielo sus ojos centelleantes con la inspiracion divina de los mártires. Los ciudadanos del canton de Soleure se opusieron, allá cuando la Santa Alianza se habia apoderado de toda Europa en 1815 y la reaccion habia hecho como retroceder ó pararse en su camino todas las conquistas revolucionarias, á que los jesuitas volvieran, y cuando á pesar de su oposicion los vieron volver, anunciaron que la confederacion estaba rota, como en efecto se rompió en la terrible guerra del Sonderbur, sostenida y alimentada por la intolerancia religiosa.

## CAPITULO XXV.

### LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN ROMA.

Venecia 28 de Junio de 1875.

Amigo mio: Período perturbado ciertamente aquel en que desempeñé, por voto de las Córtes, el cargo de ministro de Estado en el primer ministerio elegido despues de la voluntaria abdicacion de D. Amadeo de Saboya.

Guerra civil en Cuba, guerra civil en Cataluña, guerra civil en el Centro y en el Norte; perturbaciones varias en Málaga, en Barcelona, en Valencia, en Granada; dificultades insuperables en el interior, dificultades más insuperables en el exterior; frutos naturales de aquellas razas que teniendo las cualidades de los tiempos épicos, la audacia,



materialismo y el ateísmo. Prefieren Renan á Doellinger. Esta grande injusticia ha despertado el celo de los católicos liberales.

Soleure, canton piadoso é inteligentísimo, es la capitalidad verdadera del Catolicismo liberal en Suiza. De allí era Vengi, el gran tribuno de la tolerancia católica, que en las últimas guerras religiosas, cuando sus correligionarios tenían la mecha encendida para ametrallar á los protestantes, lanzóse á impedir esta piadosa inhumanidad, con el crucifijo en las manos y la oracion en los labios, convertidos al cielo sus ojos centelleantes con la inspiracion divina de los mártires. Los ciudadanos del canton de Soleure se opusieron, allá cuando la Santa Alianza se habia apoderado de toda Europa en 1815 y la reaccion habia hecho como retroceder ó pararse en su camino todas las conquistas revolucionarias, á que los jesuitas volvieran, y cuando á pesar de su oposicion los vieron volver, anunciaron que la confederacion estaba rota, como en efecto se rompió en la terrible guerra del Sonderbur, sostenida y alimentada por la intolerancia religiosa.

## CAPITULO XXV.

### LA ACADEMIA ESPAÑOLA EN ROMA.

Venecia 28 de Junio de 1875.

Amigo mio: Período perturbado ciertamente aquel en que desempeñé, por voto de las Córtes, el cargo de ministro de Estado en el primer ministerio elegido despues de la voluntaria abdicacion de D. Amadeo de Saboya.

Guerra civil en Cuba, guerra civil en Cataluña, guerra civil en el Centro y en el Norte; perturbaciones varias en Málaga, en Barcelona, en Valencia, en Granada; dificultades insuperables en el interior, dificultades más insuperables en el exterior; frutos naturales de aquellas razas que teniendo las cualidades de los tiempos épicos, la audacia,



el heroísmo, la fé exaltada, el afan del combate, carecen de las cualidades menos espléndidas, pero más fecundas, de los modernos tiempos, la mesura política, la paciencia, el amor á la legalidad, el culto por el trabajo y por el derecho. Muchas, muchísimas eran, repito, las dificultades que nos rodeaban; pero tuvimos tiempo sobrado para convertir los ojos á las ciencias y á las artes. Una Exposición universal se verificó entonces, la Exposición de Viena. En ninguno de los certámenes internacionales ha brillado tanto nuestra patria. Nosotros no preguntamos á las personas que debían representarnos en aquella solemnísima ocasion sus ideas ni su partido; atendimos al lustre de España, á su dignidad y á su nombre. Así elegimos personas tan ajenas á nuestras ideas como el marqués del Duero, el duque de Osuna, el Sr. D. Emilio Santos, y la patria brilló con grande brillo, merced á la severa imparcialidad del Gobierno.

Pues hicimos más: fundamos en Roma una Academia de Bellas Artes. Por esa fundacion, pintores, escultores, músicos, arquitectos, grabadores, todos jóvenes, todos estudiosos, todos exaltados por sus respectivas

vocaciones, trabajan hoy en la Ciudad Eterna y demuestran con el esplendor de sus obras la soberbia originalidad de nuestro genio. Siempre recordaré la primera Asamblea en que se reunieron cuantas personas competentes encerraba Madrid, y se trataron los asuntos estéticos y artísticos en familia, con esa elocuencia cuyo secreto sólo posee nuestra divina lengua. Temíase la fundacion de una Academia en Roma; temíase por recelo de que los jóvenes cayeran en la rutina de amanerada imitacion y en el vicio de falso clasicismo. Pero la gran ciudad se parece al mar, á la vida, al arte, á todo lo grande en que, bajo su unidad de carácter y de espíritu, encierra una infinita variedad, como todo lo verdaderamente humano y hermoso. Aquí las piedras ciclópeas, sobre las cuales alzarán sus brazos al cielo aquellos que establecieron la primera tribu de donde debían surgir la autoridad y el derecho; allá el Panteon y su vestibulo, cuyas bóvedas tienen algo de los horizontes infinitos, y cuyas columnas algo de las selvas gigantes; en este lado el Coliseo, de la elevacion de las montañas y de la gracia y de la ligereza de las joyas, entre las termas de Diocle-



ciano y de Caracalla, parecidas por su grandeza, más que á obras humanas, á obras del fuego creador, y las termas de Tito, pintadas de arabescos encantadores, como cualquier camarín del Renacimiento; por otro lado el Foro, donde podeis ver aún la via Sacra hollada por las ruedas de los carros del vencedor; junto al teatro de Marcelo la colosal columna de Trajano, y junto al obelisco de Cleopatra el monumento de Antonino; en la montaña Palatina tendidos, como los restos de un gran combate, los huesos de la Roma antigua; y en la montaña vaticana, alzándose como una oración universal de las generaciones cristianas, la Basílica de la Roma moderna; en el palacio Farnesio la obra capital de los Carrachios; en el casino Rospigliosi la celeste aurora del Guido Reni; en las quintas de los alrededores legiones de estatuas griegas que revelan todavía los encantos de la belleza griega; en el Capitolio la Vénus, que servirá de eterno modelo á cuantos amen las artes plásticas; en el santuario de los Papas, desde el gimnasia ateniense que se limpia el sudor de su desnudo cuerpo, agitado por las carreras y los juegos, hasta el Apolo del Belvedere que

resplandece en la serenidad inmortal de los antiguos dioses, y las tranquilas figuras de Rafael, llenas de vida, tan semejante á la vida helénica, y sin embargo, absortas en la contemplación de un armonioso ideal, cuyas melodías recogeis de aquellos estáticos ojos, hasta las trágicas figuras de Miguel Angel, sacudidas por el huracán de todas las pasiones y atravesadas por los fulminantes rayos de todos los dolores: por doquier las iglesias marmóreas, los palacios espléndidos, las basílicas cubiertas de jaspes, de mosaicos, de frescos, y las catacumbas envueltas en las tinieblas y empapadas en mares de sangre y de lágrimas; las ruinas coronadas de zarzas, jaramagos, ortigas, y las dos hileras de sepulcros que se extienden por la via Apia hasta los montes Sabinos y hasta las playas marinas con sus columnas destrozadas, sus estatuas caídas, sus inscripciones borrosas, sus piedras desgajadas, sus bajos relieves esparcidos y diseminados, sus montones de huesos y de cenizas, como los restos apocalípticos de un planeta, destruido en los espacios y definitivamente juzgado por la justicia del Eterno.

Ciudad de estos contrastes, de estas tran-



siciones, de esta infinita variedad, ofrece al talento y al estudio tal número de ideas, que no cabe en quien la contemple con elevacion y perseverancia, esa manera artificiosa mal llamada académica, cuya aparente correccion oculta, bajo las formas del arte, la realidad de irremediable decadencia. Luego, entre los pueblos latinos, se distingue el pueblo español por su individualismo, que muchas veces le lleva á la anarquía, y entre los artistas se distingue el artista español por su originalidad, que muchas veces le lleva á la estravagancia. No debemos temer, pues, que nuestro génio se rinda fácilmente al yugo académico, ni se entregue á la servil imitacion. Rivera ha pasado su vida en Italia, entre los pintores de la decadencia, cuando á las severas escuelas de Umbria y de Toscana sucedieron las escuelas eclécticas de Nápoles y de Bolonia; pero el génio español es férvido y audaz y temerario; nuestro inquieto carácter y nuestro hiperbólico valor, han dado á sus cuadros las tintas y los arreboles del espíritu nacional; y sus personajes y sus asuntos pecarán muchas veces de exageracion, pero jamás de esa poquedad y de esa estrechez mezquina en que se mues-

tra la cercanía á la muerte. Cuando Velazquez fué á Italia, la escuela rafaélica habia muerto: el titan de Florencia habia esculpido su Noche sobre el sepulcro de la República, vengándose de los tiranos y dejándoles una posteridad decadente y enfermiza. Ticiano y Pablo Veronés habian pasado con el grande siglo de las ideas y de las inspiraciones; al arte de las ciudades libres sucedia el arte de las córtes mezquinas; y el grande artista pudo perfeccionar su dibujo en la contemplacion de los eternos modelos, sin perder su natural originalidad y su propio génio. Y lo mismo sucedió á Goya. Era contemporáneo de David, que comenzó queriendo ser nacional, francés, y concluyó al entrar en las iglesias de Parma y ver los frescos del Corregio, exclamando que preferia ser italiano. Estudió en Roma: vivió entre los académicos más correctos y más frios de la historia. Y sin embargo, conservó primero el génio nacional, y despues la virtud característica de todo verdadero artista: su propia y libre individualidad. Estos ejemplos bastan á enseñar que los jóvenes españoles no arriesgan nada al pasar á Roma para adquirir esa cultura que es obra siem-



pre del trabajo y del estudio. La nacion española, que en los tiempos antiguos supo crear dentro de la Roma imperial una escuela literaria, y que en los tiempos modernos ha mostrado originalidad tan grande en las tres artes en que es soberana, en el teatro, en la pintura y en la elocuencia, se asimilará las ideas por natural nutricion, y no servirá á señores ajenos, ni cuando aparezca más vencida y más esclava.

Estos y otros muchos pensamientos se dijeron por varios oradores en aquella asamblea, y al cabo se convino unánimemente en la creacion de una Academia. Mis fraternales amigos, los Sres. D. Santiago Soler y D. José Carvajal, que pasaron sucesivamente por el Ministerio de Estado, tuvieron la gloria, el primero de firmar el decreto que instalaba la corporacion, y el segundo de concluir los reglamentos y enviar la juventud que hoy en Roma estudia, mostrando, entre las inquietudes de una situacion cada vez más grave, acendrado amor á las ciencias y á las artes. Yo he visto á los académicos, les he visto en los talleres delante de los modelos, en las iglesias y museos, ora observando los jigantes de la capilla Sixtina, ora repitiendo

y copiando las serenas figuras de las estancias vaticanas; éste en el trabajo de elevar una estatua á Calderon, aquél en el trabajo de repetir los frisos de un templo, ó las volutas de una columna en sus dibujos; el de más acá en los frescos valles, sombreados por las virgilianas hayas, pidiendo luz á los cielos, inspiracion á la naturaleza para animar el arte, y el de más allá encantado ante esas maravillas de color, llamadas las lagunas de San Márco y los cuadros de Venecia, y debo decir que todos han correspondido á las esperanzas en ellos puestas, y todos han mostrado cuán vigorosa y fecunda es la energía española consagrada á la meditacion y al estudio.

El público puede persuadirse por sí mismo de la verdad de este mi juicio con solo visitar la modesta pero fecunda Esposicion de los trabajos de nuestros pensionados, trasladada desde los salones de la embajada española á cargo del ministerio de Estado. Al visitarla, no busque las obras perfectas de grandes consumados maestros. Recuerde que son estudios, ensayos de discípulos y de discípulos de primer año. No vaya á pasarle al público aquello que le pasó á cierto condisci-



pulo mio en la universidad con su maestro de elocuencia. Tratábase de la improvisacion, y queria que improvisáramos allí en seco obras llenas de indignacion y de estro, cual si viniéramos de ver al Macedon como el orador ateniense, ó de encontrarnos con Catilina como el orador romano. Figúrese, le decia el catedrático á mi amigo, por grande esfuerzo de imaginacion, que Vd. en persona en Demóstenes, y el señor, cualquiera de los condiscipulos, Esquines. Usted sabe que le calumnia, que le hiere por la espalda, que cegado de celos y rivalidades oratorias, conspira contra la patria, contra la libertad, contra Vd. mismo, y atiza desde los demagogos hasta los macedones; ¡sus! contra él, encájele una elocuentísima invectiva. El pobre muchacho, que se encontraba en la prosáica cátedra de Madrid y no en la Agora de Atenas; que consideraba al figurado Esquines como un amigo del alma y no como un ser pernicioso; que no podia participar de cóleras sobre las cuales han pasado siglos y siglos, decia cuatro frias vulgaridades con voz desmayada, y sudando de fatiga y de vergüenza entre las carcajadas de todos los alumnos. Y cuando habia concluido la forza-

da arenga, cuyo único mérito era la brevedad, volviase muy sério á él su catedrático, y le arrojaba á boca de jarro esta perogrullada; «pues lo hacia mucho mejor que Vd. el gran Demóstenes.»

No se juzguen, pues, las obras de los pensionados de Roma como obras de sabios maestros, sino de jóvenes discipulos de primer año. Juzgadas así, encontrareis bien pronto su verdadero mérito.

Quien, al ver la Disputa del Sacramento pintada por Rafael en la estancia donde los Papas firmaban los Breves, no sé quede estático ante esa maravillosa perfeccion, que jamás ha sido igualada, renuncie por completo á sentir y comprender el verdadero arte. Ese bellissimo fresco tiene dos partes; la parte superior que pasa en el cielo, y la parte inferior que pasa en la tierra. Yo he seguido en mis peregrinaciones por Italia con religioso culto la genealogia de esa página inmortal génesis de la belleza. He visto las obras del maestro de Rafael, las obras de Perugino, que siendo materialista y ateo, pintaba Santos, y Cristos, y Virgenes, con la austera piedad de un cenobita en demostracion de cómo se impone á la conciencia y á



la fantasía del artista, la fé y el espíritu de su siglo.

He visto en el Baptisterio de Florencia las puertas de Ghiberti que enseñaron á Rafael un dibujo superior á la severa austeridad de su maestro. He visto en el Cármen la luz del nuevo día en los muros animados de ideas inmortales por los hábiles pinceles del Masacio. He visto la sacristía de Sienna, donde compartió Rafael los trabajos del Pinturricchio, y donde contempló por vez primera la armonía griega en el mármoleo grupo de las Tres Gracias, que acaba de ser desenterrado precisamente para señalar aquella hora crítica de la conjuncion del espíritu antiguo con el espíritu moderno en la creadora edad del Renacimiento. He visto luego el primer albor de la Disputa en una obra maestra de Perugia dejado sobre las paredes de antigua capilla. Y he visto la madura, acabada, perfecta obra, en la estancia de Julio II. Pues ese fresco, en su parte inferior, ha sido copiado, una mitad por el Sr. Ferran, y otra mitad por el Sr. Pradilla. ¡Dios mio! ¡Cuán difícil es el repetir aquella sobriedad magistral, aquel candor sublime, aquella delicadeza de expresion, aquella profun-

dad de sentimiento en que descollaba el pintor divino, igual á Fidias, á Homero, á Sófocles, á Platon, á Virgilio, en el arte de revelar con belleza todas las ideas. Mirad la austera majestad del paisaje parecido á los azulados picos de las montañas de Umbria; el blanco altar donde resplandece el Santísimo Sacramento; el cielo trasparente como el cielo de una noche serena en Roma; á un lado, á la derecha, San Agustin, que resumió toda la ciencia cristiana antes de que el mundo romano se acabara de extinguir bajo el diluvio de los bárbaros; San Ambrosio, que luchó con los herejes y con los tiranos; Pedro Lombardo con su larga barba y austera mirada, elevando imperiosamente el brazo á las alturas como para enseñar entre las estrellas del firmamento los dogmas del Cristianismo; Pedro Lombardo, que compendió, al mediar la edad cristiana, los trabajos teológicos precedentes; Juan Díus, célebre por las sutilezas de su argumentacion y la finura de su ingenio; Inocencio III sobre las gradas del altar como sobre las gradas del trono; San Buenaventura con su púrpura resplandeciente como si la hubiera pintado un veneciano; San Anacleto con las señales del



martirio y el místico resplandor de la fé; Santo Tomás como imágen de toda la ciencia, y el Dante como imágen de toda la poesía católica, envuelto el uno en su estameña de monje, y coronado el otro por los laureles del genio; mientras que á la izquierda se agrupan San Gregorio Magno, cuya mirada perdida en el cielo del ideal de su mente se refleja en lo infinito; San Gerónimo reconcentrado sobre sus grandes libros; grupos jóvenes, que, no pudiendo ofrecer los tesoros de ideas presentados por los Padres de la Iglesia, ofrecen el tesoro de sus corazones en religiosa mística adoracion; el Perugino asociado por la piedad de su discípulo á este hosanna inmortal; Rafael mismo, aunque un tanto disfrazado por las vestiduras eclesiásticas, como representante del arte católico; el Bramante, á quien perfecto jóven digno de figurar por su serena hermosura entre las estátuas griegas, le muestra el centro de ese divino misterio, por el cual descende el cielo á la tierra y se eleva la criatura á la esencia incomunicable del Creador.

Cuanto puede decirse en elogio de los dos pensionados que han emprendido el trabajo de copiar este fresco único, es poco por su co-

pia llega á formarse aproximada idea del original. Uno y otro, lo mismo el Sr. Ferran que el Sr. Pradilla, han sabido desceñirse de su propia personalidad y perderse en el espíritu de su modelo. Esta abnegacion, este sacrificio de si mismos no serán inútiles. A los grandes oradores y á los grandes hablistas, á todos cuantos cultivan el estilo, sírvelos de mucho copiar al pié de la letra un discurso de Demóstenes ó de Ciceron, unas páginas de Mendoza ó de Granada. Guichardin, que ha dado á la historia moderna toda la pompa de la historia antigua, seguía constantemente este método: copiaba capítulos enteros de Tito Livio. Lo mismo hacia Petrarca en frente de los modelos clásicos, no solo al escribir en latin, sino tambien al escribir en italiano.

¡Cuánto no servirá á nuestros jóvenes artistas el excelente ejercicio de copiar á los grandes maestros y de adquirir, si no su genio, que es personal é incomunicable, su ciencia y su experiencia! Así habrán ganado mucho y le habrán dejado á la nacion el comienzo de verdadera galeria de copias donde pueda completarse la educacion artistica y adquirirse una idea de los eternos mo-



delos que han realizado el bello ideal sobre la tierra.

Coinciden á veces en la historia del arte dos genios que tienen cualidades contrarias, y que abrazan en estas cualidades toda nuestra naturaleza. De esos genios pareados, los unos representan el lado dulce, melodioso, armónico de la vida; los otros sus tempestades, sus dolores, sus desproporcionadas grandezas. Por ejemplo, Esquilo y Sófoles, Horacio y Virgilio, Velazquez y Murillo, Herrera y Rioja, Beethoven y Mozart, Goethe y Schiller, Víctor Hugo y Lamartine. ¿No diriais que cada uno de ellos tiene cualidades opuestas, y que todos forman como el fondo inmortal del espíritu humano? Pues, no hay dos genios que representen las dos facetas de nuestro sér como el divino Rafael y el sublime Miguel Angel. Todo en éste es nervio, fuerza, grandeza; todo en aquél es gracia, armonía, dulzura, y aunque los dos parecen en contradiccion, son toda el alma humana; como Aristóteles y Platon, que parecen opuestos, vienen á ser al cabo toda la humana ciencia.

El trabajo de los jóvenes académicos no fuera completo si á una copia de Rafael no

acompañára tambien una copia de Miguel Angel. Lo más sublime que ha salido de las manos de este solitario y austero creador en mármoles, es el panteon de Médicis, y en pintura los profetas y las sibilas de la Capilla Sixtina. El mayor de todos los profetas en aquel gigantesco techo, es como en la historia Isaias. Y el Sr. Plasencia ha copiado el Isaias con felicísima entonacion; pero el tamaño escogido es una gran falta, porque le impide dar una idea exacta de las grandiosas cualidades y del singular estilo de su sublime modelo.

Junto á estos estudios en la esfera del arte, hay otros no ménos atendibles en la esfera de las relaciones del arte con la naturaleza. Yo he conocido muchos que viven, como vivimos todos, en la creacion; y que no lo sienten. Por largo tiempo la pintura se redujo á trasladar sobre áureas tablas la humana fisonomía sin tomar ni un soplo al aire, ni una hoja al árbol, ni una flor al prado. Mirad los maestros de Sienna por espacio de dos siglos. Sus maravillosas vírgenes se destacan de un fondo de oro, que parece el fondo luminoso, pero uniforme, de la eternidad antes de la creacion de los mundos. Un



amanecer en que el cielo comienza á formar esa nacarada luz del alba; una noche estrellada y silenciosa; el rielar de la luna en las trémulas ondas, ó el cabrilleo de la estela resplandeciente tras la oscura quilla; los picos nevados en el lejano horizonte y los lagos dormidos en el hondo valle; un torrente que brama y un arroyo que susurra; la puesta del sol entre nubes de encendida púrpura, y los arabescos que los resplandores del mediodía forman en el suelo de los bosques; todas estas grandezas no tienen sentido alguno para quien carece del primero y más natural de los instintos estéticos, del sentimiento de la naturaleza. Pues qué no idearon poetas, y poetas muy grandes, ser cosa más bella que las selvas primitivas de la creación los jardines arbitrarios de la fantasía, en que los árboles se hallaban formados monstruosamente por humanos cuerpos?

¿Hay algo más grande que el monte Blanco en Europa? Es la cúspide real, digámoslo así, de nuestro continente. Pues yo tenía un viejo amigo dotado de excelente vista para atisbar la última hormiga de París, y que en Ginebra jamás vió el monte Blanco, ni siquiera por aquellos días más

claros, cuando el gigante de hielo brilla con más vivo esplendor. Sentir la naturaleza es cosa difícil, después de todo en el arte; y los trabajos al lápiz, á la aguada, al óleo, de los Sres. Morea y Galofre, demuestran que sienten y comprenden la naturaleza en toda su verdad. El primero tiene una sencillez, una espontaneidad, un candor adorables; el segundo una fuerza, una energía, una grandeza verdaderamente artísticas.

Extendíme demasiado, y debo limitarme por no alargar el asunto más allá de los límites de un artículo. Hay otros muchos trabajos que merecen verdadera estima: el busto en gran tamaño de Gonzalo de Córdova, modelado con prolijo estudio por el Sr. Bellver; la medalla de Goya, grabada magistralmente por el Sr. Maurelo; los dibujos y acuarelas del panteón de Agripa, con sabiduría acabados por el Sr. Alvarez; el Moisés de Miguel Angel, dibujado con vigoroso lápiz por el Sr. Pradilla; los estudios del señor Bellver, que merecen toda alabanza; las composiciones líricas del Sr. Chapi, y la grande estatua del Calderon, artísticamente concluida y con esmero modelada hoy en barro por el Sr. Figueras para ser esculpida



mañana en mármol, á fin de ornar con esta efigie de uno de nuestros mayores genios cualquiera de los monumentos de España, tan faltos de estos testimonios de nacional gratitud. Lástima grande que súbita enfermedad de los ojos haya privado al entendido arquitecto Sr. Aguado acabar sus estudios del templo de Tivoli, muy encarecidos por todos aquellos que vieron sus comienzos.

Tantos trabajos son presididos por una grande inteligencia, por un hombre de verdadero mérito y de verdadera vocacion, que juntamente con las inspiraciones de su fantasía y los consumados estudios en su arte, reúne patriotismo y afecto á la juventud, por el ilustre pintor D. José Casado del Alisal, universalmente querido y admirado en Roma. Reciban todos, el director y los alumnos, un testimonio de gratitud que les tributa este profano á las artes, cuyo único título para entrar en su templo, no es ciertamente la facultad de sentir y conocer, sino la facultad de admirar. Lo declaro francamente, yo no he nacido para ejercer el juicio artístico, pero he nacido para ejercer la admiracion. Jamás se la he rogado á todo lo grande, á todo lo bello, á todo lo justo.

Encontrareis en la tierra que vais á recorrer, jóvenes alumnos, y en las artes que vais á cultivar, muchos que os zahieran, pocos que os admiren. No desmayeis por eso. La sociedad tiene, como la naturaleza, sus leyes implacables. Y la sociedad pone junto á cada luminar una sombra, junto á cada genio un enemigo, junto á cada vocacion una espina, para que descontentos los hombres verdaderamente grandes de sí mismos, siempre lleguen por el aguijon de la critica, y hasta por el espoleo de la calumnia, á una verdadera perfeccion. ¿Qué quereis? Así es la tierra y en toda ella la vida se alimenta de la muerte, y la inspiracion del dolor. Vosotros debeis hacer el bien por el bien, y amar el arte por el arte, sin temer la critica de unos, ni esperar el premio de otros. De las inmensas estelas cósmicas, de las gigantescas nebulosas, llueven soles, y de los soles llueven planetas en la inmensidad. De muchas ideas, de muchas inspiraciones, de muchas ciencias, de muchas artes, de mucha luz, saldrá tarde ó temprano una España regenerada y libre. Vosotros, sin quererlo y sin saberlo, sois sus Bautistas y sus Profetas.





## CAPITULO XXVI

### UN FILÁNTRPO INGLÉS.

Grave incidente en el Congreso inglés, durísimas palabras, apasionados apóstrofes, protestas del Gobierno, reprimenda de la presidencia, suspension de un diputado á guisa de escolar, emociones profundas en la Cámara, emociones grandes en la nacion, comentarios por ende en toda la prensa de Europa, que bien pronto serán repetidos y comentados por toda la prensa del mundo. Tratábase muy sosegadamente de los negocios en curso, cuando llega su turno á meditada ley sobre los siniestros marítimos. El ministerio se levanta á pedir que sobre esta ley pase en la órden del dia la relativa á los arriendos agrícolas, y el Congreso conviene en



esta preferencia con el ministerio. Apenas acababa de publicarse tal acuerdo, cuando un diputado se levanta como herido de exhalacion eléctrica, extiende los brazos en actitud trágica sobre la Cámara para maldecirla; abandona su banco y se dirige al centro de la sala, como si buscarse ó persiguiese á un enemigo; y con altas voces y arrebatados ademanes, declara equivaler, en su concepto, aquella resolucion á público asesinato, y los diputados, sus promotores, á miserables asesinos, dignos de recibir duro castigo de la justicia humana en esta vida, y en la otra todo el peso de la divina cólera; y dejando una protesta sobre la mesa del presidente, abandona la Cámara, cual si temiese el contacto de aquellos protervos ó descubriera en los aires el fuego celeste, pronto á consumirlos. La agitacion fué extrema; los diputados heridos vociferaban; el Gobierno, anatematizado, se revolvía en su banco y protestaba; el presidente del Consejo pedia un castigo y el presidente de la Cámara condenaba la exaltada irreverencia con las penas usuales en las tradiciones inglesas. Este Congreso, cuya mayoría es esencialmente conservadora, ha presenciado

ya varios incidentes, notables por su originalidad y por su violencia. Un diputado se propuso, hace poco tiempo, eliminar ciertas antiguallas de los reglamentos, y para la consecucion de su propósito no encontró medio más seguro que demostrar, por una aplicacion rigurosa, la extravagancia de esos contrasentidos históricos. Todos nuestros Códigos fundamentales prescriben la publicidad de las sesiones parlamentarias; pero los usos británicos quieren que la demanda de un solo diputado pueda convertir las sesiones públicas en sesiones secretas. Ya pidió en años anteriores el cumplimiento de esta medida un representante escrupuloso; pero fué en último extremo y por motivos justísimos, al ver que tratándose de ciertos hospitales donde se curan enfermedades que no se pueden escribir, brillaban, al través de las celosías, ciertos tocados resplandecientes de lujo y ciertos rostros femeniles, un poco tocados de rubor y de vergüenza. Mas en una ocasion solemne, tratándose de asuntos políticos, al hablar los primeros oradores, presentes los príncipes de Inglaterra con varios extranjeros distinguidísimos, en la parte más grave de la sesion y á la hora



más crítica, se levanta un diputado, pide que la sala se despeje, y no hay remedio, se despeja la sala, se vacían las tribunas y la Cámara queda en la más profunda soledad y en el más profundo secreto. De aquí voces descompuestas, debates calurosos, quejas del Gobierno al presidente, reconvencciones del presidente al diputado y excusa de este diciéndole á la Representación nacional que reformara sus reglamentos y no tuviera en vigor disposiciones desconocidas en todos los pueblos cultos y ocasionadas á tales conflictos. Pues yo creo al diputado inglés, causante del último escándalo, copiante exacto del proceder de su antecesor. Penetradísimo de que todos sus esfuerzos en pró de una reforma saludable se malograban por escrúpulos de conveniencia parlamentaria, ha herido la fibra inglesa con una sacudida violentísima y con una escena dramática el seno de ese Parlamento, donde se realizan con madurez, cuando se condensan con profundidad, las ideas humanitarias más arraigadas en la conciencia universal, y las reformas políticas más exigidas por la pública opinion. Es verdad que ha corrido una deshecha borrasca parlamentaria; pero también

es verdad que ha alcanzado un prodigioso éxito.

Y la causa que el exaltado representante M. Plimsoll defiende, causa es de toda justicia. La perversión humana llega á los mayores extravíos y excesos. La inmoderada afición al lucro comete horribles crímenes. Hay armadores británicos que á fin de ganar el importe crecidísimo de los seguros marítimos ofrecidos por colosales sociedades, botan al agua y fletan con graves cargas, barcos viejos y podridos, que al menor contratiempo zozobran y sepultan en los abismos del mar tripulaciones numerosas, las cuales dejan á la orilla desamparadas familias, que bien pronto á su vez se hundentristemente en los abismos de la miseria. La libertad de contratación, adorada por los ingleses entre otras libertades necesarias, y las grandes facultades concedidas por sus instituciones al individuo y á su responsabilidad, son causa primera de ese descuido en precaver é impedir atentados de tanta trascendencia. Se necesitan ciertamente unas entrañas tan crueles como las entrañas del negrero, ó una cabeza tan oscura como la cabeza de la foca, para esponer á pobres



marineros, agujoneados por la necesidad, en barcos podridos y casi deshechos, á una muerte cierta. Y se salvarán los infelices de los bajíos, de los escollos, de los témpanos, de las sirtes, de los vientos contrarios, de los huracanes desencadenados, del oleaje embravecido, de la tempestad, de la tormenta, de las trombas con sus espantosas espirales, de la muerte, que abre sus fauces, tanto por los abismos infinitos del cielo, como por los abismos infinitos del mar, y no podrán libertarse del tiburón que los sigue y los acecha, del implacable comerciante que los ha condenado á muerte, para llenar de oro con sus cadáveres las infames cajas donde ha sepultado de antemano el honor y la conciencia. Esto clama al cielo, y el grito lanzado por el fiscal humanitario, hiere las entrañas del género humano y las hace palpar de horror contra el crimen, y de confianza en su castigo y en su remedio. De tres mil barcos fletados en el año anterior, dos terceras partes han zozobrado y han muerto á centenares los marineros. El capitán, cómplice y encubridor, confabulado con los comerciantes y advertido del peligro, se pone en cobro y se salva fácilmente, mientras sus subordi-

nados se ahogan. Los marinos alcanzan esa grandeza de las almas aceradas en el contacto permanente con lo infinito. Conocedores de las asechanzas de los elementos, desconocen la perfidia de los hombres. Ponedlos en lucha con la nube tonante, con las ráfagas del viento desolador, con las amontonadas olas por la tormenta henchidas, y los vereis vencer como héroes ó morir como mártires del trabajo en el más gigantesco y más saludable de todos los combates, en el combate con la naturaleza; pero se estrellarán contra las humanas mezquindades, y caerán pronto en la primera trampa que pongan á sus piés el dolor y la avaricia. Véase por qué salen creyendo no encontrar más peligros que los peligros del mar, y no saben los cándidos que las tablas del buque donde se creen seguros de las olas, son las tablas de su mortaja.

M. Plimsoll ha consagrado su vida á remediar este mal. Sucede con frecuencia en la Gran Bretaña, que un hombre toma á su cargo la defensa de una idea generosa, y por los recursos que ofrecen las libertades públicas, logra vencer todos los obstáculos é impulsar su idea desde la prensa á las pú-



blicas reuniones, desde las reuniones á los comicios, desde los comicios á los Parlamentos, desde los Parlamentos á las leyes. Wilberforce, por ejemplo, atacará la esclavitud y la trata; O'Connell, la servidumbre religiosa y política de los católicos; Cobden, los privilegios económicos de los terratenientes, y la libertad les dará los diversos medios de destruir la injusticia é implantar el derecho. Plimsoll no puede dudar del éxito de sus generosos esfuerzos. La libertad es el aire que todos allí respiran, aire cargado de muchos vapores mefíticos; pero que la razón purifica diariamente con su luz y con su fuego. La tribuna está en su patria muy alta, muy segura, muy respetada, y de la tribuna caerán las ideas saludables que han de trasformarse en leyes obedecidas y sagradas. Si leéis la corta arenga que escribió como protesta al aplazamiento de una reforma indispensable para el próximo invierno, advertireis la mezcla de fe exaltada y perseverancia pacientísima que distingue á los reformadores británicos, y esa confusión de la idea de Dios con la idea de libertad, y del sentimiento religioso con el ideal político que recuerda las oraciones de los an-

tiguos puritanos, y demuestra cómo los derechos más latos se sostienen mejor que en los pueblos mecánicos, donde el Estado ocurre á todo como una Providencia; en estos pueblos individualistas, en que puede oponerse al mal, además de las leyes coercitivas, la reprobación de la conciencia humana y el fallo de un juez inapelable, que levante sobre todos los legisladores los principios de la moral eterna. ¡Cómo se fortalece la idea de una independencia completa en la sociedad y en el universo, bajo la propia responsabilidad, con esa otra idea de la dependencia de Dios, y de la subordinación libre á sus sagradas leyes!

El reformador inglés ha gritado muy alto para llegar á los oídos de un Gobierno muy conservador, y por consecuencia, poco atento al mal y á su remedio, y creído de que Inglaterra ha caminado mucho en los últimos años y necesita sosegado reposo. Yo comprendo que el Gobierno inglés descansa en todo menos en la cuestión de Oriente, la cual crece cada día en amenazas y en peligros. El partido conservador opuso al partido liberal en las últimas elecciones, como cargo incontestable, su indiferencia en los



asuntos internacionales y su alejamiento de la política europea. M. Disraeli escribió una supuesta fantástica batalla en que la indiferente política radical se atribuía hasta la posibilidad del desembarque de un ejército prusiano en el imperio británico nuevamente conquistado por las tribus del Norte. El partido conservador ha reemplazado al partido radical, y la antigua indiferencia continúa en su implacable serenidad. Esto se concibe y se explica en la escuela de Manchester, sistemática amiga de la economía política y sistemática enemiga de la guerra; pero no se concibe ni se explica en los partidos ufanos de descender de los estadistas que con las armas combatieron la revolución francesa y el imperio de Napoleón. Después de Sedan tuvo Inglaterra que ceder ante Rusia en la cuestión del Mar Negro, como después de Richmond tuvo que ceder ante América en la cuestión del *Alabama*. Ahora los mil problemas suscitados en las orillas del Danubio amenazan de muerte al imperio turco. Y las amenazas del imperio turco son también amenazas al imperio británico. No hay quien se interese en la perdurable vida de ese eterno enfermo que afea las riberas

del Bósforo; pero todos debemos interesarnos en su inmediata herencia. Si el anhelado día de un regreso de Constantinopla á la vida europea ha de coincidir con una extensión desmedida del imperio ruso y con un crecimiento del imperio austriaco, para que desequilibrada Europa se sobreponga una nueva Santa Alianza del Norte, amenazadora á la libertad y á la independencia de Occidente, vale más sostener al grande enfermo en su triste y prolongada agonía. Y todo cuanto sucede enseña que algo se trama en Oriente. El príncipe de Rumanía ha convenido en un tratado de comercio con el emperador de Austria, y no ha juzgado necesario ni oportuno pedir vènia ó sanción á Turquía. Por consiguiente, puede darse á Rumanía por una potencia ya independiente hasta de la tutela nominal impuesta por los tratados, cuando el acto que más denota independencia, las relaciones exteriores subordinadas en las confederaciones más latas al centro común, se sostienen y se afirman á espaldas del Sultán. Inglaterra ha presentado algunas tímidas observaciones, apoyadas ligeramente por Francia; pero al ver los tres imperios del Norte resueltos á una mis-



ma política, se ha encerrado en su indiferencia, dejando que se caiga á pedazos Turquía, á pesar de que su existencia está íntimamente ligada á la existencia del imperio británico, más alejado cada día de su antigua preponderancia en los consejos de Europa. Y cuando le han exhortado en la Cámara alta á seguir una política previsora, apercibiéndose contra un mal gravísimo, ha respondido que por ahora, por este minuto de tiempo, no hay peligro. Es verdad: los diputados británicos podrán pasar en paz las próximas vacaciones. Pero ¿y más tarde?

## CAPITULO XXVII.

### EL REFLUJO POLÍTICO.

Situación análoga á la situación de Francia es la situación de España. Tenemos una república, pero en la cual no mandan los republicanos. Han subido al poder los conservadores y han puesto el rumbo ya hacia la Monarquía. Las leyes de la reacción se cumplen con la misma exactitud que las leyes de las revoluciones. En el flujo y reflujo constante de las ideas nosotros nos encontramos ya en la época del reflujo. El mar de las grandes aspiraciones democráticas se ha retirado quizá por nuestras faltas, quizá por nuestros errores; pero lo cierto, lo indudable es que se ha retirado. Nó, no me importan las desgracias de mis ideas. Cuanto más adversos los tiempos, más fijas mis ideas, más



seguro y más profundo mi amor á la trilogía misteriosa que ha constituido el símbolo de mi vida, mi amor á la libertad, á la democracia y á la República.

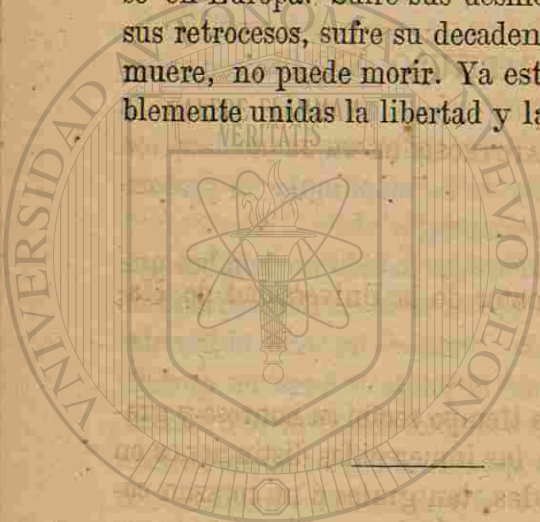
Salimos del poder los republicanos arrojados por los excesos y los errores de la demagogia. Vinieron los partidos radicales y los partidos conservadores á formar un ministerio de conciliacion. Pero el reflujo continuo se ha llevado al partido radical y ha traído los elementos conservadores. En esta nacion de pasiones violentas y de lógica implacable se llega siempre á los extremos. Hay en nuestra inteligencia los mismos contrastes de luz y sombra que hay en nuestro cielo. Nosotros no sabemos vivir en esas tintas dulces de la luz en que viven los pueblos verdaderamente libres y cultos. Nosotros, inmediatamente que planteamos un principio, queremos deducir todas sus consecuencias, hasta las más extremas. Nosotros somos un pueblo de dogmatizantes. Cada español se empeña en imprimir sus ideas particulares en su pueblo. Ahora mandan los monárquicos de la revolucion de Setiembre. No tienen rey á quien dar su trono; pero erigirán ese trono que ha costado ya

una guerra europea, y que nos ha traído la infamia de un rey extranjero. Pero como aquí vamos siempre derechamente á los extremos; como deducimos las últimas consecuencias de todos los principios; como ignoramos el arte de la conciliacion; como somos un pueblo lógico por excelencia, aunque la lógica nos mata, vendrá tras la declaracion de que vamos á la monarquía la persona que debe representarla.

En esta crisis ha habido un hombre que ha mostrado alteza de ideas é integridad de carácter. Este hombre ha sido el general Topete. Desde el punto y hora en que ha iniciado la revolucion fué fidelísimo á la revolucion. El queria de buena fé que entrara la democracia en los estrechos moldes de la Monarquía. Pero desde el punto en que estos moldes se rompieron, el general Topete sirvió de completa buena fé la República, y «quiso conservarla.» Ahora ha visto que la República peligra y se ha quedado entre los republicanos. Así en Francia, como en España, no hay más salvacion que la República. Así en Francia, como en España, los partidos antiguos se empeñan tristemente en matar la República y avivar la Monar-



quía. Pero el espíritu moderno es un espíritu muy vivaz, y el espíritu moderno verdaderamente no puede eclipsarse ni extinguirse en Europa. Sufre sus desmejoras, sufre sus retrocesos, sufre su decadencia; pero no muere, no puede morir. Ya están indisolublemente unidas la libertad y la República.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XXVIII.

### LA APOTEOSIS DE UN GÉNIO.

Señor Rector de la Universidad de Macerata:

A debido tiempo recibí su honrosa y grata carta con las inmerecidas distinciones en ella encerradas, tan gratas á mi corazón como propias de la altísima cultura que guardáis en vuestro científico instituto y difundís en la juventud italiana. Honrar la memoria de un compatriota vuestro, tan ilustre como Alberigo Gentili, impulso es de altísimo patriotismo; asociar representantes de diversas naciones y razas á esta obra, demostración es de que no teneis los nombres inmortales de Italia por exclusivo patrimonio nacional, sino como gloria y ornamento



de todo el género humano. Contad conmigo, pues, para llevar en la medida de mis fuerzas pobre, pero perseverante concurso á vuestro nobilísimo proyecto.

Preclaros servicios ha prestado á la ciencia y á la civilización el ilustre maestro á quien prestais tan ferviente culto. Preservado, merced á la paternal prevision, de las supersticiones en su tiempo extendidas y arraigadas por todas las naciones latinas; enérgico y entero contra la intolerancia católica y contra la intolerancia protestante que desgarraban á Europa; defensor de la inviolabilidad sagrada de la conciencia humana entre el estruendo de las guerras religiosas y las voraces llamas de la Inquisición universal; profeta bajo el derecho divino de esta idea del humano derecho sobre la cual han de fundarse exclusivamente las sociedades modernas en sus futuros progresos; anhelante de sustituir á las competencias guerreras y sangrientas, propias solo de seres inferiores á la racionalidad, por las competencias fecundas del trabajo; fundador de un sistema de relaciones internacionales basado en la justicia; con la adivinación de las ideas de nuestra edad en la mente y el propósito fir-

me de aplicarlas á la vida en la voluntad, el sabio, el maestro, el filósofo á quien que-  
reis honrar, pertenece á todos los pueblos, como pertenecen todos aquellos que entran por sus virtudes, por su genio ó por su ciencia, en las regiones serenas y luminosas de la inmortalidad.

El descubrimiento de la idea del derecho es mucho mayor en gloria y mucho más ventajoso en resultados prácticos que el descubrimiento de las leyes naturales en el Universo. Mediante él, se conoció una mecánica más complicada que la mecánica celeste, se conoció la mecánica social. Desde aquel punto el eterno esclavo se convirtió en ciudadano, á virtud del título por excelencia noble, á virtud del título de hombre. La libertad y la igualdad fueron los dos factores, los dos términos necesarios de la justicia. No pudieron ya las castas encerrar en las sombras de sus tradiciones ó de sus símbolos principios esenciales á la vida humana. Esta idea del derecho, que las gerarquías privilegiadas se arrogaron para fundar su poder; que las teocracias pusieron á la apoteosis cuasi divina de los reyes como en los tiempos del romano imperio; esta idea, oculta en tantos



símbolos y pervertida por tantos errores, encontró sus bases fundamentales, eternas, en la esencia misma del hombre. Así como pasaron muchos siglos antes de buscar el conocimiento de la naturaleza en la experiencia y el conocimiento del espíritu en la razón y el conocimiento de la moral en la conciencia, pasaron muchos siglos de supersticiones y errores antes de fundar el derecho en el hombre y de exigir que la sociedad fuera la encarnación de todo nuestro ser. Pero en el momento en que se encontró este principio, no fué posible la opresión de los débiles por los fuertes, ni el eclipse de la libertad y de la igualdad en el mundo. La semilla que vuestro insigne maestro depositó en la conciencia humana ha germinado y ha producido aquellas instituciones, causa del humano derecho. Yo me glorio de haber en mi vida pública pertenecido á la gloriosa Asamblea que rompió para siempre la intolerancia católica de mi patria y proclamó el derecho en cada hombre de expresar su pensamiento según el dictado de su razón y de profesar la religión de su conciencia. En aquella memorable congregación de legisladores, nombrados en medio del orden más completo y

de la libertad más amplia por el sufragio universal, consagramos con los derechos fundamentales humanos el mayor y más sublime, la libertad del pensamiento, y con ella la libertad religiosa. Así aquella Asamblea se levantará siempre en la memoria del género humano y en la gratitud de los pueblos como una de esas estrellas cuya luz alcanza á todos los horizontes.

Y á pesar de las dificultades que hoy nos rodean, su obra durará y prevalecerá. Imagináos con qué profundo reconocimiento aceptaré la ocasión que me deparais de honrar á uno de los más ilustres y más grandes entre los defensores de la libertad religiosa en el mundo. Contad, pues, conmigo para secundar vuestros esfuerzos y ponen mi humilde nombre entre tantos y tan ilustres de todas las naciones como cooperan á la realización de vuestro pensamiento.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CAPITULO XXIX.

### ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ITALIA.

En los últimos tiempos ha debido Italia su resurrección á las grandes simpatías que despertara en toda Europa, no sólo por su antigua historia, sino por haber sido como la nueva Grecia, que ha cincelado en la historia moderna las artes plásticas. Ninguna de las naciones tan bella. Estendida entre el mundo oriental y el mundo occidental europeo; bordada por el Mediterráneo que parece hermosearse al besar con sus espumas estas escultóricas costas; ceñida al Norte por los Alpes, que le envían desde sus cristalinas urnas de hielo fecundantes rios de flores y de frutos; poblada con un museo de templos, de estatuas, de cuadros, que en-



señarán eternamente á los artistas las inspiraciones del génio y los escritos de la fama;alzada sobre un pedestal de antiguas ruinas que la envuelven, como la divinidad de la hermosura, en nubes de poesia; con su historia gloriosísima, que ha dominado el mundo, primero por sus Cónsules, despues por sus Césares y últimamente por sus Papas; con sus legiones de genios que la rodean como un coro de ángeles; con su música inspirada y tierna que endulza todos los dolores y despierta todos los encantos del alma; con sus ciudades que parecen misteriosas musas apoyadas sobre aras de mármol; con todos sus prestigios, Italia se ha atraído la admiracion del mundo, y la admiracion del mundo ha roto sus cadenas, yendo hasta los pueblos extranjeros á morir por ella como si fueran á una fiesta, seguros de recoger los laureles de la inmortalidad en su bendito suelo consagrado por la gloria. Pero en Italia no se desmiente la ley más pasmosa de la naturaleza; la ley de la relacion entre las aptitudes y los destinos de los pueblos. En el mundo animal cada sér tiene órganos en proporcion con el ministerio que han de desempeñar en la creacion. Y en el mundo

moral no se pueden tener ciertas facultades, ciertas aptitudes, sino á costa de otras facultades y otras aptitudes. Italia tiene la inspiracion de las artes, pero no tiene el cálculo de la economia. Esta nacion es como los poetas, muy poco sabedora de los medios de procurarse dinero, y cuando se lo ha procurado muy poco apta para guardarlo. Así es, que el don de la inspiracion no lo posee sino á costa del don del cálculo. ¿Cómo sucede esto? Preguntádselo á la naturaleza, que no ha querido dar al ruiseñor el vuelo y la fuerza del águila. Los nervios de los grandes artistas son como las cuerdas de las arpas, vibrantes y frágiles. La poética Italia, á pesar de las riquezas allegadas con la desamortizacion, se encuentra económicamente muy pobre y muy atrasada. Yo comprendo bien que habiendo tenido en pocos años dos guerras, y un ejército numeroso en frente del amenazador cuadrilátero, y una herencia de las múltiples deudas legadas por las provincias que se le han anexionado, y la necesidad de gravosos empréstitos, se halle arruinada y empobrecida, porque no se pueden alcanzar los bienes últimamente alcanzados por Italia, los bienes de arrojar los ex-



tranjeros y los tiranuelos, sino á costa de grandes sacrificios. Pero fuerza es decir que está muy mal administrada y económicamente muy mal regida. La red de sus impuestos me parece pesadísima y confusa, el número de ellos extraordinario, la percepción gravosa. Y ya algunos de ellos decretados, no se perciben ó se retiran, como el impuesto sobre la riqueza móvil. El mismo que ahora se discute, el impuesto sobre el *macinato*, sobre la molienda, que diríamos nosotros, me parece un impuesto altamente impopular, porque devora materialmente el pan del pobre. Como decía con razón uno de los primeros pensadores de Italia: hoy poneis contribucion sobre el trigo cuando está sembrado, sobre el trigo cuando está molido. ¿Quién nos asegura que mañana no pondreis una contribucion sobre el trigo cuando lo estamos mascando? Además, el Gobierno muestra tendencias muy perjudiciales á la libertad italiana; desconfianza de los partidos avanzados que fueron los emancipadores; ataques á la libertad de pensamiento y á la libertad de enseñanza; complacencias serviles con Francia y con Roma, con esa Roma que tiene dividida á Italia, con esa Roma que

es como aguda espina clavada en el corazón de la nacionalidad italiana. Todo esto explica los disturbios últimamente ocurridos en Bolonia y el descontento general de la península. Hasta en política exterior no sabe qué hacer el Gobierno italiano, incierto entre Francia que le ha conquistado la Lombardia y Prusia que le ha conquistado el Véneto. El matrimonio del príncipe real es muy popular, porque su esposa pertenece á la casa de Saboya; pero es muy impopular ese cúmulo de ceremonias bizantinas y de fiestas feudales con que se ha rodeado una corte en tal acto, como si la corte de Italia quisiera olvidar que representa solamente la soberanía del país y que debe solamente su origen á un plebiscito. En cambio, me parece que las promesas meridionales se hallan definitivamente unidas á la causa de la libertad, y que en medio de la apariencia de ligereza que da á todos sus hijos el carácter indolente y la rara locuacidad que son ya en el mundo proverbiales, hay grande culto á la patria italiana, cuya formación ha sido el milagro de nuestro tiempo.





## CAPÍTULO XXX.

### EL IMPERIO Y EL PONTIFICADO.

La guerra ha suscitado dificultades á Prusia al par de grandes ventajas, y la fundación del Imperio germánico las mismas ventajas, pero también las mismas dificultades. La cuestión religiosa es allí una cuestión candente. Los diputados católicos no dejan de clamar contra los imperios que han salido de la revolución y dejan abandonado al Papa en la triste hora de su destronamiento. El canciller del Imperio sostiene que desde la malhadada declaración de la infalibilidad el Papa ha tomado una autoridad extraña, un carácter, no tan temible por lo fuerte como por lo misterioso, que obliga á todas las potestades civiles, á todos los Estados laicos,



si no quieren reproducir espectáculos dignos de la Edad media y sembrar anacrónicas guerras religiosas, á precaverse contra la irrupcion de ese poder que mueve ejércitos de sacerdotes y enjambres de fieles, sin abandonar nunca el criterio ambicioso de los grandes Papas, ni aprender en la experiencia la imposibilidad de un dominio eminente sobre todas las potestades de la tierra. Y esto es verdad. La declaracion de la autoridad infalible del Papa ha sido una de las mayores demencias que podian trastornar la Iglesia en el presente siglo. Cuando el Concilio Vaticano acababa de cometer grande atentado á la razon; cuando el eco de sus soberbias palabras aún corria por los aires; cuando de un mortal, siquiera ejerza altísima autoridad, imitando las tristes apoteosis ofrecidas por la adulacion á los antiguos Césares, se hacia un Dios, y á este Dios se le entregaba la facultad suprema de ser sin apelacion el oráculo único de la verdad religiosa y moral, debian todos los poderes precaverse contra ese poder extraño, que solo tiene semejantes allá en los imperios de Asia. Y para enseñanza del mundo, ese poder perdía todas las señales externas de su fuerza, todo el brillo de

su autoridad terrena, la misma Roma, el número eterno de sus inspiraciones, el título principal de su dignidad en el momento mismo en que se declaraba sobrehumano é infalible. Bismarek no deja un punto de combatir las tendencias ultramontanas con estas reflexiones tan tristes para su eclipsada causa. Pero los católicos á su vez no se desconciertan y dirigen al canceller las siguientes soberbias palabras, que á la letra copio de *La Germania*, uno de los primeros órganos del partido católico en Berlin:

«No se equivoquen allá en Wilhemstrasse. Si se quiere la lucha con los católicos, ni los fusiles aguja, ni los fusiles Werder producirán súbitas victorias. Provocarése, al contrario, una resistencia que hubiera sido ventajoso evitar. Los católicos no intentarán una revolucion, pero á medida que sean oprimidos, se perderá fuerza contra la gran potencia, que amenaza aprovecharse de todas las dificultades y de todas las contrariedades de Prusia. Veráse entonces que el Imperio alemán no es tan fuerte como se dice.»

El Imperio alemán es fuerte contra la reacción, fuerte contra las evocaciones de la Edad media, fuerte contra las tramas teo-



cráticas que quieren petrificar la conciencia humana, fuerte contra ese poder inmenso, que ha postrado á los débiles pueblos capaces de obedecer á sus conjuros y de creer en sus sortilegios; por lo que el Imperio alemán puede aparecer débil es por su empeño de resucitar otro ideal antiguo, tan muerto hoy como el ideal que hemos dejado extinguirse en el polvo de las ruinas de Roma.

El Papa ha reunido hace pocos dias el Colegio de cardenales en el Vaticano, su inmenso palacio, que se ha empeñado en llamar su estrecho calabozo. Las palabras del Papa rebosaban una amargura infinita. El hielo del desengaño, más frio aún que el hielo de la muerte, caía sobre su corazón aterido y desolado. No hay, decía, en toda Europa, ni en toda la tierra un poder que nos tienda la mano. Todos, todos nos han abandonado á nuestra soledad y á nuestro desamparo. Los reyes no se acuerdan de que la cruz remata sus coronas. La autoridad civil no sabe que se extinguirá en cuanto le falte el calor de la autoridad religiosa. Nos hemos dirigido á todas partes y hemos encontrado pésames, pero no auxilios. Hemos llamado á las puertas de todos los Estados y

han permanecido cerradas al representante de Dios vivo sobre este oscuro y misero planeta. La grande iniquidad se consume. El Gobierno italiano se instala en nuestros palacios. Víctor Manuel le sigue y se corona rey de Italia en la cima del Capitolio. Los embajadores de las grandes potencias le acompañan. Y mientras tanto el justo, como Cristo en la cruz, devora la hiel y el vinagre que le ofrece su mismo pueblo, desconociéndole y desacatándole sin fe y sin misericordia.

Habrán sido otras las palabras del Papa. Mas no desconozcáis que ha sido ese su pensamiento. Si interrogara la historia; si volviera con espíritu menos soberbio y más humano sus páginas; si oyese el crecimiento de todas las conciencias; si siguiera el curso de las revoluciones al través del tiempo y del espacio; si contemplara desinteresadamente la renovación de esta sociedad por el trabajo, por la industria, por la ciencia, vería que los poderes políticos le abandonan, porque le ha abandonado un elemento más poderoso, una fuerza invisible, pero omnipotente; porque le ha abandonado ese principio á que todos voluntaria ó involuntariamente obe-



decemos, porque le ha abandonado el espíritu del siglo.

Los reaccionarios de toda Europa no quieren convencerse de tan sencilla verdad. En Italia se inventan las más extrañas consejas. Dicen unos que el Rey repugna ir á Roma, porque una gitana le anunció, siendo niño, que moriría en el Quirinal. Así la última noche trascurrida en este palacio la ha pasado en un sillón. Dicen otros que el rey de Prusia tiene una hija paralítica hace muchos años. El alma de la madre de Francisco II, ex-rey de Nápoles, princesa canonizada últimamente por el Papa, se le apareció y le dijo: «anda, anda.» La princesa anduvo, contando á todo el palacio y á su padre aquel gran milagro. Desde entonces Guillermo el Conquistador ha ofrecido reponer en el trono de Nápoles á Francisco II, y en el trono de Roma á Pio IX. Pero mientras el pueblo piadoso y católico se mece en estas consejas, el Rey entra en Roma, los ministros se instalan en sus respectivos palacios, Florencia cede su corona de capital, la voz de la prensa libre resuena en el Capitolio, el Código civil se proclama allí donde naciera la libertad civil, la intolerancia re-

ligiosa pierde su último inmortal seguro, el espíritu del siglo anima las ruinas, y las excomuniones se pierden como un fantasma de otros tiempos en esta maravillosa trasfiguración de la sociedad.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VALENCIA

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

## CAPITULO XXXI.

ESTADO DE EUROPA EN LA PRIMAVERA  
DEL SESENTA Y OCHO.

Resumamos las noticias europeas en la última quincena. Sea cualquiera el sentido que se da á la manifestacion de los trabajadores catalanes, ya se proclame como quieren unos su tendencia socialista, ya como quieren otros neo-católicos encaminada á un poder que se trabajara en una de las fiestas últimamente abolidas, no indica por eso menos el profundo malestar que reina en España. Bien es verdad que el malestar, aunque por otras causas, paréceme general en Europa. Si no tuviéramos otros motivos de zozobra que esa amenaza permanente de guerra que sobre todos pesa, bastaria para sostener



la intranquilidad en los ánimos. Tres personas solamente saben el secreto de los proyectos del emperador de Francia: su primo el príncipe Napoleón, su antiguo ministro Mr. de La Vallette, su amigo de siempre el mariscal Niel. A este debemos, según voz general, que la guerra no haya estallado en la primavera. El grande espectáculo de una nueva carnicería de naciones, se reserva para el otoño, en que las escuadras del Norte comenzarán á sentir los impedimentos de hielo. Se dice que todo está pronto para encuentro tan tremendo. Se supone que el viaje del príncipe de Prusia á Florencia no tiene sólo por objeto asistir á las fiestas del casamiento del príncipe Humberto, sino estrechar la alianza entre ambas naciones, ofreciendo á Italia el remate de su unidad con la adquisición de Roma. Lo cierto es que diariamente se tocan las consecuencias desastrosas que para la nacionalidad italiana tiene el gravísimo estado de Roma. Ese cuerpo muerto no puede estar mucho tiempo en las entrañas de un país sin corromperlas y cancerarlas. Roma se interpone como un muro infranqueable entre el Mediodía y el Norte de Italia. Su régimen es de tal mane-

ra extraño que, á no verlo, parecería imposible. Si lo pareciera la ausencia de toda vida civil, la condenación de todo derecho político, el silencio de todo pensamiento, la falta de toda policía y hasta la muerte de toda esperanza en una ciudad que parece compuesta de sepulcros y habitada por sombras. Y el Imperio francés ha puesto sobre los arcos de triunfo romanos, ese terrible jamás que desespera á Italia, cuyos partidos todos están conformes en que Italia no puede permanecer sin capital, y en que esta capital forzosamente ha de ser Roma por la magnificencia de sus monumentos y por el prestigio de sus recuerdos, por las ventajas de sus posiciones entre el Norte y el Mediodía de la Península. Además limpiando á Roma del gobierno teocrático, sin herir en nada los derechos espirituales que el Papa tiene sobre la conciencia de aquellos que profesan la religión católica; limpiando, decía, á Roma del gobierno teocrático, acabárase con un horrible centro de conspiraciones absolutistas y con un ejército extranjero allegadizo, que amenaza siempre en el Mediodía las conquistas de la libertad y que impide el remate dichoso de la independencia de toda



Italia. La misma religion ganaria mucho. Triste espectáculo el de estos últimos dias, cuando Roma se ha iluminado espléndidamente por las victorias politicas del Papa, ver al jefe de todos los católicos ir bajo los arcos de triunfo á celebrar las discordias de sus hijos. Yo recuerdo que en la guerra de la independencia italiana, en la justisima guerra contra el Austria en 1848, Pio IX no quiso bendecir las banderas y los ejércitos italianos, que le pedian su bendicion de rodillas, porque los dos contendientes eran católicos. En aquel momento Pio IX fué Pontífice, aunque dejó de ser rey, porque demostró que su ministerio religioso le impedia defender su patria. Ahora, celebrando las victorias de unos católicos, la muerte de otros, Pio IX ha sido rey, pero ha dejado de ser Pontífice. ¿Y qué decir de su gobierno, que acaba de condenar á muerte varios de los insurrectos de Mentana, cuando se llama representante del Dios de la caridad y de la vida, del Dios del Evangelio? Esto no puede continuar asi. Naturalmente, en las eventualidades de una guerra entre Francia y Prusia, Italia alcanzará Roma, como en el choque entre Prusia y Austria, Italia alcan-

zó Venecia. La guerra de las dos naciones parece inevitable, aunque aplazada. Los excesivos armamentos lo demostrarian, si no lo demostrasen otros sintomas. La infinidad de cañones que montan Prusia y Francia en sus fronteras, son bocas abiertas para indicar la guerra, como el bostezo indica el hambre ó el sueño. La acogida dispensada en Italia al principe de Prusia y al principe Napoleon, prueba bien que las simpatías italianas están por la alianza con Alemania. Mientras el principe Napoleon ha sido friamente acogido, el principe de Prusia ha encontrado en toda la grave Italia del Norte demostraciones que han venido á mostrarle con evidencia, cuán unida se halla la suerte de la unidad alemana á la suerte de la unidad italiana. Indigna ver que la espada de los Bonapartes, plebeyos levantados al trono en alas de la revolucion, traza la linea del Tiber á las nobles aspiraciones nacionales de Italia, y la linea de Mein á las nobles aspiraciones nacionales de Alemania, tan solo para sostener un equilibrio europeo á la usanza de los tiempos de Luis XIV, en que era un dogma de política cortesana y absolutista mantener en la debilidad y en el



aislamiento á los vecinos. Napoleon ha herido todas las susceptibilidades de Europa y América, no como el primero, con su gloria, sino con su astucia. Ha herido desde Rusia hasta los Estados-Unidos, sin más fin que arrogarse una prepotencia funesta para halagar el orgullo francés. Y ahora se extraña de que todo el mundo se arme contra esa prepotencia, que es una amenaza para el mundo. La tierra no puede estar de rodillas ante Francia. La aclama, la respeta cuando Francia se constituye desde el Sinaí de la revolución en la legisladora de la libertad; pero no la aclama, no la respeta cuando, sobrecogida de un desmayo incomprensible, se entrega en la oscuridad y en el silencio á los caprichos de un hombre. Si quiere ser Francia la primera de las naciones, tiene un medio muy sencillo, tirar su espada y proclamar la libertad. El mundo moral, más dilatado que todos los espacios, sería su conquista. Pero ahora todo su porvenir es una guerra universal.

Bien es verdad que hay en Europa miles de cuestiones las cuales provocan esa guerra que tanta sangre va á costarnos. Entre estas, ninguna tan viva, tan ame-

nazadora como la cuestión de Oriente. Los pueblos griegos de un lado y los eslavos danubianos de otro, cercan al Imperio turco, sobre el cual se extiende además como una inmensa guadaña el sable de Rusia. El Austria veacida, expulsada de Alemania, despojada de la Lombardía y el Véneto, sin recursos, porque los devora todos su inmenso ejército, próxima á la bancarrota, con una irrisoria tutela nominal sobre Hungría, con una inmensa batalla política entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, que se semeja mucho á los primeros días de la revolución francesa; el Austria desea compensaciones en Oriente. Y entre los pueblos orientales ninguno ha merecido tanto las simpatías de la Europa occidental como la Rumania. De suerte que desde Oriente á Occidente se ve por todas partes relampaguear la guerra y surgir espesas nubes de sangre.





## CAPITULO XXXII.

### LA POLÍTICA RUSA.

Los herederos del trono en Rusia, siempre ó casi siempre representan una tendencia opuesta á la tendencia de su predecesor en el trono. ¿Representaba Nicolás el principio de estabilidad á toda costa? Pues debía representar Alejandro el principio de reforma á toda prisa. ¿Representa hoy Alejandro la alianza con Alemania, la política alemana? Pues su hijo representa la política eslava, el predominio del panslavismo. De tal manera y por tal arte se da siempre una esperanza, más ó menos fundada, á todos los descontentos, y una satisfaccion más ó menos ilusoria á todas las aspiraciones. Pero indudablemente, Alejandro desde su mocedad



acarició la idea de una reforma. Su melancolia, que fué enfermedad de toda su vida, demostraba gran disgusto de la realidad, y hastio profundo engendrado por el mismo estado social que debia personificar en el trono.

El célebre viajero marqués de Constine, que le conoció cuando era Gran Duque, lo describe en los siguientes términos: «Héme encontrado entre multitud de curiosos, en el momento mismo en que bajaba el Gran Duque de su carruaje. Tiene ahora (Junio de 1839) veinte años, y no representa más. Su estatura es alta, mas pareceme demasiado grueso para su corta edad. Las facciones serian bellas, si no fueran un tanto hinchadas. Su rostro es redondo y más aproximado al tipo germánico que al tipo moscovita. Recuerda su antecesor Alejandro que subió al trono á la misma edad que él tiene ahora, mas no recuerda su tipo calmuco. Este rostro pasará por muchas fases antes de tomar su definitiva fisonomía. El carácter que ahora revela es dulce, benévolo; y por consiguiente hay entre la juvenil alegría de los ojos y la contraccion de la boca una discordancia que revela escasa franqueza y quizá

tambien algun dolor intimo. La tristeza en la juventud, en esa edad, en que la felicidad se debe al hombre, es un secreto tanto mejor guardado cuanto que hay en él inexplicable misterio, aun para el mismo que lo experimenta. La expresion de la mirada es bondadosa, su aire gracioso, ligero y noble. Es verdaderamente un príncipe, y un príncipe modesto, sin timidez..... Su presencia revela excelente educacion. Si algun dia reina se hará obedecer por el atractivo inherente á la gracia y no por el terror; á ménos que las necesidades anejas á su cargo no cambien su naturaleza al cambiar su posicion.»

Y en otro lugar dice: «He vuelto á ver al Gran Duque heredero, y lo he examinado de cerca. No llevaba el uniforme, que le oprime bastante, y le da un aire algo hinchado. El traje ordinario le sienta mucho mejor. Tiene actitud agradable, maneras nobles sin ningun género de aspereza militar; y la gracia que le distingue, recuerda el atractivo propio de la raza eslava. No hay en él la vivacidad de pasion que inspiran los países cálidos, ni la frialdad del Norte, sino una mezcla de la sencillez, de la fatalidad meridional y de la melancolia eslava.»



El rostro de este príncipe, á pesar de la edad, no es tan agradable como su figura. El color no tiene ninguna frescura. Se vé que padece. Sus párpados caen con melancolía tal, que acusa las preocupaciones y los pensamientos de otra edad. Su boca, graciosísima no carece de dulzura; su perfil griego recuerda las medallas antiguas y los bustos de la emperatriz Catalina; mas á través del aire de bondad que dan la belleza, la juventud, y sobre todo, la sangre alemana, no puede ménos de reconocerse un poder de disimulo que asusta en un jóven. Este rasgo es sin duda el sello del destino; y anuncia que está llamado á reinar. Su voz es melodiosa; ventaja que dicen haber heredado de su madre..... Los viajeros rusos me hablaban de su hermosura como de un fenómeno. Sin tal exageracion yo la hubiera admirado. Además, yo recordaba el aire romántico, la figura de arcángeles de su padre y de su tio, el Gran Duque Miguel, en 1815 cuando vinieron á París, donde les llamaban las auroras boreales, y yo he sido severo porque he sido engañado. Tal como es, sin embargo, el Gran Duque, me parece uno de los más bellos modelos de prin-

cipe que recuerdo haber visto en mi vida.»

Al través de este juicio contradictorio, lleno de vacilaciones, descúbrese las dos cualidades propias de este príncipe: cierta humanidad, cierta dulzura cuando la política le permite entregarse á las expansiones de su corazon. Mas en cuanto la política le exige dureza y le impone el terror, una crueldad digna de su padre. El príncipe humano que se enternecía por la suerte de los siervos; que obligaba á los aristócratas por todos los medios que tiene el poder absoluto, á una rápida emancipacion; cuando Polonia se subleva, dejó atrás en horrores y en crueldades á su propio padre, á ese emperador de instintos neronianos. No pueden leerse sin horror las descripciones de todas las barbaridades cometidas por los pretorianos cosacos en las ciudades de Polonia. Incendios de iglesias, deportaciones de muchedumbres innumerables, fusilamientos en masa; todo esto se perpetró y se alabó á la sombra y bajo la advocacion del nombre de Alejandro. Yo le conozco personalmente. Yo le he visto entrar en París acompañado de los dignatarios del Imperio francés, recorrer los monumentos más notables de la capital en



compañía de sus hijos, asistir á los teatros, pasar revista á los soldados franceses; y en su aire imperioso he descubierto un déspota y en su tristeza profunda un misántropo. Aún recuerdo estos días como si ahora mismo pasaran delante de mis ojos; aún los recuerdo, y quiero dar de ellos un bosquejo, porque pintan una gran crisis en el ánimo del emperador Alejandro, una crisis que acaso haya decidido de su actitud en la última guerra europea, de su actitud completamente alemana á pesar del gran partido panslavista, que tiene poderoso influjo en Rusia y que detesta profundamente á la Alemania.

Pero antes de evocar estos recuerdos, debo escribir una observacion que á mi asunto importa. El emperador Nicolás era déspota, cruel por naturaleza; el emperador Alejandro es déspota, es cruel por razon de estado. Su diplomacia encubre por tan fina manera todas las crueldades cometidas en Polonia con ideas progresivas y humanitarias que una parte considerable del linaje humano, la más digna en mi sentir porque es la más libre y la más democrática, se empeña en hallar relaciones entre la guerra de separacion en América y la guerra de la indepen-

dencia en Polonia; y no solo relacion en el hecho sino hasta relacion estrecha en el motivo, pues creen que Polonia se levantó últimamente solo por defender la esclavitud de sus siervos. Polonia se levantó porque ninguno de sus hijos ha podido convenir todavía en la legitimidad del tremendo crimen que la sacrificó y la destrozó. Se levantó Polonia en nombre de una gran nacionalidad desconocida que siente su espíritu uno é idéntico siempre á sí mismo como el espíritu humano palpitar en su seno. Y Alejandro fué tan bárbaro, tan cruel en Polonia como lo hubiera sido su padre Nicolás.

Extraño país en verdad este; país inmenso, más desconocido en Occidente que el interior del Africa ó el interior de la China. Al lado de todas las formas del despotismo asiático, todas las aspiraciones hácia la libertad individual de las razas germánicas; al lado de una barbárie salvaje que solo se comprende en los tiempos ante-históricos, cuando se formaban las primeras tribus en torno de los primeros patriarcas, un refinamiento de civilizacion y de cultura en la córte, cercano á la decadencia, un refinamiento que solo se ha visto en la víspera de la muerte



de los grandes Imperios, poco antes de que cayeran Roma ó Bizancio.

Los periódicos europeos tratan mucho, hablan mucho del movimiento panslavista, una especie de sueño erudito, de fantasma académico, sin ninguna realidad en la opinión, sin ninguna influencia en la vida. El verdadero movimiento, el más desconocido y el más interesante, es el movimiento religioso que arrastra estas naciones jóvenes y entra en el cauce de la política.

El mundo no vé desde lejos otra cosa en Rusia que un Czar, asentado sobre catorce naciones degolladas, dueño de la mayor parte de nuestro planeta; un Czar que ha convertido en su ganado una gran porción del género humano, y que lo arma contra Occidente en aluvion indefinible á la manera que Atila y Alarico armaban sus hordas contra el Imperio romano.

Pero esta es una concepcion falsa de Rusia; una concepcion que el mismo Czar se empeña en difundir á fin de aparecer más formidable y de ser más temible. Pero estas razas del Norte ni desmienten ni desmentirán nunca su carácter; el individualismo exagerado, la independencia personal, las

dos ideas que trajeron á la antigua historia, que sembraron en el absorbente socialismo de la vida romana sus predecesores los bárbaros.

Los rusos pertenecen á la religion griega, al cisma griego. Este cisma nació en el Imperio de Oriente como una protesta contra la resurreccion del Imperio de Occidente por los Papas. Inmediatamente que se estableció, penetró en Rusia. Pero puede decirse que el dogma greco-ruso no se definió, no se formuló, no se redujo á cánones hasta el siglo xvii. El Patriarca Nicone es el arquitecto de esta grande obra. A pesar de que el cisma oriental tuvo por primer fin someter la Iglesia al Estado, no dejó de estallar en Rusia el combate entre el poder espiritual y el poder temporal, que llena toda la historia de Occidente. En el Imperio ruso existen dos clases en el clero; el que pudiéramos llamar regular y el que pudiéramos llamar secular; el clero monástico y el clero parroquial. Llámase en Rusia á este clero blanco, y clero negro á aquel por el diverso color de sus vestiduras.

En el clero negro ó regular ó monástico se reclutan los obispos y las altas dignidades



de la Iglesia, y en el clero blanco, secular ó parroquial se reclutan los curas y los sacristanes. El clero negro está obligado al celibato, y el clero blanco al matrimonio. Los dos tienen una inmensa influencia en Rusia. Y los dos predicán la cruzada por Constantinopla, lo que equivale á predicar la guerra universal.

CAPITULO XXXIII.

UNA OJEADA Á LA INGLATERRA DE GLADSTONE.

Gladstone ha dado una severísima lección á la aristocracia prescindiendo de la alta Cámara y promulgando, á pesar de su voto contrario, la abolición de la venta de grados para el ejército. La alta Cámara ha dado á su vez un voto de censura al Gobierno. Pero el Gobierno inglés, que no podría vivir ni cinco minutos bajo el peso de un voto de censura pronunciado en la Cámara baja, vive robusto y sereno bajo el peso de un voto de censura pronunciado por la Cámara donde se asientan los hijos de los conquistadores normandos y los príncipes de la sangre real de Inglaterra. Para demostrar que no obstante esta inferioridad política, no obstante los desacatos del poder y los des-



precios de la opinion, vive todavía la alta Cámara aristocrática, se ha pronunciado contra el bill de reforma electoral, que propone el escrutinio secreto. El primer ministro de Inglaterra dice que padecen ceguera incurable los conservadores, decididos á no ver cómo el espíritu revolucionario ha pasado el Estrecho y ha oxidado todas las instituciones y todas las inteligencias de la Gran Bretaña. Y es privilegio de nacion tan previsora y mercantil anteponerse á los tiempos y convertir las revoluciones en reformas. Por esto el primer ministro ha suprimido la Iglesia anglicana en Irlanda, y ha transformado en Irlanda la propiedad, y ha propuesto el escrutinio secreto que dá independencia á los electores, y ha abolido la venta de grados, dando carácter moderno al aristocrático ejército de Inglaterra, moralmente vencido en la campaña de Crimea por el espíritu democrático de nuestro tiempo. Pero, como buen eclético, el ilustre Gladstone ennegrece todas estas progresivas reformas con espesísimas sombras. Es imperdonable su conducta desde Sedan hasta la paz de Versalles. Imperdonable la frecuencia con que pide dotes y pensiones para los príncipes ingle-

ses. Imperdonable el bill negando los parques y jardines públicos á las manifestaciones políticas. Imperdonable que antes de admitirse este bill, combatido con fuerza en la Cámara baja, lo aplique á las ciudades de Irlanda y traiga conflictos como el gravísimo conflicto último de Dublin. A esto une la falta de tacto, temeridades de palabra, poco cuidado de las diversas fracciones parlamentarias, brusquedad de carácter y engreimiento tal de su poder y de su valía, que le quitan muchos votos y le esponen, sobre todo entre los radicales, á desastres en la Cámara popular, que pueden ser provechosos á los conservadores y funestos al progreso político de su patria. Gladstone, me decía hace pocos meses un diputado británico, es un maestro, un profesor en letras y artes, que tiene mucha ciencia y poca educación.

Reconozcámoslo. Inglaterra sostiene visiblemente su progreso interior. Si ha decaído en verdadera influencia sobre Europa; si ha dejado de ser lo que era para los liberales del pasado siglo un modelo sobrepujado ya por el espíritu democrático y republicano de nuestro tiempo, no ha decaído inte-



riormente, gracias á sus instituciones liberales, como decayeron todos los grandes pueblos entregados á la furia del absolutismo. Treinta y un millones componen hoy, segun el censo último, la poblacion de Inglaterra, Escocia é Irlanda, cuando sólo veintiocho millones la componian allá por el año 1861. Durante el reinado de Victoria, la Gran Bretaña ha aumentado su poblacion en nueve millones de almas. «Este aumento, dice con gracia un periódico inglés, no se debe á ninguna anexion forzosa ó voluntaria, sino al buen ejemplo dado por la Reina misma, practicando antes de su viudez con grande actividad y celo el precepto bíblico de: *creced y multiplicaos.*» En el primer censo decenal que se publique en el próximo siglo, contará Inglaterra sesenta millones de almas. La emigracion detiene este ascenso. Mil ciento setenta ingleses europeos de ambos sexos nacen un día con otro. Cuatrocientos sesenta y ocho parten para lejanas tierras. Esta emigracion es dolorosa; pero ha engendrado la nacion más libre, más democrática, más trabajadora del mundo, los Estados-Unidos. Setenta millones de almas, pertenecientes por su origen á la raza an-

glo-sajona, pueblan las otras partes del mundo, que unidos á los ingleses de Europa, componen una legion sagrada de más de cien millones, los cuales, donde quiera se encuentren, si están á la sombra de su bandera, tienen seguros el domicilio, la conciencia, el juicio por sus iguales y la intervencion eficaz en el voto de sus contribuciones.

Y sin embargo, hay periódico inglés que truena contra las libertades inglesas. El *Blackrod Magazine*, órgano de los conservadores, sostiene que las altas y las bajas clases se han desmoralizado en Inglaterra, y que esta desmoralizacion depende allí de la libertad concedida á la palabra y al pensamiento. Los liberales, y solamente los liberales, deben ser responsables de este retroceso en las costumbres. Lejos de combatir el espíritu moderno, le abren de par en par las puertas de la Gran Bretaña, y entra y se precipita en su seno como el viento del Océano. Eso de enseñar á leer al pueblo es una abominacion. Y es lo abominacion de las abominaciones enseñarle á escribir. Desde que todo el mundo escribe se han aumentado los crímenes de falsificacion de escrituras y de



suplantacion de firmas. Como para no pecar lo mejor es no nacer, para no falsificar escrituras lo mejor es no escribir. Y aun seria mejor que nadie leyera, porque así no habria interés alguno en falsificar letras que serian geroglíficos. Y esas escuelas modernas son una calamidad. En vez de enseñar el catecismo protestante, la eternidad del infierno, la existencia del purgatorio, el odio al Papa, las ideas casuísticas sobre la gracia, la diferencia entre la oracion y las obras, ¡oh! enseñan nociones de astronomía, de geología, de historia, de moral universal que acostumbran á las conciencias á emanciparse de la estrechez de las Iglesias y á proclamar que el universo material y el espíritu humano se rigen por leyes inmutables. El periódico inglés quisiera que se ahogara por fuerza toda escuela, toda secta con pretensiones de reformas sociales y que se prohibiera al doctor Darwin escribir y publicar los reputados libros sobre la tramutacion de las especies, que sin decirlo claramente, demuestran ser bueno para la poesía, mas insostenible ante la ciencia, el primer capítulo del Génesis.

El remedio que este periódico propone es antiguo y empirico: mucho clero y muchí-

simo ejército. Necesitaria columnas enteras para describir las infinitas envenenadas flechas con que persiguen los periódicos aristocráticos y conservadores al ministerio, por no organizar militarmente á lo Bonaparte, á lo imperial esta nacion británica, incapacitada de vivir, si no vive por el principio de libertad. Saben los reaccionarios ingleses que su nacion repugnó siempre los grandes ejércitos regulares, los ejércitos quintados, y que no los tuvo ni en frente de Felipe II, ni en frente de Luis XIV, ni en frente de Napoleon el Grande. Pero saben tambien que si logran obtener un grande ejército, con él obtendrian una fuerza para sostener el privilegio arriba y abajo la servidumbre.

Inglaterra, al abolir la Iglesia protestante en Irlanda, ha concluido con uno de esos atentados á la conciencia que no comprenderán los venideros cuando vivan en la plenitud de sus derechos. Su destruccion ha sido obra del partido liberal, gloria del siglo presente. Acercábase el 12 de Agosto, aniversario de la expulsion de los Estuardos, y por consecuencia del triunfo de los protestantes. Preparábanlo todo estos, arreglabanlo todo para una manifestacion en loor del protes-



tantismo, sin que sus contrarios les molestasen. La manifestacion se celebró en medio del respeto de todos los ciudadanos y del perfecto orden público. Pero llega en seguida el 15 de Agosto, el día en que los católicos celebran con fiestas pintorescas, poéticas, la Asuncion de Maria, de la Madre del Verbo á los cielos, calzada por la luna, ceñida por las estrellas, envuelta en los arreboles del celaje, con la sonrisa beatífica en los labios y el amor puro en el pecho, rodeada de ángeles que entonan el hosanna divino de la redencion y que la saludan como la divina criatura en cuyo seno se ha enjendrado el Verbo divino para manifestarse á la tierra y se guardará eternamente la divina misericordia para consolar á los hombres. Y cuando á las expansivas manifestaciones propias de su culto se entregaban los católicos, les asaltan los protestantes, les persiguen, los golpean, hieren á unos, matan á otros, penetran en las casas, roban, saquean, deshonran, incendian y esparcen por todas partes el terror más temible, el terror de la intolerancia religiosa. Protestemos contra estas infamias, protestemos en nombre de la conciencia humana ultrajada y en servicio

de la humanidad que se levanta sobre los odios de las sectas á infundir la tolerancia religiosa, y con la tolerancia religiosa el verdadero derecho de las almas y la eterna y santa paz entre todos los pueblos.





## CAPITULO XXXIV.

FRANCIA Y AUSTRIA.

Paris, Mayo de 1869.

Un momento habíamos respirado creyendo que era firme el propósito en los Gobiernos francés y prusiano de asegurar á Europa la paz, comenzando por una rebaja simultánea de sus ejércitos. Periódicos, si no acreditados de oficiales, acreditados de veraces, llegaron á publicar esta feliz nueva en París, recibida por un clamor de entusiasmo en todas las ciudades y por una tendencia á la alza en todos los mercados. Pero pública, solemnemente, por encargo del Gobierno, un periódico oficial francés ha desvanecido con desdeñoso mentís semejante celaje de esperanza. Y el horizonte de Eu-



pa se parece hoy al horizonte de esos días calurosos, sofocantes, en que falta casi el aire respirable, y en que sin resonar un trueno, sin caer una consoladora gota de lluvia se ven por todas partes serpentear siniestros relámpagos, nuncios seguros de próximas tempestades. La presentación de proyectos al Cuerpo legislativo, como el proyecto de caminos vecinales, indica la paz y cumple las promesas dadas por el ministro de Justicia en un discurso tranquilizador: pero se conserva todavía con tal intensidad la perfidia púnica de las antiguas diplomacias que nunca se hallan los Gobiernos más próximos á un terrible encuentro que cuando se dan prendas de amistad, ni nunca más inminente la guerra que cuando se promete la paz; el caso es coger desprevenido y desarmado al enemigo. Yo no diré como Bismarck dijo hace poco tiempo, que la guerra entre Prusia y Francia es una fantasmagoría. Yo no diré que la cuestión de Oriente deba en seguida promover un conflicto y traer la guerra entre Rusia y Francia. Yo no profetizaré ni la paz ni la guerra, porque si puede preverse un suceso allí donde las sociedades siguen una ley como en los Estados-Unidos, no se

puede prever aquí en Europa, donde las sociedades siguen el capricho de cuatro ó cinco soberanos. Pero si diré que los armamentos imperiales me parecen más bien asestados contra Francia que contra Prusia ó contra Rusia. Se trata de impedir á toda costa el despertamiento del pueblo francés. Se trata de tenerlo débil por la sangría del ejército y embargado por el pensamiento de la guerra. Se trata de impedir que un pueblo conquistado ya á la democracia por la conciencia de su soberano y por la práctica del sufragio universal, corone la grande obra que tantas veces ha prometido en vano coronar el Emperador, la corone, arrancándose la sombría diadema de la dictadura y ciñéndose la fúlgida diadema de la libertad. Pero yo no comprendo mayor calamidad que esta incertidumbre en los ánimos, estos ejércitos armados hasta los dientes y decididos á sostenerse con el arma al brazo, los tributos perdidos en un impuesto crecidísimo, y este impuesto crecidísimo perdido en un improductivo estado de paz armada, más asolador que la guerra porque trae la consunción, la tisis de los pueblos. Los antiguos Césares lanzaban para divertirse los gladiato-



dores á la arena y los veían morir con gozo entre el estruendo de un gran combate; los Césares modernos lanzan para sostenerse á los pueblos á un desafío eterno, á una arena donde se fatigan bajo el peso de sus armas, se desesperan con vanas amenazas y se consumen tristemente en oprobiosa impotencia hasta morir estenuados por tan horrible tormento.

Ignoro si llegará un día en que Europa se convenza de cuán superior es aquel pueblo, eterno modelo alzado en América para la enseñanza de los demás pueblos, que sin reyes, sin aristocracias, sin títulos vanos, sin condecoraciones pueriles, sin una Iglesia oficial se gobierna á sí mismo; cuán superior es aquel pueblo de los Estados-Unidos á estos pueblos europeos, los cuales por regla general tienen su vida pendiente y su gobierno adscrito á la voluntad de los soberanos, que se imaginan en su soberbia tan lejos de ellos como el pastor de su ganado. Nada más horrible que ver dependiendo la suerte de un pueblo del humor de un monarca. Habrán notado mis lectores de América que jamás he podido dejarme contagiado del entusiasmo general que han levantado

entre los liberales de Europa las reformas de Austria. La experiencia me enseña que estas libertades prometidas en virtud de una cábala política, son siempre estériles y fugaces, como estas antiguas familias reales que se consagran algún tiempo á proclamar por fuerza la democracia son siempre pérfidas y traidoras. Los hechos confirman diariamente mis aprensiones, adquiridas en la escuela de nuestras desgracias. Ya os he anunciado repetidas veces que el emperador de Austria se tomaría mucho tiempo antes de sancionar la ruptura del Concordato con Roma. En efecto, todavía no la ha sancionado. Pero no se contenta con esto, hace más, propone que las Cámaras no voten ninguna ley hasta que la Emperatriz haya salido de su presente embarazo, que alcanza ya el noveno mes. Imaginaos que un presidente de cualquiera de las repúblicas americanas quisiese detener por embarazos de su mujer las decisiones de un Parlamento republicano; inmensa carcajada resonaría en esa libre tierra de polo á polo. Ya sólo falta que el Emperador pida á las Cámaras el nombramiento de una comisión de comadrones. Domiciano reunió un día en el templo de Júpiter solemnemen-



te al Senado romano, pronunciándole pomposos discursos y haciéndole sublimes saludos, para consultarle con qué salsa debía guisar un pescado. La tiranía es siempre insolente. El emperador de Austria insinuó su idea al presidente de su Consejo, éste á los presidentes de las Cámaras, éstos á sus respectivos secretarios, éstos á las diversas comisiones, y el resultado ha sido que las Cámaras indignadas han acelerado todos los proyectos. La escena que voy á referiros se parece á una escena de la Revolución francesa. El Emperador ofendido llama á Beust, su primer ministro, y le dice que las Cámaras no le han guardado respeto. Beust le contesta que las Cámaras á su vez se quejan de que el Emperador ni tiene mucha confianza en su lealtad, ni mucha adhesión á sus reformas. Entonces el Emperador le declara francamente que le repugnan mucho las reformas relativas al Concordato y le consulta qué sucedería en Austria si él se negara á sancionarlas. Sucedería un grave conflicto entre el Emperador y el Parlamento. Y como se conoce que el Emperador es novicio en ciencia parlamentaria, pregunta qué haría el Parlamento en este conflicto. «Negar

á V. M. el voto de los impuestos.» «Y si yo los cobrase prescindiendo de ese voto,» le replica el Emperador. «Entonces, dice Beust, vendría la revolución.» Esto es matemático. Esta guerra entre las viejas familias reales y las nuevas libertades democráticas me parece tan necesaria, tan fatal como las leyes de los graves. Las sociedades no marchan al acaso; tienen una mecánica tan real como la mecánica celeste, una ley que entre vemos en nuestros imperfectos libros de filosofía de la Historia como los astrólogos de la Edad media entreveían en medio de sus fantásticos ensueños algunas de las grandes verdades de Newton y de Laplace sobre el sistema planetario. Y en la mecánica social hay una ley de repulsión que divorcia los pueblos modernos de sus viejas instituciones y una ley de atracción que los arrastra á la democracia |





## CAPITULO XXXV.

### LOS PUEBLOS ORIENTALES.

Las cuestiones rusas recuerdan las cuestiones de Oriente. Las cuestiones de Oriente recuerdan las cuestiones de Grecia. Aquí hay también un crimen político, y donde quiera que hay un crimen político se siente un malestar social. Este crimen es la conquista de Grecia por Turquía. Cuatro siglos han estado las razas turcas dominando las razas griegas, y si les han infundido su sangre, no les han infundido sus ideas. Grecia ha forcejeado en sus hierros fuertemente, reclamando su derecho, como si no hubiera nunca huido de aquel sagrado suelo el espíritu de sus héroes. Hay indudablemente en el árabe y en el turco cierta tolerancia religiosa que dimana de su altísima concepción



del Dios único; pero el orgullo aristocrático de su sangre, el respeto supersticioso á su historia, las tendencias místicas de su pensamiento, la adoracion continua de todos los instantes, como si la vida fuera una plegaria, el fatalismo elevado á dogma en la religion y en las obras, lo aislan fácilmente, quedando en medio de las razas más simpáticas y más atractivas, solo, como una palmera perdida en el desierto.

Lo mismo en España que en Grecia, las razas cristianas han absorbido por todos sus poros la vida oriental; pero las razas orientales no han absorbido la vida europea. Y no se diga que el turco era superior al griego del siglo xv, y el árabe superior al español del siglo vii. Los griegos, dispersos por las cimitarras turcas, todavía trajeron á Occidente los gérmenes del Renacimiento. Y los árabes de España fueron superiores á los cristianos hasta el siglo xiii; pero desde este siglo la superioridad pasó á los cristianos, y no por eso los imitaron los árabes. Esas razas semíticas brillan esplendorosamente en las épocas religiosas y en las épocas guerreras, cuando se trata de conquistar la conciencia por la fé ó la tierra por la espada.

Así los tres más grandes iniciadores de religiones que cuenta el mundo, han sido semitas: Moisés, Jesucristo, Mahoma. Pero en cuanto estas épocas han pasado, y el raciocinio ha sucedido á la fé, árabes y judíos quedan con sus libros teológicos muy por bajo de aquellas razas que sienten el aguijón de la duda y la necesidad del razonamiento. Por consecuencia, no absorbiendo la vida de las razas cristianas que les ha sometido la espada, y no superándolas ni en instituciones ni en inteligencia, el dominio mahometano pasa á ser una conquista eterna en vez de una asimilacion. Los turcos se ven rechazados de Grecia despues de cuatro siglos, como despues de siete siglos se vieron rechazados los árabes de España. La guerra de la independencia griega es uno de los cánticos de la epopeya de nuestra edad.

Pero esta obra, como casi todas las obras de nuestros días, como la independencia de Italia, como la unidad de Alemania, quedó incompleta. Una de las regiones griegas que soporta con mayor indocilidad el yugo turco, es esa region de albaneses, raza valiente, confinada en sus altas montañas,



que fueron el templo de los vencidos, el refugio de los penates salvados, el baluarte último donde se resistió con gloria la independencia griega. Imaginaos los árabes todavía en Astúrias, y comprendereis los turcos todavía en Albania, en el antiguo Epiro, ese nombre que evoca la gloria de Alejandro. Las olas del Adriático, besando la raíz de sus desfiladeros, les llevan de continuo acentos de libertad. Su historia, recordándoles que en 1444 sacudieron el poder turco extendido sobre toda Grecia, les infunde esperanzas de independencia. La tenacidad con que han luchado y la dificultad con que se han sometido, les hacen guerreros por naturaleza. Los montenegrinos, esos montañeses que han logrado aterrar á Turquía, están á su espalda; y cuando dilatan los albaneses la vista por Occidente, ven allá lejos las costas de Italia, ayer esclavas y hoy emancipadas, más que por las armas, por los votos de todo cuanto hay ilustre en Europa, del génio, de la elocuencia, de las artes, que si en Italia se desarrollaron durante las edades modernas, nacieron en Grecia durante las edades antiguas.

En la capital de Albania, son diarios,

pues, los conflictos entre turcos y patriotas. La sepultura de Bibi-Dora, uno de los héroes y de los mártires de la Albania, ha sido violada. La tribu á que este guerrero pertenecía, tribu montañesa, heroica, pero feroz, ha jurado toda entera, sobre la tierra removida y huérfana de los ilustres huesos, vengar en los turcos esta afrenta á su raza, este ataque á la santidad de la muerte. Cebaos sobre los vivos, dicen, pero dejad en paz á nuestros muertos. Las autoridades turcas han prometido buscar y castigar á los profanadores de las tumbas. Pero no los encuentran. Convencidas las tribus albanesas de que no los encuentran por complicidad y por negligencia, han comenzado á cumplir su juramento de venganza, preñado de una guerra de exterminio. El Sultan se ha alarmado, y envía á Albania un gobernador especial, que, si como hay razon para temer, extrema su autoridad, verá extremar á los insurrectos sus violencias. Otra guerra de Creta puede allí empeñarse, guerra desastrosa, inútil, que deje la tierra sembrada de ruinas y de cadáveres, que procure una nueva intervencion á la desdichada diplomacia europea, y una nueva victoria al



moribundo Imperio turco; pero que señale con un rastro, del cual se alcen vapores de sangre, la estela funesta de crímenes sembrada por los errores de los poderosos en el camino de los pueblos.

Ya que hablamos de Oriente, bajemos á ese Imperio, que aspira en su agonía á engrandecimientos en las regiones orientales, bastantes á compensarle de sus pérdidas en Alemania y en Italia; bajemos al Imperio austriaco. Las Dietas provinciales se han reunido en Galitzia, en Bohemia, en Morabia, con resultados opuestos. Galitzia, provincia de origen polaco, está decidida á luchar por el engrandecimiento de su autonomía en el terreno legal. En cambio Morabia y Bohemia se han decidido por el retraimiento, convencidas de que una revolucion, y sólo una revolucion, podrá satisfacer sus quejas y realizar sus aspiraciones. La diferencia de conducta dimana de la diferencia de posición en que se hallan cada una de estas regiones. Mientras los polacos de Galitzia, provincianos de una grande nacionalidad que pretenden resucitar, se contentan con Dietas provinciales, los esclavos de Bohemia y Morabia, que componen una sola nacion,

con lengua propia, con propio carácter, dotada de rico suelo, de industria floreciente, de comercio activo, con su literatura y con su historia, enseñándoles cómo se perdieron el día de su abdicacion á los piés del Emperador español, nieto de Isabel la Católica, hermano de Carlos V, que reinaba en Austria, y cómo sólo pueden levantarse en dignidad y en grandeza, reivindicando la independencia perdida por un funesto error de sus mayores; los esclavos de Bohemia y de Morabia, no se contentan sino con una Asamblea nacional como la Asamblea de Hungría. Admitir las Dietas provinciales seria tanto como admitir el carácter de provincias cuando se creen nacion. Aplaudamos tal conducta. Es necesario oponer con firmeza á los hábiles amaños del Imperio la incorruptible energía del pueblo.

FIN.





## ÍNDICE.

	Págs.
CAPÍTULO I.—Maniobras imperiales. . . . .	1
— II.—Alma Mater. . . . .	7
— III.—Consideraciones sobre Francia é Inglaterra. . . . .	21
— IV.—Las transacciones políticas en Francia. . . . .	31
— V.—La fundacion legal de la República en Francia. . . . .	41
— VI.—Resolucion de una crisis. . . . .	55
— VII.—Formacion de un Gobierno constitucional en Francia. . . . .	61
— VIII.—La ruptura entre Arnim y Bismark. . . . .	77
— IX.—Los Estados y Austria. . . . .	85
— X.—A los demócratas españoles. . . . .	91
— XI.—La democracia en Inglaterra. . . . .	115
— XII.—La renuncia á una cátedra. . . . .	123
— XIII.—Protestas de la Alsacia. . . . .	131
— XIV.—La situacion de Italia. . . . .	137
— XV.—Una ojeada por Europa. . . . .	163
— XVI.—Los radicales españoles. . . . .	169
— XVII.—Supersticiones religiosas y problemas políticos. . . . .	189

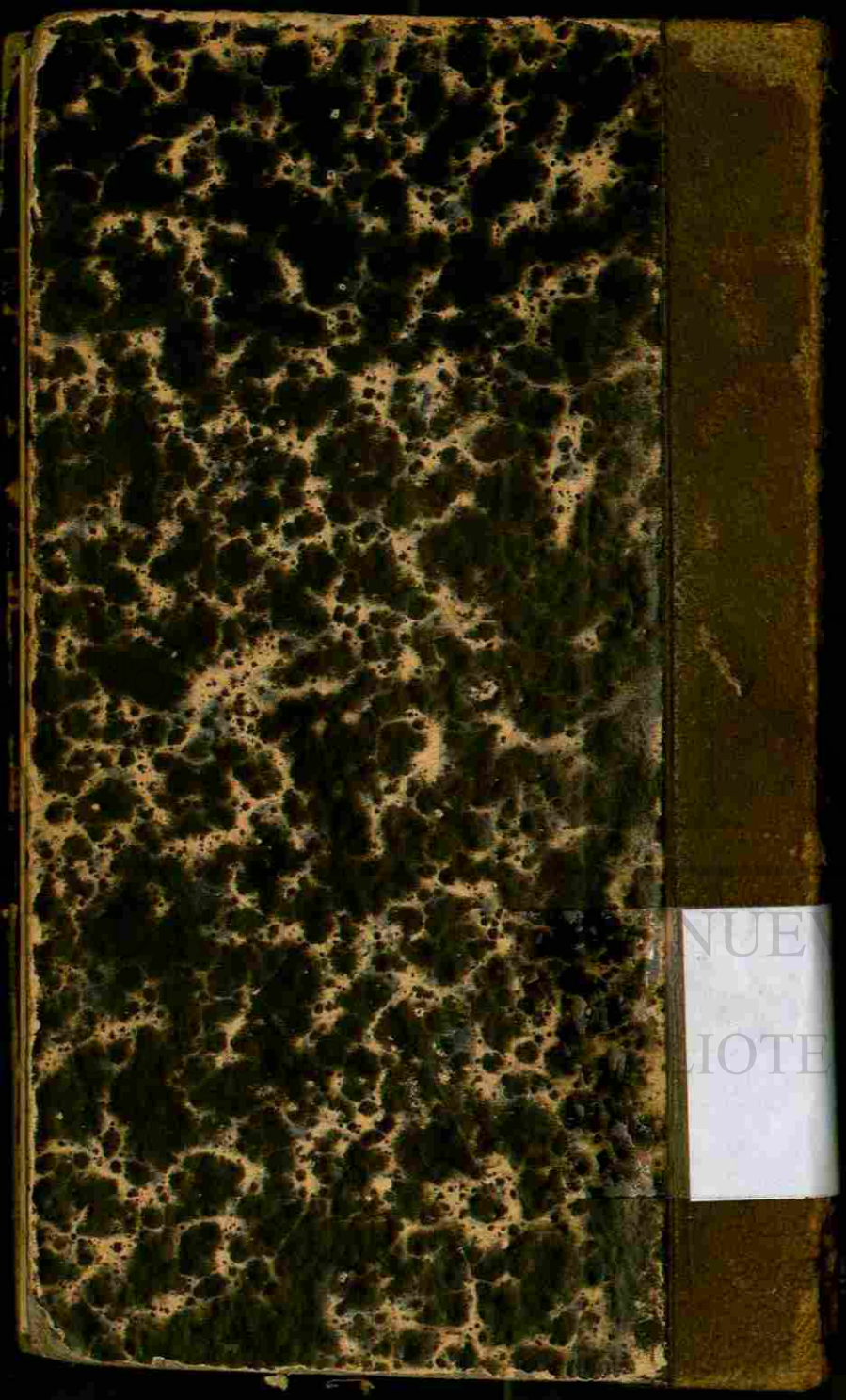


CAP. XVIII.—Los conservadores de Francia. España y Alemania. . . . .	209
— XIX.—Gravísimas dificultades. . . . .	225
— XX.—De algunos republicanos ale- manes. . . . .	235
— XXI.—Cuestiones sociales y religiosas. . . . .	241
— XXII.—Progresos del trabajo y retroce- sos de la teocracia. . . . .	247
— XXIII.—La libertad de pensamiento en Francia. . . . .	251
— XXIV.—El Papa y el concilio ecumé- nico. . . . .	259
— XXV.—La Academia española en Roma. . . . .	271
— XXVI.—Un filántropo inglés. . . . .	293
— XXVII.—El reflujo político. . . . .	305
— XXVIII.—La apoteosis de un genio. . . . .	309
— XXIX.—Algunas consideraciones sobre Italia. . . . .	315
— XXX.—El Imperio y el Pontificado. . . . .	321
— XXXI.—Estado de Europa en la prima- vera del sesenta y ocho. . . . .	329
— XXXII.—La política rusa. . . . .	337
— XXXIII.—Una ojeada á la Inglaterra de Gladstone. . . . .	347
— XXXIV.—Francia y Austria. . . . .	357
— XXXV.—Los pueblos orientales. . . . .	365

CAP. XVIII.—Los conservadores de Francia. España y Alemania. . . . .	209
— XIX.—Gravísimas dificultades. . . . .	225
— XX.—De algunos republicanos ale- manes. . . . .	235
— XXI.—Cuestiones sociales y religiosas. . . . .	241
— XXII.—Progresos del trabajo y retroce- sos de la teocracia. . . . .	247
— XXIII.—La libertad de pensamiento en Francia. . . . .	251
— XXIV.—El Papa y el concilio ecumé- nico. . . . .	259
— XXV.—La Academia española en Roma. . . . .	271
— XXVI.—Un filántropo inglés. . . . .	293
— XXVII.—El reflujo político. . . . .	305
— XXVIII.—La apoteosis de un genio. . . . .	309
— XXIX.—Algunas consideraciones sobre Italia. . . . .	315
— XXX.—El Imperio y el Pontificado. . . . .	321
— XXXI.—Estado de Europa en la prima- vera del sesenta y ocho. . . . .	329
— XXXII.—La política rusa. . . . .	337
— XXXIII.—Una ojeada á la Inglaterra de Gladstone. . . . .	347
— XXXIV.—Francia y Austria. . . . .	357
— XXXV.—Los pueblos orientales. . . . .	365

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEN

LIOTE